

Empresarios, memorias y guerras

Testimonios desde el Pacífico Colombiano

Luis Fernando Barón y María Emma Wills
Editores académicos



NO ACEPTA SU VENTA · NO ACEPTA SU VENTA · NO ACEPTA SU VENTA
Distribución
gratuita



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Embajada de Suiza en Colombia
Paz y Derechos Humanos



Centro Nacional
de Memoria Histórica



UNIVERSIDAD
ICESI

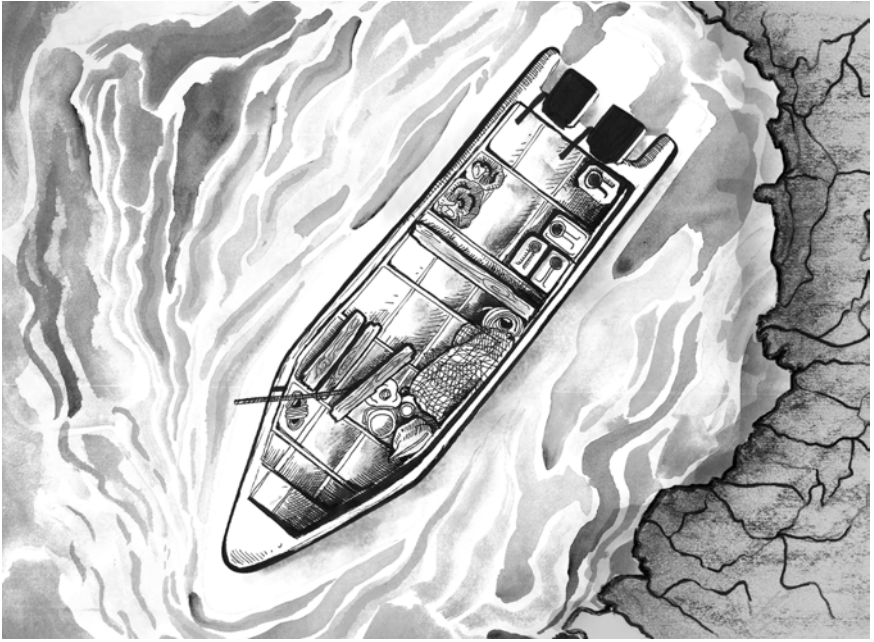


Imagen de portada

Santiago Ricardo O. y Sebastián Ossa N.

(2018)

Empresarios, memorias y guerras

Testimonios desde el Pacífico Colombiano

Luis Fernando Barón y María Emma Wills
Editores académicos

**Empresarios, memorias y guerras.
Testimonios desde el Pacífico Colombiano**

Luis Fernando Barón
María Emma Wills

Editores Académicos

Luis Fernando Barón, Director General de la investigación
Mónica Castillo, Investigadora y Gestora editorial

Equipo de Investigación

Ericka Paredes, Marcelo Franco, Mónica Castillo, Óscar Ortega

Equipo de Cronistas

James Rodríguez, Jasmany Lozano, Marcela Medina, Yamileth Bolaños, Nathalia Escobar, Julián Vidal, Juan Pablo Moreno, Anthony Rivas, Diana Paola Salazar, Angie Díaz y Eliana Charrupi

Colaboradores

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez

Director General

María Emma Wills

Asesora de Dirección General

UNIVERSIDAD ICESI

Francisco Piedrahita Plata

Rector

Luis Fernando Barón

Profesor e Investigador, Departamento de Estudios Políticos

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Embajada de Suiza en Colombia. Los contenidos son responsabilidad de sus autores y no necesariamente reflejan la opinión de esta entidad.

Empresarios, guerras y memorias. Testimonios desde el Pacífico Colombiano

© Luis Fernando Barón y María Emma Wills (editores académicos), y varios autores.

Cali. Universidad Icesi y Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), 2018.
pp. 216; 15x23 cm

ISBN 978-958-8936-48-2 (PDF).

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.2.2018>

Palabras Clave: 1. Empresarios | 2. Emprendedores | 3. Conflicto armado - Colombia | 4. Litoral Pacífico (Colombia) | 5. Memorias

Código Dewey: 303.6

Primera edición / Septiembre de 2018

© **Universidad Icesi**

Rector: Francisco Piedrahita Plata

Secretaría General: María Cristina Navia Klemperer

Director Académico: José Hernando Bahamón Lozano

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: editorial@icesi.edu.co

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

© **Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH)**

Director General: Gonzalo Sánchez Gómez

Asesora de Dirección: María Emma Wills Obregón

Cra. 35 No. 5-81, Bogotá D. C. – Colombia

Teléfono: +57 (1) 796 5060

E-mail: comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co>

Diseño y Diagramación: Santiago Ricardo y Sebastián Ossa

Ilustraciones: Santiago Ricardo y Sebastián Ossa

Editores: Mónica Castillo y Fabio Acevedo

Impresión: Carvajal Soluciones de Comunicación

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

La publicación de este libro se aprobó luego de superar un proceso de evaluación doble ciego por dos pares expertos.

Cómo citar (APA):

Barón, L. F. y Wills, M. E. (eds.) (2018). *Empresarios, guerras y memorias. Testimonios desde el Pacífico Colombiano*. Cali: Editorial Universidad Icesi y CNMH.

La Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no reflejan la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido y se cite la fuente institucional.

Índice

Prólogo	11
<i>María Emma Wills</i>	
Agradecimientos	17
Introducción	21
<i>Luis Fernando Barón</i>	
“Sembrando Esperanza”: entre palmas aceiteras y matas de coca.....	45
<i>Mónica Castillo</i>	
Redes de ríos, violencias y movilización social. Recuerdos sobre las violencias y la paz de empresarios del Cabotaje.....	81
<i>Luis Fernando Barón</i>	

“Sueño con un Tumaco tranquilo”	117
<i>Oscar Ortega</i>	
“Yo era una bomba”	
Memorias de un exmilitar y empresario del Valle del Cauca sobre el conflicto y la paz.....	143
<i>Ericka Paredes - Luis Fernando Barón</i>	
Blanca la marea, roja la zona, turbia la adversidad	175
<i>Marcelo Franco</i>	
Referencias bibliograficas	195
Glosario	207
Sobre los autores	213

Prólogo

Una ventana a la complejidad del conflicto armado Emprendedores y memorias del Pacífico colombiano

*María Emma Wills
Asesora Dirección General, CNMH*

En Colombia, el tránsito de sociedad fracturada a comunidad nacional reconciliada ha afrontado numerosos obstáculos.

El Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) es consciente que, en momentos de transición contenciosa, la memoria histórica puede ser, o un campo para ahondar las diferencias y cultivar los odios o, por el contrario, un lugar de encuentro para el reconocimiento del sufrimiento padecido por todas las víctimas; un escenario para hacer un duelo nacional ante la tragedia compartida; y un espacio para la reflexión crítica y para asumir las responsabilidades que a cada uno corresponden de acuerdo a su radio de incidencia. Es decir, la memoria puede ser aliada de una convivencia que nos permita vivir juntos sin matarnos o puede, por el contrario,

ser prelude de nuevos ciclos de violencia atizados por una guerra simbólica sin cuartel.

Frente a estos riesgos, el CNMH se esmera por cultivar una memoria dispuesta al encuentro y a la conversación que permita a personas provenientes de diversos y hasta opuestos sectores sociales reconocerse mutuamente en su victimización y humanidad para, desde ese lugar de reconocimientos mutuos, propiciar un sentido de comunidad¹. El Centro quiere además que estos escenarios sirvan para cultivar actitudes democráticas que nos permitan asumir, sin auto-condenas opresivas, las responsabilidades que nos corresponden frente al papel que cada uno jugó en las dinámicas violentas.

Una memoria así busca contribuir a que cada persona rompa silencios que aíslan y se encuentre con otros en una escucha delicada, responsable y reparadora. Un esfuerzo de esta naturaleza también se orienta a reconstruir piezas para completar poco a poco un mosaico complejo de motivaciones, estrategias, azares, fortunas y desgracias, que se fueron tejiendo y reforzando hasta ensamblar los engranajes que contribuyeron a desencadenar esta guerra tan compleja, prolongada y degradada.

En esta ocasión, el CNMH, con el apoyo de la Embajada de Suiza en Colombia, acompañó a un grupo de colegas de la Universidad ICESI-Sede Cali liderado por el profesor Luis Fernando Barón, a asumir el reto de reconstruir las memorias de algunos emprendedores de la región Pacífico. Luego de más de dos años de trabajo, hoy, este grupo divulga cinco crónicas que recogen este esfuerzo y que dan sobre todo cuenta de la complejidad de vivir la vida y emprender proyectos productivos en regiones donde el Estado sigue teniendo una presencia diferenciada y se fortalece de manera selectiva.² Es en estos mismos territorios donde el conflicto armado, más que desaparecer, ha mutado.

1 Una comunidad que se construye a partir del reconocimiento de su diversidad y no de la imposición de una homogeneidad. El sentido de comunidad más que nacer de la unanimidad, emerge del reconocimiento de pertenecer a un destino compartido surcado de desafíos y conflictos que se discuten en una esfera pública que, si quiere ser democrática, debe acoger todas las voces con sus especificidades y posturas. Ver Fraser, 1997.

2 Bejarano y Segura, 1996; Gonzalez, 2003.

El puerto de Tumaco, los ríos y cauces alrededor de Buenaventura, y la ciudad de Cali y su entorno, son los escenarios donde transcurren estas historias que han sido elaboradas, no en clave de memoria oficial, sino de relatos que conservan la frescura de quien comparte sus recuerdos desde el reconocimiento de que un escenario de conflicto violento se asemeja más a un viaje turbulento de coordenadas inciertas que a una ruta trazada en un mapa con demarcaciones claras y precisas.

Por esta razón, lejos están estas crónicas de retratar un mundo impoluto de buenos y malos, héroes y villanos, demonios y ángeles.

Empresarios y justicia transicional

En muchos procesos de justicia transicional que se desarrollaron en países en guerra, los caminos adoptados para alcanzar el esclarecimiento y la reparación integral no pudieron incorporar las voces y experiencias de todas las víctimas y actores del conflicto armado en la producción de los relatos del pasado conflictivo.

En particular, los empresarios y los emprendedores sociales no siempre se han incorporado voluntariamente a los esfuerzos de esclarecimiento histórico emprendidos en marcos de justicia transicional dando pie a que luego sean los tribunales de justicia y los jueces quienes los llamen a rendir cuentas y profieran sentencias enmarcadas en categorías jurídicas binarias de culpables o inocentes. Quizás por esta razón, los resultados de los procesos de justicia se han convertido en objeto de profundas disputas y han prolongado y en algunos casos han ahondado la división social y política alimentando nuevos ciclos de violencia organizada.

Por otra parte, de no emprender un esfuerzo consciente de constitución de una memoria histórica integradora y plural, este campo puede contribuir a afianzar lecturas que construyen un orden moral inapelable desde el que se divulga una mirada maniquea sobre los actores del conflicto armado, unos considerados exclusivamente buenos y heroicos, y otros malos y despreciables. En una narrativa de esta naturaleza, al señalado de culpable, más que traerlo de vuelta a un mundo compartido, se le hunde en el oprobio más absoluto y se le rodea de silencio, mientras al aclamado como bueno se lo pone en un pedestal de ángel intachable. La barrera moral así construida los separa de manera insuperable y perpetúa la división impidiendo el encuentro y el reconocimiento mutuo. En un caso así, la memoria histórica, más que ser un campo para construir una convivencia democrática, se transforma en escenario de una guerra librada por otros medios.

Para romper estos esquemas mentales fundados en estereotipos engañosos, las memorias aquí divulgadas dan cuenta de la heterogeneidad de trayectorias de vida que han llevado a los protagonistas a convertirse en emprendedores y a persistir en sus proyectos económicos en regiones bajo disputa.

En este recorrido, los lectores conocerán a un veterano ex-militar que repudia la guerra porque ella “degenera”; se sorprenderán con la historia de Don Luis Hernando quien se convirtió por puro azar en cultivador de camarones y no abandona a Tumaco aunque le arrebató a su hermano, “mi adoración”, porque quiere dejar en ese puerto “su mejor trazo”; aprenderán lo que es el oficio de cabotaje y apreciarán las destrezas de Don Grati, capitán de barco quien hoy, a sus entrados años, sigue llevando a buen puerto a puro pulso y con destreza su embarcación; o se sorprenderán con la historia de un comerciante de lácteos que sobrevive a un atentado y se empecina en robarle a la guerra niños y jóvenes a través de una escuela de fútbol que ya tiene a varios de sus muchachos en la primera división; o descubrirán las vicisitudes que enfrenta un palmero que pierde a temprana edad a su padre asesinado.

Estas crónicas son como un caleidoscopio que nos acerca a una variedad de situaciones vividas por un sector profundamente diverso, el del empresariado; ellas nos permiten comprender que a muchos de ellos tampoco les han preguntado jamás cómo han sobrevivido a esta guerra y qué heridas ocultas llevan marcadas en la piel.

La memoria, como para tantas otras víctimas, también ha sido, como me lo dijo uno de ellos, “una bendición”.

Sin lugar a dudas, los testimonios de quienes generosamente participaron de esta reconstrucción contribuyen de manera decidida a completar el mosaico de memorias que se requieren para comprender de manera integral y compleja los impactos y las múltiples maneras que asumió el conflicto armado en el Pacífico colombiano.

Con este texto, el Centro confirma una vez más su compromiso con la “memoria, aliada de la paz” y con un Basta ya rotundo ante una guerra degradada que todos estamos convocados a contribuir a superar.

Agradecimientos

Esta es una obra colectiva que ha implicado el esfuerzo, el compromiso y la confianza de muchas mujeres, hombres e instituciones. Nuestra infinita gratitud con los emprendedores y empresarios del Pacífico y con todas las personas y organizaciones sociales de esta región que compartieron parte de sus vidas y nos abrieron el umbral de sus memorias, como diría una de las autoras de este libro. Gracias, porque cada recuerdo, cada historia, incluidas las muchas que no alcanzamos a referir en este texto, son ejemplo de perseverancia, valentía y lucha por mantener sus proyectos de vida, sus iniciativas económicas y sus acciones sociales en este territorio convulsionado por la guerra.

Muchas gracias a todo el equipo directivo, académico y operativo del Centro Nacional de Memoria Histórica por su visión, acompañamiento y orientación durante esta travesía. También por la asistencia y los apoyos de sus equipos administrativos y de comunicaciones. Gracias también al soporte de la Embajada Suiza y de varios de sus integrantes que sienten a Colombia y a sus regiones como propias.

Inmensos agradecimientos al equipo interdisciplinario de profesores y estudiantes de la Universidad Icesi que se sumaron a esta investigación, en especial a Luis Fernando Barón, timonel

de esta travesía, y a Mónica Castillo, “polo a tierra” de este trabajo. También al Departamento de Literatura, particularmente a Hoover Delgado, Óscar Ortega y James Rodríguez, a la Maestría en Periodismo y a su muy solidario director, Marcelo Franco. También a los colegas y estudiantes de la Maestría en Estudios Sociales, como Jasmany Lozano, quien diseñó y validó una encuesta de memorias con su curso de sondeo, y al comprometido y silencioso trabajo de Ericka Paredes, Marcela Medina y Yamileth Bolaños, que ampliaron el espectro y la gracia de esta indagación. Ni qué decir de la creativa labor y de la contagiosa energía de estudiantes de Icesi como Santiago Ricardo y Sebastián Ossa, talentosos diseñadores de este libro, y Nathalia Escobar, Julián Vidal, Juan Pablo Moreno, Anthony Rivas, Diana Paola Salazar, Angie Díaz y Eliana Charrupi.

De igual manera, agradecemos el acompañamiento del CIES, Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, en especial de Enrique Rodríguez y Diana Carolina Rodríguez, nuestro bastión en asuntos administrativos, que con una sonrisa siempre aceptó darnos una mano. A Luisa Fernanda Prado y Sandra Ximena Sastoque, de la Dirección de Investigaciones, y al invaluable trabajo de Adolfo Abadía, coordinador editorial de Icesi. También al Programa de Gobierno, Gerencia Política y Gestión Pública, primordialmente a Nathalie Gerbasi, Lorena Abella, Juan Pablo Corrales y Diana Calderón, y al Centro de Desarrollo del Espíritu Empresarial, CDEE, de Icesi.

Nuestra gratitud con Zayda Mosquera de la Cámara de Comercio de Tumaco y Alexander Micolta de la Cámara de Comercio de Buenaventura. Gracias a la Asociación Nacional de Industriales, especialmente a Yolanda Garcés, presidenta de la regional Cauca y a las muy innovadoras Odilia Mayorga y Lina Solarte de la Fundación Gases de Occidente, así como y a Ana Milena Lemos, de la Fundación Caicedo González. Gracias a los amigos y colegas que contribuyeron al buen curso de este trabajo, como Guido Germán Hurtado, profesor e investigador de la Universidad Autónoma de Cali, a Paola Navia de la Red de Cantadoras del Pacífico, a Fabio Acevedo, y a María Isabel Velazco

del Centro de Desarrollo Profesional de Icesi. Agradecemos también a académicos e investigadores que nos han escuchado y han discutido nuestros diseños y avances, como los profesores de la Red de Universidades del Museo de la Memoria de Cali y al comprometido equipo de trabajo de este naciente Museo. De igual manera a Jorge Giraldo, Gustavo Duncan, Gloria Ocampo y Gloria María Gallego, de la Universidad Eafit, a Luis Fernando Angulo y Germán Zarama del Centro Regional de Empresas y Emprendimientos Responsables, CREER, y a Hanni Jalil, José Darío Sáenz y Eduar Herrera, profesores de Icesi.

Incansables agradecimientos a todas nuestras familias que generosamente han compartido sus tiempos, cotidianidad y algo de su tranquilidad con esta iniciativa. A todos ellos y a los que no alcanzamos a nombrar gracias, mil gracias.

Introducción

Épica, mesianismo y normalización

Luis Fernando Barón

Los emprendedores y empresarios (EE) no solo son importantes agentes del desarrollo económico y social del país con una fuerte incidencia política y cultural, también son parte de los grupos sociales que han experimentado la dureza y la profundidad de las violencias en Colombia. Sin embargo, son escasos los estudios e iniciativas que reconocen y recogen directamente sus voces y recuerdos sobre vivencias con el conflicto armado en contextos y territorios particulares del país; así como también son muy pocos los trabajos que han investigado las memorias sobre las prácticas y estrategias de estos agentes sociales que buscan resistir o aportar a la negociación política de disputas y a la construcción de paz.¹

¹ Ver, por ejemplo: Fundagán (2006), Giraldo, Gómez, Cadavid y Medellín (2011), Barón (2016). Sobre empresarios y paz, ver los trabajos de Fundación Ideas para la Paz (FIP).

Aunque no es homogéneo, el sector social de EE puede contribuir en gran medida a la reconstrucción de acontecimientos y procesos claves para las historias locales, regionales y nacionales, aportando sus propios relatos y representaciones sobre la guerra, sobre sus eventos y episodios, sobre sus lugares, agentes y responsables. Narrativas y significaciones muy útiles tanto para entenderlos como agentes sociales, como para el esclarecimiento de lo sucedido, así como para la reconciliación, la reparación, la no repetición, y la construcción de paz en el presente y en el futuro del país.

Acercarse en la Colombia de hoy a un tema tan sensible como las memorias de EE sobre el conflicto y la paz, y en una zona tan diversa y enmarañada como el Pacífico, requiere ponderación y responsabilidad, así como un alto grado de reconocimiento y de reflexividad frente a las hondas complejidades y la difícil conmensurabilidad de diversos fenómenos cuyas dinámicas acontecen en diferentes lugares y tiempos de esta región. Investigaryescribirsobreestasmemorias, de inmediato, despierta suspicacias, desconfianzas y dilemas que han implicado grandes desafíos y debates éticos, académicos y políticos, dentro y fuera de nuestro equipo de investigación. Quizás el más significativo ha sido confrontarnos con el caos y la complejidad (Prigogine y Stengers, 1997; Morin, 2008) en que están inmersos los relatos que nos han confiado los emprendedores y empresarios de esta región, tan ignorada y desconocida por el Estado como por la misma nación colombiana.

¿Por qué caos y complejidad? Porque las experiencias y recuerdos de los EE nos ponen de frente a una inimaginable heterogeneidad de vínculos y prácticas con esos conflictos y violencias, que son expresadas en diversos relatos de episodios y procesos del ámbito local y regional. Narrativas que nos confrontan con múltiples singularidades relacionadas, por una parte, con las trayectorias y características mismas de los emprendedores y de los empresarios en tanto sujetos, sujetos a acontecimientos, historias, tecnologías y entornos económicos y socioculturales; pero también como agentes, con

capacidad y libertad para decidir frente a asuntos y relaciones, tanto cotidianas como de corto, mediano y largo plazo. Por otra parte, están los contextos y las condiciones históricas y materiales que han experimentado los EE de la región, y que en no pocas ocasiones ellos mismos han contribuido a generar.

Entre la heterogeneidad y la singularidad, las experiencias y memorias de los EE también permiten identificar coincidencias y regularidades que delinear prácticas, órdenes, estados y reglas colectivas –que a veces nosotros, desde la misma academia o desde las instituciones, no estamos listos o dispuestos a escuchar y enfrentar–. Las reminiscencias y narraciones de nuestros interlocutores han retado nuestras propias experiencias, referentes y conocimientos; e incluso nos han llevado a cuestionar algunos de nuestros principios, prejuicios y utopías, que no pocas veces resultaron ajenas e inflexibles frente a tal complejidad.

Las experiencias y recuerdos que hemos conocido, también nos han expuesto a tiempos e hitos y versiones locales sobre las formas de desarrollo institucional y del Estado-nación en Colombia, que guardan poca coincidencia con las ideas o ideales que se han construido y se promueven desde los centros (institucionales, económicos, académicos y culturales), en muchas ocasiones sin considerar otras voces y prácticas de las “periferias”. Tal se puede observar en historias como las del cabotaje en el Pacífico, las de los palmeros de aceite de Tumaco o los relatos del militar-empresario del Valle del Cauca, que hacen parte de este libro.

También nos han confrontado los dilemas e incertidumbres experimentados por EE cuando han tenido que actuar y decidir en situaciones en que se enfrentaron a muy cambiantes contextos y a móviles fronteras entre lo que concebimos como lo formal y lo informal, lo legal o lo ilegal, o la moral y lo inmoral. Asuntos que involucran acciones y decisiones que no son solo de orden económico, sino que se entrecruzan con lo político, lo social y lo cultural, y también se intersecan con lo emocional, lo religioso, lo étnico o lo familiar. Así se puede ver en casos como el de los

camaroneros y comerciantes de Tumaco o en las historias de empresarios y comerciantes de Buenaventura.

Además nos han interpelado las muy diferentes formas de violencia física, simbólica, histórica y material que hemos encontrado, así como los vínculos que estas tienen con el conflicto político armado, y sus nexos con fenómenos tan complejos en los ámbitos locales como el narcotráfico, el paramilitarismo y el accionar de muy diferentes formas de criminalidad. De igual manera, las narrativas de los EE nos han permitido observar cómo se mueven y cambian los valores y vivencias frente a los significados de la dignidad humana, los derechos y deberes humanos, la democracia, el desarrollo y los límites y fronteras entre lo político, la política, lo económico y las violencias que se intersecan y desplazan, a veces con demasiada lentitud, a veces con excesiva velocidad y vértigo.

Por todo esto, es muy importante que los lectores de este texto asuman que aquí no van a encontrar “la memoria”, ni mucho menos “la historia”, de individuos ni de familias ni de colectivos ni de organizaciones, ni mucho menos de algún sector económico de algún territorio local o regional. Aquí encontrarán unas narrativas sobre los recuerdos de emprendedores y empresarios del Pacífico, bajo el entendido que nosotros no entramos a cuestionar las experiencias y remembranzas de las personas que han hecho parte de este trabajo de memoria, porque como dirían ellos mismos: no solo son sus experiencias y sus memorias, sino que tienen derechos y deberes frente a ellas. Asimismo, los conocimientos que tenemos a mano muestran que los seres humanos no podemos recordar todo lo vivido, ni podemos contar todo lo recordado.

Tramas, contextos y paradigmas

En este libro ponemos en su consideración una colección de tramas, como las llamara el filósofo y antropólogo Paul Ricoeur (2004). Es decir, unos relatos en los que investigadores y cronistas hemos organizado una serie de recuerdos para lograr unos todos inteligibles, bajo el entendido que la vida y la realidad no se presentan de manera ordenada y causal, y que las vivencias y remembranzas de las personas que han experimentado el conflicto armado difieren en tiempos, espacios y acontecimientos. Siguiendo a Ricoeur, se trata de la creación de textos mediadores que contribuyen a las relaciones entre los seres humanos, es decir, a la comunicabilidad; a las relaciones entre los seres humanos y sus entornos, a la referencialidad; y ayudan también a las relaciones entre los seres humanos consigo mismos, a la comprensión de su identidad.

Pueden estar seguros de que los textos que van a encontrar aquí son resultado de juiciosos y delicados estudios que se vienen tejiendo desde tiempo atrás, e incluyen no solo los trabajos de memoria que hemos realizado durante el último año con más de 100 emprendedores y empresarios del Pacífico, sino también el diálogo, los aprendizajes e incluso los debates que hemos tenido con la impresionante labor y la experiencia acumulada del CNMH (Centro Nacional de Memoria Histórica). De este trabajo también hacen parte las permanentes interacciones que hemos sostenido con miembros de la Embajada de Suiza en Colombia y con otros grupos de estudio con quienes estamos empezando a perfilar este campo de estudio en construcción en Colombia: las memorias de emprendedores, empresas y empresarios sobre el conflicto armado y la paz.² Campo que por tal motivo pone en juego aspectos complejos de la vida social y política reciente, que

² Nos referimos al trabajo de instituciones como FIP, CREER, Universidad Eafit, Andi, Cámara de Comercio de Bogotá, entre los más importantes.

exigen de la investigación una continua reflexión ética y crítica sobre su desarrollo, manejo y resultados.

Es relevante que los lectores sepan que estas tramas, presentadas en cada capítulo de este libro, incluyen diálogos con versiones y conocimientos de otras fuentes testimoniales de dentro y fuera de la región Pacífica, archivos, informaciones de medios y de prensa, y estudios académicos, que sería improbable reunir en un solo texto, y que no podrían ser contados ni citados en estas pocas líneas.

Para acercarse a las travesías textuales y académicas que proponen nuestros relatos, es importante tener en cuenta informaciones básicas sobre asuntos históricos y de contexto que son relevantes para cada capítulo en particular. Algunas de estas informaciones serán presentadas al inicio de los textos, otras irán apareciendo durante los relatos de cada capítulo, otras estarán en los epílogos o en los pies de página. En otros casos, los autores han decidido no incluir este tipo de información o han propuesto una combinación de las anteriores.

Al final de esta introducción también se ponen en consideración unas primeras pistas, quizás hipótesis o interpretaciones etnográficas, que será necesario pulir y profundizar en próximas fases de esta y otras investigaciones. Algunas de ellas apuntan a analizar de manera más profunda las singularidades y particularidades que estamos observando, como algunos rasgos distintivos de las narrativas e identidades de los EE, o la gran flexibilidad y velocidad que ellos tienen para adaptarse a hechos, violencias y agentes criminales. Otras de estas interpretaciones buscan entender y estudiar mejor asuntos transversales o patrones que emergen cuando se miran de manera articulada los relatos y conocimientos que se ponen en juego en las memorias de los EE, como sucede con ciertos procesos de naturalización o normalización de las violencias y violaciones a los Derechos Humanos en la cotidianidad de los territorios, o la constatación de que a pesar de haber vivido muy diversas experiencias con el conflicto armado, la mayoría de los EE no se consideran

víctimas, como sucede también con líderes de la región, y se autodenominan como sobrevivientes. En ambos casos, hay un intento por mostrar, reclamar o reivindicar su capacidad y fuerza para sobreponerse y levantarse frente al dolor, la adversidad, la afectación y la muerte.

Las memorias, los olvidos y la historia

Esta investigación aborda las memorias en el ámbito de lo simbólico, o en este caso de los sistemas de representación, desde la perspectiva de Searle (1997) sobre los hechos brutos, culturales e institucionales. Las memorias –como las concibieran los primeros pensadores griegos (Ricoeur, 2004)– son representaciones de experiencias vividas en el pasado. Estos filósofos y otros más contemporáneos, y algunos estudios cognitivos de la neurociencia, coinciden en que representar, así como recordar, son capacidades humanas que, aunque en principio son individuales, funcionan y tienen significación y sentido en ámbitos intersubjetivos, colectivos e institucionales.³

Estudiosos de la memoria⁴ concuerdan en que las representaciones, así como los recuerdos, no pueden operar por fuera de las interacciones humanas y de los sistemas de significación y de sentido, que se crean y recrean en las relaciones sociales. Es decir, no pueden funcionar afuera de

3 Estudios de la neurociencia sostienen que la memoria es una habilidad cognitiva de los seres humanos que sucede en el hipocampo del cerebro, y que los actos de memoria así como los de la imaginación se producen en los mismos lugares del cerebro. Recordar como imaginar son actos relacionales. (Kirwan, Ashby y Nash, 2014).

4 Como Tzvetan Todorov (2000), Pierre Nora (2001), Elizabeth Jelin (2002), Maurice Halbwachs (2004), o Paul Ricoeur (2004).

redes, de tejidos de representaciones colectivas e institucionales. Nietzsche (2000), más de un siglo atrás, afirmaba, además, que olvidar es también una facultad humana y que el olvido, como el recuerdo, son necesarios para la vida, la felicidad y la acción “intempestiva” sobre y contra el tiempo.

Platón y Aristóteles fueron los primeros filósofos griegos en reflexionar sobre la memoria (Ricoeur, 2004, Capítulo 1). Ambos coincidieron en que se refiere al pasado; también concordaban en dos maneras de entenderla: la primera se refería a una especie de imagen, de impronta, que aparece, que “salta en la mente”; y la segunda, a la acción de recordar, rememorar. Sin embargo, no coincidieron en sus maneras de relacionar estos dos tipos de recuerdos con la imaginación. Platón la relaciona con la fantasía; por ello distancia la imaginación de la búsqueda de la verdad. Aristóteles, en cambio, la vincula con el acto de representar, con la narrativa y la afección.

Para Ricoeur (2004) hay memoria “cuando transcurre el tiempo”. Ello implica una distinción entre un antes y un después, es decir, del flujo del tiempo. También diría el pensador francés que la rememoración consiste en una búsqueda activa, y que la imaginación y la memoria poseen en común la presencia de lo ausente. Sin embargo, en la imaginación se suspende una posición de realidad y predomina una visión de lo irreal; mientras que la memoria alude a una realidad anterior. Así, sostendría que la rememoración trae implícita una exigencia de fidelidad, de verdad; es decir, que tiene una dimensión cognitiva-veritativa: “sentimos y sabemos que algo sucedió que tuvo lugar que nos implicó como agentes, como pacientes, como testigos.” (página 79).

Dicho de otra manera: rememorar es viajar, volver al pasado y traer al presente los recuerdos de experiencias vividas. Es trasladar al presente representaciones y sistemas de representación que se expresan primordialmente a través de imágenes, relatos y emociones. El CNMH (2013) nos recuerda que las memorias funcionan a través de analogías y metáforas, con exageraciones, supresiones y minimizaciones que no deben ser evaluadas como

verdaderas o falsas, sino como representaciones simbólicas que expresan marcas emocionales dejadas por las vivencias.

En nuestro estudio también es pertinente reconocer que los trabajos de memoria son una práctica “vivenciada, situada y percibida” (Antze y Lambek, 1996). Al recordar, las personas se localizan a sí mismas a unas distancias temporales que no solo implican las identidades individuales, colectivas e institucionales, porque ellas no solo requieren de la identificación de un yo, de un nosotros, de unos otros, sino también que las memorias hacen parte de complejas disputas que involucran muy diversos tipos de poderes económicos, políticos, culturales y sociales. Porque, como bien lo señalara Ricoeur, el trabajo de rememorar pone en conflicto a los mismos sujetos y agentes individuales que se esfuerzan por recordar.

Las memorias son confecciones humanas que hacen parte de sistemas de representación que se crean y recrean en redes de interacciones comunicativas; por ello están inmersas en luchas simbólicas que tienden a configurar hegemonías (Gramsci, 1996) y a generar regímenes de representación.⁵ Es así que están asociadas a muy diversas formas de poder e incluyen prácticas de resistencia y contradicción a regímenes móviles, no estáticos, influidos por tiempos, espacios, agentes y materialidades particulares. Disputas que entran a jugar en la definición o en el tejido de las Historias, pero también de las memorias colectivas y de las mismas memorias individuales, como bien lo sostenía Nora (2001).

5 Ver más sobre los regímenes de representación en Escobar (1999). Ver también sobre la teoría de interacciones entre agentes humanos y no humanos en la Teoría del Actor Red de Latour (2007) y Law (2009).

Emprendedores y empresarios⁶

En esta investigación entendemos que los EE no representan ni un colectivo ni un sector, mucho menos un grupo homogéneo. Nuestro estudio también comprende que estos no corresponden solamente a los integrantes de las élites económicas, y que los EE son conceptos y unidades de análisis diferentes a los emprendimientos, las empresas, los grupos económicos o las asociaciones empresariales. Distinciones que ha tomado tiempo aclarar y que no siempre son explicitadas en los estudios que involucran a estos agentes, ni mucho menos en algunas ideas y opiniones sociales frente a los mismos (Schumpeter, 2003; Valdalisio y López, 2000).

Los EE se caracterizan por ser agentes que hacen parte de redes, campos y actividades económicas muy diversas, con recursos y capitales propios o ajenos, cuyo fin es obtener o incrementar sus recursos y capitales. Incluyen desde acciones cooperativas y asociativas, pasando por empresas familiares, hasta conglomerados y corporaciones internacionales y globales. Los EE se diferencian por los sectores económicos en los que participan, por los objetivos que persiguen sus iniciativas y empresas, por los recursos y capitales que manejan, por los territorios en los que desenvuelven sus actividades, por su desempeño e incidencia territorial, y por las redes y poderes sociales, políticos y culturales de los que han hecho y hacen parte.

A los EE se les caracteriza como personas con ciertas capacidades especiales que incluyen: a) ver oportunidades y potencialidades para desarrollar actividades en campos económicos y en momentos, lugares o productos donde otros no las ven; b) por tomar decisiones y riesgos en diferentes contextos y con informaciones y capitales diversos; c) por ser

6 Para elaborar este apartado utilizamos insumos de informes de investigación elaborados por Alejandra Ortiz, asistente de investigación del CNMH, y Nathalia Escobar, estudiante de Ciencia Política de Icesi.

dinamizadores de campos económicos; y d) por generar recursos y capitales en escenarios cambiantes, inciertos y desafiantes.

Varela y Bedoya (2006) establecen una distinción entre emprendedores y empresarios, otorgando a los primeros la capacidad de anticiparse a los acontecimientos y, más importante, ser personas que saben y conocen los ámbitos en los que se desenvuelven. Los segundos se caracterizan por el desarrollo de nuevas empresas, valores, riquezas y empleos, utilizando insumos de los análisis de redes (Latour, 2007; Law, 2009). En esta investigación no solo hemos incluido a dueños, socios o accionistas de emprendimientos y de empresas, sino también a altos directivos de las mismas, así como a representantes de gremios y asociaciones, considerando que todos son agentes dentro de las mismas redes y que comparten no solo objetivos e intereses económicos, sino también objetivos e intereses de clase motivados por su vida social⁷

Métodos y metodologías

Nuestra investigación se fundamenta en los trabajos de rememoración de Ricoeur (2004), en la antropología del recuerdo y el olvido de Riaño (2006), y en los criterios y principios del CNMH. Para Ricoeur, la rememoración tiene en el testimonio una estructura fundamental de transición entre las memorias y el posible tejido de historia(s). Esto porque la(s) memoria(s) son uno de los mejores caminos para significar que algo tuvo

⁷ Desde el estudio de elites empresariales Hunneus (2011) sostiene que las relaciones de estas pueden ser observadas mediante el análisis de redes, específicamente las de directorio cruzado, de propiedad y control. Recurriendo a Wright Mills, el autor muestra la confluencia, cercanía y unificación de distintos círculos de poder.

lugar o que sucedió, y los testimonios ganan en fiabilidad solo cuando se adoptan procedimientos críticos de comparación y oposición, no solo con otros testimonios, sino también con otro tipo de información (Ricoeur, 2004, página 41).

Recurriendo a varios estudios de la memoria, Riaño (2006) propone una antropología que promueva diálogos sociales y ayude a los agentes a confrontarse y a imaginar presentes y escenarios futuros. Su perspectiva entiende que recordar y olvidar no son actos pasivos, sino prácticas materiales mediadas culturalmente. Estas prácticas son producto de la experiencia, pero a la vez la transforman. La autora destaca que la(s) memoria(s) sirve(n) de puentes entre los individuos y las colectividades de las que hacen parte, para facilitar procesos de construcción de identidad. Así, los enlaces producidos con el pasado, desde el presente, son parte integral de la creación de las percepciones de quiénes somos. La recreación, formación y re-imaginación del pasado, más que para preservar el pasado, sirve para los propósitos del presente.

El CNMH propende por la pluralidad de memorias sin promover ejercicios orientados a la construcción de una historia o verdad oficial. En esta perspectiva tiene el deber de garantizar la libertad de expresión y pensamiento, y la prohibición de censura, conforme a lo establecido por la Convención Americana de Derechos Humanos, la Corte Constitucional de Colombia y la Corte Interamericana de Derechos Humanos, en un marco de respeto de los derechos fundamentales de las personas. Su trabajo se orienta además “a la reparación simbólica de las víctimas y la dignificación de su experiencia, teniendo en cuenta las diferentes voces, incluso las disidentes” (CNMH, 2013, página 39).

Por lo anterior, el corazón de nuestro trabajo ha estado en las experiencias y testimonios de EE. Sin embargo, como se trata de un estudio de carácter etnográfico, nuestra investigación ha incluido observaciones participantes, talleres y grupos focales, revisiones documentales y encuestas. Este trabajo fue realizado con un equipo interdisciplinario de más de 20 profesores y

estudiantes de varias dependencias de la Universidad Icesi, como el CIES –Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales–, el Departamento de Literatura, la Maestría en Periodismo, la Maestría en Estudios Sociales, el programa de Gobierno, Gerencia Política y Gestión Pública, y el CDEE –Centro de Desarrollo del Espíritu Empresarial–. También ha contado con el apoyo de organismos locales como las Cámaras de Comercio de Tumaco y de Buenaventura, la regional Cauca de ANDI –Asociación Nacional de Industriales–, y la Red de Universidades del Museo de la Memoria de Cali.

El desarrollo de todas las prácticas y herramientas de la investigación cuenta con el compromiso de absoluta confidencialidad y garantía de privacidad y anonimato por parte de las entidades participantes y de nuestro equipo de investigación, amparados por el secreto profesional. Además adoptamos procedimientos y rutinas en el tratamiento de la información recolectada que fue tratada con extremo cuidado y seguridad, incluyendo las condiciones de recolección de información, grabación y registro de testimonios, manejo y archivo de información, así como la divulgación y presentación de apartes de la misma.

Primeros atisbos para análisis posteriores

Perspectivas de memoria

Una mirada transversal a las experiencias que tuvimos con los EE y con sus recuerdos, nos revela tendencias en sus concepciones de memorias y en los intereses y expectativas que tenían frente al trabajo de rememoración que realizamos con ellos. Aunque la mayoría confluyó en la percepción, o incluso el deseo, de que este tipo de trabajos conduzca a que se encuentre o se conozca “la verdad”, entendida de manera más homogénea y unívoca, también pudimos identificar otras tres tendencias que de cierta manera guardan relación con los tipos de historia, todos complementarios y necesarios, a los que se refiriera Nietzsche (2000) hace casi un siglo y medio.

Así, encontramos unas ideas de memorias más parecidas a las que este filósofo alemán denominara como historia monumental, que destaca los grandes e importantes eventos, así como a sus protagonistas. Ambos merecen, o más bien, deben ser recordados a través de los tiempos garantizando su inmortalidad: “la autoridad de lo monumental proviene del pasado” (página 57). Otras ideas corresponderían con las que Nietzsche clasificara como historia anticuaria, que valora la singularidad y considera igualmente válidos todos los objetos y asuntos del pasado, desatando una “ciega furia coleccionista, de una incesante acumulación de todo lo que una vez existió” (página 63). Y las terceras nociones de memorias corresponderían con el modo crítico de la historia, que requieren de la fuerza humana para utilizar, romper y disolver parte del pasado, “una historia que juzga y condena” (página 58). Un modo que comprende que el saber histórico fluye de modo incesante y se nutre de inagotables fuentes, “y que lo extraño e incoherente fuerza su camino” (página 71). Por ello

el pasado debe ser sometido a un minucioso interrogatorio, pues este también debe ser condenado, es decir, “merece condenación” (página 65).

Así, entre los EE se expresó una primera tendencia, compartida principalmente por empresarios de sectores más ricos, los menos jóvenes y más cercanos a los centros de poder (local, regional o nacional), que expresaron una comprensión de los ejercicios de memoria como alternativa para documentar lo sucedido, para construir archivos y para producir versiones de lo acontecido con el conflicto armado y la paz en la región, a partir de análisis académicos que permitan conocer lo que ha pasado en esta zona desde hace más de 5 o 6 décadas. Ejercicios que contribuyan a construir verdad y una historia objetiva, clara y sustentada, bajo la consideración de que ellos, a diferencia de otras personas y sectores, han estado en espacios y redes privilegiadas, desde las que no solo han vivido el conflicto y la paz, sino que también han sido protagonistas y tomadores de decisiones en relación a los cursos que han tomado estos procesos en los ámbitos local y nacional. Estas ideas de búsqueda de la verdad mediante los ejercicios de memoria, generalmente van acompañadas de nociones más tradicionales de una justicia, que imponga castigos ejemplares a los responsables de los hechos. No se percibe una comprensión o aceptación general de una justicia transicional que propenda por la superación del conflicto, la reparación y la no repetición. Lo anterior también se relaciona con los temores y desconfianzas que hay en los mismos EE hacia este tipo de ejercicios, que podrían conllevar tanto a inconvenientes y pleitos judiciales, así como afectaciones en su imagen pública y la de sus empresas.

En un segundo grupo se podría ubicar la perspectiva que comparten medianos y pequeños EE, que habitan en la región y están vinculados a redes de poder gremial, político o cultural de carácter local. Este grupo hizo énfasis en los aportes que pueden hacer las memorias e historias de EE a la necesaria producción de unas historias locales. Historias que no solo

ayuden a la ciudadanía y a las nuevas generaciones a conocer y reconocer la situación y características de la región y de los hechos acontecidos en ella, sino que contribuya a resolver los conflictos violentos, la inseguridad y la criminalidad, así como los problemas de inequidad, la pobreza y las brechas y desarrollos desiguales. Sin embargo, algunos de ellos expresaron temores y desconfianzas por las instituciones que tienen a su cargo este trabajo (como el mismo CNMH o la Comisión de Esclarecimiento y la Verdad), así como por sus procedimientos, y por los sesgos políticos e ideológicos que estas puedan tener. Otros también mostraron preocupación por los usos que se pudieran hacer de las informaciones provistas y por las responsabilidades o efectos sociales o jurídicos que podrían acarrear.

Y hay una tercera tendencia en la que coinciden diversos EE grandes, medianos y pequeños, de diferentes generaciones y sectores, que dan valor a los trabajos de memoria por los aportes que pueden hacer para ayudar a comprender la complejidad, la variedad de causas y la multiplicidad de actores que se han involucrado con el conflicto armado y las iniciativas de paz en el Pacífico. También destacan la contribución que pueden hacer los trabajos de memoria de EE para comprender sus particularidades territoriales. Todo esto con el fin de propiciar conocimiento y verdad que ayuden a reconocer la diversidad de situaciones, personas y sectores involucrados con los conflictos y las violencias; a la reconciliación social y a la paz, entendida como ausencia de actos violentos y criminales, y de seguridad política, económica y legal, así como a una vida tranquila que muchos de ellos añoran y relatan en el pasado, a pesar de las grandes limitaciones y problemas de la región.

Identidades mesiánicas

Durante nuestra indagación, los contenidos, las formas y los tonos de los relatos de los EE resultaron épicos y mesiánicos, y corresponden con identidades que ellos tienen y han forjado de sí mismos, que también coinciden con referentes y relatos sociales que otros individuos y colectivos tienen sobre los EE. Como recordar implica un trabajo de identidad, en donde se ven y se sitúan en tiempos, lugares y episodios y contextos particulares, la gran mayoría de los EE con quienes dialogamos y compartimos sus actividades cotidianas, no se consideran a sí mismos como gente del común. Esto se presentaba a pesar de sus diferencias de generación, género, ubicación territorial o de las redes a las que pertenecen, o sin que mediaran los tamaños de sus emprendimientos y empresas o los sectores a los que pertenecen. Así, la gran mayoría de sus relatos expresan cierta capacidad innata, su fuerza, empeño y sacrificio para resolver situaciones y problemas. También insisten en su destreza para aprender de la práctica y la experiencia, así como en su carácter audaz y en sus habilidades para generar recursos, riquezas y desarrollo, tanto para ellos y sus familias como para otros.

Por lo anterior, sus memorias y narrativas tienden a tener un tono heroico, épico y también mesiánico, ellos tienden a recordarse como líderes con visión y anticipación frente a las coyunturas. Y aunque tienen también bastante capacidad para reconocer errores y desaciertos, sus relatos generalmente destacan las maneras en que los han superado o cómo han logrado sobreponerse y crecer frente a los obstáculos y desafíos que han enfrentado. También tienden a mostrar en sus historias que han salido adelante en medio de difíciles condiciones, emocionales, familiares, empresariales, incluyendo las violencias, el conflicto armado y la inseguridad. En sus relatos, hay además una tendencia a mostrar cómo varios de ellos han ayudado y guiado a otros: a sus colaboradores y trabajadores, a colegas y competidores, a amigos y cercanos, además de diversas

organizaciones, fundaciones sociales y gremios empresariales, con sendas comprobaciones de sus razones y habilidades.

En esta lógica, en sus recuerdos y narraciones pocas veces se ubican o se conciben como perdedores o fracasados, y menos como víctimas, aunque la mayoría ha vivido episodios que los han enfrentado con hechos que los involucran a ellos mismos, a sus familias, a sus redes sociales y a sus empresas con asesinatos, secuestros, extorsiones, atentados, amenazas, entre las más recurrentes, que han vivido en varias ocasiones o durante largos períodos de tiempo, incluso durante varias generaciones. Incluso varios de ellos reconocieron que el conflicto armado y las violencias terminaron ofreciéndoles oportunidades para desarrollar negocios así o para fortalecerse como personas y EE, al mismo tiempo que diseñaban prácticas y estrategias que les permitieran sobrevivir y crecer en este tipo de contextos adversos, como mecanismos de comunicación, medidas en los desplazamientos y transportes, o cómo responder a los bloqueos de vías y a los atentados contra la infraestructura en sus regiones.

Por supuesto, sus memorias están profundamente influidas por sus vivencias cotidianas de los territorios y por la percepción que tienen de sus vínculos con la región, sus territorios, sus municipios y sus gentes. En este sentido, aquellos que tienen mayores actividades y vivencias cotidianas con el Pacífico, principalmente con ciudades o veredas particulares en esta zona, no solo tienden a tener más experiencias y recuerdos de las violencias y conflictos en sus regiones, sino que se sienten más afectados e interpelados por los mismos, así como por la búsqueda de alternativas de solución a estas problemáticas. En sus prácticas cotidianas y en la búsqueda de alternativas vuelven a expresar sus visiones de tipo heroico y mesiánico, que los muestra como mejor preparados o más concedores, que otros sectores, para la búsqueda de soluciones no solo de planeación y desarrollo, sino también de esclarecimiento, verdad, reparación y paz en sus territorios. Esto los hace ver, no ocasiones, como paternalistas, imponentes e incluso egocéntricos.

Ante el dolor de la otredad

Durante el trabajo de campo pudimos comprobar que entre los EE existen varios hitos y hechos de referencia común relacionados con el conflicto y la paz en cada uno de los lugares donde se desenvuelven sus vidas. Por ejemplo, los relatos de sus experiencias tienden a coincidir en casos emblemáticos de secuestros, retenciones, asesinatos, extorsiones, voladuras de torres u oleoductos, así como en acciones sociales, gremiales y empresariales frente a las mismas, como las movilizaciones sociales, las estrategias de seguridad, comunicación y cuidado conjunto, o eventos de diálogo y negociación directa con actores armados y criminales. Sus experiencias y relatos muestran que estos hechos los han llevado, en muchos casos, al aislamiento físico, social, afectivo, político y económico, así como a la desconfianza y la ruptura de vínculos y del tejido social. Todo esto como consecuencia no solo de los impactos materiales y evidentes de las violencias y la inseguridad, sino del miedo y el terror generados por estos mismos hechos.

Sin embargo, también pudimos evidenciar que entre los EE no solo hay gran desconocimiento y desinformación acerca de las experiencias cotidianas de los hechos de violencia y conflicto armado de las gentes de sus propios sectores y redes, sino también sobre los impactos materiales, simbólicos, emocionales y espirituales que esos hechos han tenido en estos grupos, y mucho más en personas y grupos diferentes y a las de sus círculos más cercanos de familiares y amigos.

Adicionalmente, el desconocimiento y la desinformación sobre las violencias y los efectos que han tenido en otros, no solo lleva a desestimar los significados de los hechos de conflicto y paz en otras personas y colectividades, sino a desconocer e ignorar las afectaciones y el dolor mismo que han producido en otros. Por ello, también resultaron muy significativos los señalamientos y autodenominaciones de “víctimas” y “victimarios”, así como la descalificación e

invisibilización de estos conceptos y descriptores cuando se refieren a otras personas o grupos con estos términos.

Los desconocimientos mutuos entre diversos sectores y colectivos sociales llevaron a situaciones como las que tuvimos que enfrentar durante nuestro trabajo de investigación, cuando algunas organizaciones de víctimas de la región y del país cuestionaron la conveniencia y pertinencia de este trabajo de memorias con EE. Aunque entendíamos claramente que las memorias hacen parte de disputas sociales, políticas e históricas, y que este tipo de iniciativas despierta desconfianzas e incomodidad en muy diversos círculos, la preocupación de estas organizaciones aludía a que un estudio como este no solo podría acentuar las inequidades en las voces e historias de diversos sectores sociales del país, sino que además podría contribuir a producir ambigüedades y a ensombrecer hechos y responsabilidades de los agentes involucrados en el conflicto armado, incluidos los mismos EE.

De manera particular, quienes se reconocían como gestores de procesos de memoria y reconciliación, cuestionaron mediante una carta institucional⁸ la responsabilidad ética, política y académica del estudio, y que estos ejercicios de memoria legitimaran narrativas sobre sucesos recientes que, antes de contribuir a la comprensión de lo sucedido, pudieran oscurecer la pluralidad de versiones y testimonios sobre los hechos, promoviendo un diálogo inequitativo entre diversas memorias o haciendo caso omiso de los contextos en los cuales tales memorias se presentaban. Sin embargo, en conversaciones y debates que sostuvimos, eran evidentes los estigmas y prejuicios que compartían la mayoría de las víctimas y organizaciones hacia los actores económicos que, en general, no sólo eran ubicados en el lugar de los poderes económicos, políticos, mediáticos, y de las mismas narrativas y representación sobre el conflicto, sino también en el de los victimarios y de los responsables de diferentes inequidades e injusticias sociales, políticas y culturales.

⁸ Carta de la Red Colombiana de Lugares de Memoria, dirigida a directivos del Centro Nacional de Memoria y de Icesi, con fecha 12 de marzo de 2018.

Normalización y naturalización

Las narrativas que escuchamos y analizamos también nos dejaron ver los muy difíciles contextos que enfrentan los EE del Pacífico colombiano para desarrollar sus emprendimientos y “hacer empresa”. Además de las situaciones y variables económicas, financieras, políticas y culturales con las que tienen que lidiar, ellos deben aprender a vivir y sobrevivir en medio de la irregularidad e incertidumbre de las violencias y el conflicto armado, o como dijo uno de ellos: “en la mitad de todos los fuegos, sin casarse ni comprometerse con nadie”.

De igual manera, tienen que trasegar con sus propios trabajos por hacerse ciudadanos con pleno ejercicio de derechos y deberes, mientras mantienen inconstantes y asimétricos diálogos no solo con instituciones y representantes del Estado local y nacional, sino con otros sectores empresariales, con la banca y con organizaciones internacionales. La persistencia de las violencias que los acompaña y que se ha escalado desde hace un par de décadas, invita incluso a revisar las relaciones entre civilización y barbarie y entre diferentes formas de modernidad.⁹ Esto porque en muchas zonas del Pacífico no solo conviven múltiples conflictos y violencias, sino también muy diversas temporalidades y dinámicas sociales que parecieran enfrentarnos con condiciones donde no hay modernidad ni modernización, ni siquiera modernización contra la modernidad.¹⁰ Es decir, muy variados territorios y comunidades con precarias mejoras en el ejercicio de la política y la democracia, en el uso legítimo de la violencia, en las experiencias de libertad y promoción de las ciudadanías, en el fortalecimiento individual, comunitario y

9 Negri y Hard (2009) ponen a conversar diferentes formas de encuentro entre mundos modernos y premodernos, entre lo civilizado y lo salvaje, que muestran constantes transformaciones mutuas.

10 Ver, sobre estas discusiones en Colombia, los argumentos de Pizarro, De Zubiría, Jaramillo y Gutiérrez, en: Contribución al entendimiento del Conflicto armado en Colombia, Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, Febrero de 2015.

colectivo, y en el mismo conocimiento y práctica de los derechos humanos. Al mismo tiempo que se viven profundas brechas económicas, de infraestructura, de ordenamiento territorial, e inequidades materiales y tecnológicas.

Por todo esto, los EE han tenido que desarrollar múltiples conocimientos y estrategias que es necesario observar y estudiar con profundidad, y que no significan en sí mismas un ejercicio de omisión o de justificación de sus acciones. Porque también es importante estudiar cómo sus historias ponen en evidencia los movimientos de muchos de ellos en los claroscuros que transcurren en sus cotidianidades, donde se naturalizan y se justifican variadas intersecciones entre aspectos de formalidad e informalidad económicas, de legalidad y paralegalidad pública y privada, y de moralidad e inmoralidad individual, colectiva e institucional. Quizá en estas alternancias simultáneas, como las llamara uno de los autores de este texto, residan algunos de los principales aportes de estas memorias de EE a la comprensión de contextos y protagonistas del conflicto colombiano.

En esos claroscuros encontramos que varios relatos nos dejaron ver cómo en los pagos de extorsiones o peajes, se conoce, pero al mismo tiempo se omite o se ignora, que esos dineros siguen nutriendo actores y violencias criminales; o que las acciones de seguridad y protección individual o colectiva terminan “reciclando” y oxigenando organizaciones y acciones ilegales y asesinas; o que los cultivos de coca que se entrecruzan con los de palma, cacao y plátano, en algunos casos, se utilizan para sacar provecho de políticas y acciones de sustitución o subvención por parte del reclamado Estado. Además aparecen las prácticas de minerías legales e ilegales que están atentando contra ríos, bosques y cultivos, además, de los devastadores impactos que están teniendo en las culturas, las prácticas y el tejido social de grupos y comunidades del Pacífico.

Los relatos también dejan entrever prácticas sistemáticas de contrabandos de muy diversos productos en la región que no sólo atentan contra las economías locales sino contra los ecosistemas de la región y la vida digna, o que los dineros

y recursos generados por el narcotráfico no sólo han sido integrados a negocios legales, y han dinamizado los circuitos económicos locales, sino que han servido para que actores que se mueven entre la ilegalidad y la legalidad se apoderen de escenarios políticos, sociales y organizativos en el nivel local o regional. Estas historias además dejan traslucir la existencia de mercados criminales surgidos del conflicto y las violencias, como el de personas y organizaciones que “negocian” secuestros, secuestrados o extorsiones; o los de aquellos que se apoderan de tierras o despojan a propietarios y tenedores de estas por vías de fuerza o con argucias jurídicas, sirviendo a los intereses y desarrollos de negocios tanto ilegales como legales; o los conocidas actividades de agiotistas que no sólo profundizan las pobrezas, la inequidad y la explotación, sino también las violencias y los controles territoriales de grupos y bandas criminales en la zona.

Por supuesto los anteriores análisis y argumentaciones presenta señales, pistas, de fenómenos que es necesario estudiar y conocer con mayor rigor y profundidad, pero que tienen en las experiencias y testimonios de agentes como los del mundo económico, insumos determinantes para la construcción de historias y verdades más complejas y diversas y de paso favorezcan la toma de decisiones y políticas que favorezcan prácticas y culturas de reconocimiento, reconciliación, reparación y no repetición en Colombia y sus muy variados territorios.

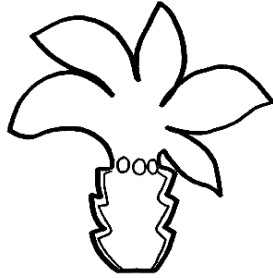


Sembrando esperanza:
entre palmas aceiteras y matas de coca

Mónica Castillo



Con experiencias y recuerdos de un grupo de empresarios y agricultores palmeros se construyó una narración polifónica que visibiliza la complejidad de hacer empresa y ser empresarios en un municipio donde el conflicto colombiano es manifiesto. Infinitas gracias a todos los/las entrevistadas que hicieron parte de este complejo ejercicio; especialmente a Julio Sevillano, Néstor Erazo, Julio Erazo, Celia Rodríguez, Julieta Chamorro, Armando Lloreda, Emilio Piedrahita, Segundo Sevillano; mil gracias a los pequeños agricultores y a todas aquellas personas que nos ayudaron en el trabajo de campo y que, por motivos de seguridad no fueron nombrados o prefirieron no serlo. Agradezco también a Luis Fernando Barón, Hoover Delgado, Gloria Restrepo, María Emma Wills, Carolina Cuadros y Fabio Acevedo por todas sus correcciones y sugerencias a este documento.



*La vida no es la que uno vivió,
sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla”
Gabriel García Márquez*

“Tumaco es una crónica de una muerte anunciada”, dice una lideresa local al preguntarle por la situación. Como muchos, ella se queda porque se siente *ombligada*¹ a esta tierra. Y es que como en la obra del maestro García Márquez, algo de locura y realismo mágico se percibe en el ambiente. En sus calles desordenadas, laberínticas y caóticas, parecen existir más motos que personas. Su infraestructura diversa se alterna entre palafitos, casas de cemento y hoteles. Su cielo limita con el mar y regala sublimes atardeceres que encienden los usuales *desfiles de chalecos*. Sus agricultores dicen que todo lo que se siembra aquí da fruto. Y sus casi doscientos mil habitantes² se debaten en el dilema de entrar o no en “el negocio”.

1 Se refiere a un ritual de las comunidades indígenas y afrodescendientes del Pacífico; consiste en enterrar el cordón umbilical de los recién nacidos en algún lugar de la casa como una forma de ligarlos al territorio (Arocha, 1999).

2 Según datos del DANE el municipio cuenta con 199.659 pobladores, de los cuales 111.589 se encuentran en la cabecera urbana y 88.070 en la zona rural. (IGAC, 2016).

En un rincón del suroccidente de Colombia, donde el país limita con el Océano Pacífico y el Ecuador, está San Andrés de Tumaco. Una tierra compleja y hermosa conformada por tres islas: La Viciosa, El Morro y la isla de Tumaco.

Tumaco es “la nueva capital de la coca”, titulaba un artículo del periódico El Tiempo (2017). Nuestro país es el mayor productor de coca en el mundo y este municipio concentra la mayor cantidad de matas de coca de todo el territorio nacional, con 23.148 hectáreas en 2016.³ La alta presencia de estos cultivos, junto a su valor geoestratégico de zona fronteriza con salida al mar, ha disparado el negocio del narcotráfico: la producción, la comercialización y la exportación de cocaína.

Sus gentes han vivido en carne propia el actual proceso de paz con las FARC, que ha aumentado las disputas y los conflictos en el territorio por el dominio de las rutas por las que se mueve el negocio. En la zona rural se viven los efectos de la implementación del Plan Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos, que pone de manifiesto el dilema de aproximadamente 24.000 familias que hacen parte de este programa y deben sustituir voluntariamente sus cultivos ilícitos por cultivos lícitos, mucho menos rentables.

Unas décadas atrás, cuando este puerto no era más que un pueblo apartado que a pocos importaba, Domitilo Sevillano y Homero Erazo hicieron parte de los primeros cultivadores de palma aceitera. Ellos y sus hijos son los protagonistas que tejen esta historia: sus experiencias encarnan una lucha constante por sembrar y vivir de la palma en este territorio. Con 510 palmeros y 20.000 hectáreas sembradas, es el monocultivo lícito predominante al sur del Pacífico.⁴ El sector de los palmeros muestra los cultivos de palma de aceite como una alternativa para sustituir la coca en la región.

3 Tumaco concentra el 16% de los cultivos presentes en Colombia, Nariño tiene 42.627 hectáreas de coca cultivada, es el departamento con más de estos cultivos en el territorio nacional y la región Pacífico: concentra el 39% de todos los cultivos de coca en Colombia (UNODC, 2017).

4 Según Fedepalma (2016a; 2016b) Colombia es el cuarto productor de aceite de palma del mundo y el primero en América Latina. En Tumaco el sector palmero generó alrededor de 5733 empleos en 2016.

Homero y la bonanza palmera



Zona Rural de Tumaco, pequeño agricultor transportando el fruto de la palma. Foto: Mónica Castillo

Un día después de su cumpleaños número 53, el 2 de julio de 1991, la guerrilla de las FARC intentó secuestrar a Homero Erazo. Para esta década, la economía de Tumaco se basaba en el cultivo de palma aceitera y en la producción y exportación del aceite vegetal.⁵ Las grandes plantaciones reforzaron el tipo de economía extractiva y la vocación agrícola que históricamente ha caracterizado al sur del Pacífico.⁶

5 Ver más en Rocha (2014).

6 Desde el siglo XVIII el modelo económico se basó en la minería de oro en Barbacoas. A finales del XIX la economía se movió a la comercialización de tagua, hasta 1940, cuando las semillas de tagua fueron remplazadas por botones de plástico del comercio internacional. Poco a poco los modelos económicos sustituyeron buena parte de los bosques. Posteriormente, el monocultivo de la palma y la extracción de madera a gran escala (1950-1980), así como expansión de los cultivos de coca (1990-2017), contribuirían a la ya iniciada deforestación. (Rodríguez, 2015).



Homero nació en 1935 en Gualmatán, un pequeño pueblo cercano a Ipiales, donde recibió educación hasta tercero de primaria. Siempre trabajó en varias cosas al mismo tiempo, nunca invertía su capital en un solo negocio. Fueron tantos, los negocios en los que invirtió, que ni su familia los recuerda con exactitud. Era ágil para conseguir socios y préstamos y, reinvertía rápidamente cada peso que ganaba.

Después de prestar servicio militar, se estrenó como emprendedor sacando muelas, aunque no sabía nada del oficio de odontólogo. Ante la escasa oferta de aquel oficio, le fue muy bien. Más tarde, consiguió un préstamo y decidió dedicarse a importar manzanas y uvas desde Chile, este negocio resultó exitoso y le permitió adquirir un buen capital para invertir en el mercado del café y en la industria avícola, que también fueron prósperos.

Homero llegó a Tumaco por el mar. En 1978 creó “Proteínas del Mar”, una fábrica de harina de pescado que producía concentrados para animales. En sus dos barcos, Melba Patricia y Samanta, se pescaba carduma, un pez de la ensenada de Tumaco con el que hacía la harina. Rápidamente el negocio prosperó, pues era la única empresa de concentrados en la región; empleaba 80 personas, entre el personal de la planta y las tripulaciones de los barcos.

Para finales de los años ochenta, Homero y otro socio realizaron una nueva inversión. Compraron las instalaciones de una empresa maderera denominada “Maderas y Chapas de Nariño”, que para ese entonces era la empresa más importante de este sector. La silvicultura y explotación de madera a gran escala inició en Tumaco en los años 50, como respuesta a la crisis económica que dejó la tagua⁷. Con la Ley 2 de 1959, el Gobierno declaró casi la totalidad del Pacífico nariñense como terrenos baldíos para su explotación. Durante 20 años la madera se convirtió en la principal fuente de empleo de Tumaco y generó grandes oleadas de migraciones del campo a la ciudad.⁸

⁷ Ver más en Rodríguez (2015).

⁸ Entre 1960 y 1970 se crean grandes empresas madereras nacionales y extranjeras. Para la década de los 80, la gran empresa maderera del momento era “Maderas y Chapas de Nariño”, que tuvo graves problemas con los trabajadores sindicalizados debido a irregularidades laborales. Sus huelgas lograron afectar el negocio maderero en Tumaco.

“Maderas y Chapas de Nariño” fue creada por inversionistas nacionales y extranjeros, quienes tuvieron graves problemas laborales con sus trabajadores por lo que decidieron venderla al mismo sindicato de la empresa. *“Como éramos los dueños, todos nos creímos gerentes. La gente empezó a ir a trabajar cuando quería. A este ritmo la empresa quebró en menos de 8 años, así que decidimos vender”*, cuenta un antiguo trabajador de la empresa.

El sindicato consiguió un inversionista bogotano que les ofreció 80 millones, Homero se dio cuenta de esta oferta y reunió a los trabajadores. Les dijo: “Les ofrezco 90 millones, la verdad es que no tengo la plata, pero me la voy a conseguir”. Les propuso pagar el adelanto de 10 millones que el inversionista bogotano había hecho al sindicato, pagarles a cuotas a lo largo de tres meses y les dio la posibilidad de seguir siendo empleados. Además, les dijo: “no olviden que soy nariñense, no dejen que eso se quede en manos de un foráneo”. Los convenció y el sindicato aceptó la oferta.

La empresa se llamó: Derivados Forestales Ltda.

“Nunca tuvimos quejas de Don Homero. Era un muy buen jefe, muy buen empleador y este señor tenía una capacidad de ver negocios en todo lado, era muy visionario. ¿Sabe cómo consiguió la plata? Se fue para Perú y Bolivia, nos dijo que tenía que ausentarse por dos meses. En la empresa había un mundo de “chatarra”, piezas de cobre, metal, hierro, madera y una gran cantidad de materiales que en teoría no servían pa’ nada. Resulta que este señor vendió todo eso que nosotros creíamos era pura chatarra por unos 600 millones de pesos. Y cuando llegó nos dijo “ustedes estaban sentados encima de la gallina de los huevos de oro”. Al poco tiempo empezaron a llegar unos barcos de Perú y Bolivia a llevársela y con eso nos

Para la década de 1980, los movimientos ecológicos en contra de la silvicultura llevaron a que el gobierno nacional limitara las concesiones de explotación (Rodríguez, 2015).



logró pagar y le quedó plata”, dice entre risas este antiguo trabajador, “aún nos preguntamos cómo fue que eso no se nos ocurrió a nosotros.”

Para la década de los ochenta llegan al territorio las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Su presencia en los bosques hizo que los territorios dejaran de ser accesibles⁹ y la apertura económica de los años 90, con el arribo de madera “internacional”, hicieron inviable el negocio maderero. El mercado local no pudo competir con los precios del mercado externo, los cuales eran mucho más bajos. Adicionalmente, para la década del noventa, se empezaron a sentir los efectos del cambio climático en el mar, las corrientes cambiaron y los peces como la carduma ya no eran tan abundantes para su pesca. En 1998 ocurrió un grave derrame de petróleo en el Ecuador que afectó la ensenada de Tumaco,¹⁰ haciendo declinar por completo la pesca en esta zona y el negocio de los concentrados.

A finales de los años setenta, Homero, “se enamoró” de La Neguelia, una finca en zona rural de Tumaco, y la compró. Después adquirió otras fincas: La Miranda y Santa Fe. Aunque inicialmente se dedicó a la ganadería, vio en la palma un fuerte potencial económico, y empezó con 300 hectáreas. A inicios de los ochenta, su cultivo ya alcanzaba las mil hectáreas, con unos 260 empleados formales.

Era un buen observador. Solía visitar otras empresas y negocios para ver cómo funcionaban y luego desarrollarlos él mismo. Así construyó su propia planta extractora de aceite de palma, para completar la cadena de producción. Empezó en 1985 con una caldera y una planta, que procesaba seis toneladas de fruto por hora. El negocio de la palma prosperaba rápidamente.

Homero tuvo dos hijos con Julieta Chamarro: Néstor y Julio.

9 Las zonas de Salahonda, Chagüi, Ramos, San Pedro, Curay, El Mexicano, Río Rosario, Hojas Blancas y otras veredas y caseríos junto al río Patía y el Mar Pacífico, frecuentadas para la extracción de madera fueron “vetadas” por la presencia de los grupos armados.

10 Ver más en Moyano (1998).

Él vivía entre Ipiales y Tumaco, pero le gustaba que sus hijos pasaran largas temporadas en el puerto para que conocieran las empresas y sus oficios. Julieta recuerda que en esa época, Tumaco era una ciudad alegre, pujante, con mucho turismo, playas bonitas y mucha gente del interior, llena de empresarios, camaroneras, negocios y comercio. Era “la perla del Pacífico”. Y sobre todo, Tumaco era tranquila. Julieta viajaba desde Ipiales con sus dos hijos de 9 y 10 años por una carretera sin iluminación y sin pavimentar, y nunca pasaba nada, era seguro. Hasta que llegó la guerrilla.

El día que intentaron secuestrar a Homero, era un sábado, día de pagos. El ritmo del trabajo era normal pero con la entrada de un grupo de encapuchados el ambiente se volvió tenso.

“Lo primero que hicieron fue coger a Rafael, su mano derecha, y matarlo. Homero siempre estaba armado. Intentó defenderse y le dispararon. Le pegaron un tiro que le entró por la boca y le rompió la arteria. La plantación quedaba como a 45 minutos de Tumaco, y mientras un trabajador lo llevaba al hospital, perdió mucha sangre. Quedó en coma. Se lo llevaron a un hospital en Bogotá, pero ya los médicos dijeron que no había nada que hacer. Duró ocho días y luego murió”, dijo Julieta.

“Desde hace un año le venían llegando unos papelitos a nombre de las FARC, diciendo que querían dinero, le llegaron a pedir hasta 30 millones de pesos. Yo le decía que no fuera a Tumaco, y él me respondía que debía estar al frente del negocio. Yo creo que él ya estaba preocupado, pero no nos dejaba ver que se sentía así. El tiempo pasó y las extorsiones seguían llegando. Él no era temeroso y no dejaría sus negocios. Estaba completamente entregado, su vida era el trabajo, vivía para trabajar”, dijo Julieta.

Néstor Erazo, uno de sus hijos, relata: *“Mi papá se caracterizó porque toda la vida fue frentero. Yo creo que por eso le iba bien. Él todo era pa’ delante. Y no*



le paraba bolas a eso [de las extorsiones]. No creía, no veía venir la época oscura que se dio en Tumaco, esa, de la que no hemos salido. Yo creo que él vivía en esa realidad de Tumaco como una perla. Creía que el ambiente para ser empresa era el mejor, que era tranquilo y mucha gente quería hacer negocios allí. Creo que él no lo dimensionó. Nunca nadie se enteró de la gravedad de las extorsiones y ninguno de nosotros medimos el alcance que tuvo la situación.”

Según Julieta, era un hombre generoso, la gente lo quería. Su entierro fue multitudinario. En Ipiales, la iglesia estaba llena, llena de gente. Era un hombre de corazón grande. Cuando él se enojaba, le temían. Le gustaban las cosas bien hechas, era muy exigente, y le gustaba que los trabajadores fueran comprometidos.

“Él era todo para mí. Todo. Me había quedado sola con mis niños, me quería morir. Yo le decía en las noches a él que viniera por mí, no pensaba ni siquiera en mis hijos, solo pensaba en mi dolor. No quería nada, yo me encerraba en mi cuarto a llorar. Fue muy duro y afortunadamente, pues sí, tocó seguir adelante. Son los momentos que trato de olvidar, no me gusta recordar, tengo muchos recuerdos que he borrado, no me quiero volver a acordar de eso, aunque a uno nunca se le olvidan”, dijo ella.

Para Julio, el hijo menor de Homero: *“el dolor que uno trae, nunca lo va a dejar. Uno puede cerrar ciclos y puede aceptar esas cosas con el tiempo. Néstor y yo éramos muy pequeños, teníamos 9 y 10 años, y cuando uno está pequeño no percibe el dolor como cuando es adulto. Hay momentos de tu vida donde necesitas a tu papá, uno se pregunta cómo pudo haber sido su vida de diferente con él al lado. Esas son las cosas que como adulto uno se pone a pensar, que extraña, y que siente con cierto resentimiento hacia lo que pasa con nuestra sociedad. Porque esto no solo nos pasó a nosotros.”*

¿Cómo podrían haber sido sus vidas con su padre? Ninguno de sus hijos logra imaginarlo muy bien. De un día para otro, a su madre le tocó convertirse en empresaria. Julieta asumió la plantación de la finca La Miranda. Fue duro. Como era una mujer sola, la gente trataba de aprovecharse, dicen sus hijos, Julio y Néstor, quienes asumieron el control de la plantación y en 2002 crearon la empresa “Palmas La Miranda”. Actualmente esta empresa tiene 70 empleados. Por su parte, las empresas de madera y harina de pescado se cerraron por completo unos años después de la muerte de Homero, pues lo que quedaba de ellas se tornó insostenible.¹¹



Zona Rural de Tumaco, cultivos de palma. Foto: Mónica Castillo.

¹¹ Los principales sectores económicos de la región en la actualidad son: el sector palmero, seguido del sector cacaotero, le sigue la actividad pesquera y la industria camaronera. (Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olízaga -ICP-, 2017).



Los hermanos Erazo y el nuevo milenio

El nuevo milenio llegó junto a los cultivos de coca. En 1999 población desplazada proveniente de Putumayo y Caquetá se ubicó en la zona rural de Tumaco.¹² Un exfuncionario de la administración municipal de este tiempo recuerda que, iniciando el año 2000 llegaron a Llorente un grupo de familias desplazadas por la violencia que se asentaron en este lugar. La Alcaldía les brindó ayuda humanitaria, colchones, agua y frazadas. Él afirma que buena parte de estas personas “llegaron a sembrar coca y desplazaron a comunidades indígenas y afros nativos de la zona, en busca de tierra para sembrar”.

Este mismo año llega al territorio el Bloque Libertadores del Sur (BLS), perteneciente a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) para hacer presencia en la zona urbana.¹³ El ELN y las FARC se habían repartido a pedacitos la zona rural.¹⁴

12 Arocha (1999) afirma que a partir de 1999, cuando Meta, Putumayo y Casanare se convierten en objetivos militares del Estado en la lucha contra la droga (Plan Colombia), aumentan progresivamente los cultivos de coca en Tumaco. Diversos estudios confirman la llegada de población desplazada, para consultar más ver Tulande (2018); Cuesta, Mazzoldi & Durán (2017); López (2014); Museo Nacional de Colombia (2014); Jiménez (2014); Vargas (2004).

13 La llegada del BLS al territorio está por esclarecerse y requiere de una investigación judicial profunda. Existen varias versiones entre los pobladores tumaqueños. Algunos testimonios afirman que un grupo de empresarios y comerciantes del centro de la ciudad los trajeron para contrarrestar las amenazas, extorsiones, secuestros y atentados de una banda urbana manejada por la guerrilla de las FARC. Otras versiones registradas por medios afirman que un sector de víctimas responsabiliza a grandes palmicultores y terratenientes de patrocinar la llegada del bloque por los mismos motivos. Además, denuncian los evidentes nexos de los paramilitares con miembros de la política local nariñense y, las fuerzas militares y policiales de Tumaco. El exjefe paramilitar y comandante del BLS Guillermo Pérez Álzate respondió a estas acusaciones diciendo “no tuvimos la ayuda de instituciones, agentes del Estado o gremios industriales y comerciales; no contamos con esa ayuda”, afirmando que llegaron por orden de los hermanos Carlos y Vicente Castaño. (El Espectador, 2014; Fundación Paz y Reconciliación, 2014; Naciones Unidas, 2004; Restrepo, 2005; Verdad Abierta, 2014).

14 Las FARC en el Sur del Pacífico “tuvo una fuerte presencia en los municipios de Leiva, La Llanada, Sotomayor, Policarpa, Cumbitara, Barbacoas, el Valle del Río Guaitara, El Rosario, Mallama y Samaniego”. (ICP, 2017).

Las FARC ostentaban una autoridad ideológica entre las poblaciones, fomentando un discurso de abandono estatal y una mayor presencia en el territorio. Al llegar la coca, los grupos guerrilleros se disputaron el negocio y rompieron sus pactos de convivencia y división del territorio.¹⁵ El negocio principal era el cobro del gramaje de cada kilo de pasta de coca que se producía, afirma aquel trabajador de la Alcaldía. Empezó la guerra de todos contra todos.

En 2001 Julio y Néstor volvieron a Tumaco. Julio Erazo recuerda que, en repetidas ocasiones en la carretera Pasto-Tumaco, había retenes y le tocaba bajarse del carro: *“la guerrilla salía a dar panfletos, a hablar de la revolución y daban discurso. Para eso aprovechaban las famosas pescas milagrosas y agarraban al que necesitaban... Realmente uno pasaba con miedo, éramos sujetos de secuestro. Mi estrategia era que me hacía pasar por un ingeniero de la plantación y portaba una cedula prestada.”*

Néstor también rememora: *“Un día yo venía de Pasto y nos tocó en Llorente. Estaban los paras entrando a este municipio y llegó un paletero, que vendía Bonice. Y a él lo señalaron como informante de los paras y lo mataron en plena carretera. Dijeron que quien tocara el cadáver, lo mataban. Y llegó el hermano, me acuerdo que era en un Renault 9, a recogerlo, y también lo mataron ahí, recogiénolo. Y también mataron al chofer del Renault. Nosotros teníamos que pasar por ahí. Todo el que iba para Tumaco tenía que pasar por ahí. Nadie más tocó el carro. Hasta que no dieron la orden. A nosotros nos tocaba darle la vuelta por un ladito para no tocar los cuerpos con los carros. Tocó pasarle por el lado y ver los cuerpos ahí tirados. Decían que la guerrilla los mató, y la cosa más verraca fue que los mataron a 200 metros del puesto de policía, y ni siquiera los policías podían tocarlos.”*

Néstor es ingeniero industrial y Julio es ingeniero agrónomo. Afirman que son como siameses: “lo que piensa el uno, es casi

15 Ver más en Rodríguez (2015).



lo mismo que piensa el otro”. Néstor; es un hombre de 40 años, visionario como su padre, sacó su inteligencia para los negocios, devoto de la religión católica, va a misa cada domingo y reza el rosario, dice su madre. Julio, “el chiquito de la casa”, tiene un año menos que su hermano, se parece más físicamente a su padre, tiene sus gestos, su carácter templado y osado, también cree en Dios. Los dos son blancos, de facciones andinas y comparten incontables anécdotas como estas.

El conflicto y la violencia se vuelven incontrollables: La disputa por el dominio de las rutas y corredores del narcotráfico entre los grupos armados ha dejado 96.683 víctimas en el municipio.¹⁶ La Casa de la Memoria de Tumaco tiene un amplio salón lleno de retratos de víctimas; 700 fotografías de desaparecidos y asesinados, adultos mayores, hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas. La foto de Homero Erazo no está entre esos retratos. Y a la familia la categoría de “víctimas” parece producirles algo de extrañeza.

“No sé, cómo le digo, todos fuimos desplazados, pero no sé si quepa decir que soy víctima del conflicto. No sé, porque fue otra época”, dijo Julieta.

Dijo Néstor: “Sí. Primero, por la historia que hemos contado de mi papá, que ha sido un hecho muy duro, que nos ha marcado la vida. Y segundo, porque no hemos podido arrancar con nuestra empresa, a pesar del dinero que le hemos metido, esfuerzos de 20.000 millones de pesos. Uno le mete y le mete, pero no ve respuesta, todo lo contrario.”

“En el fondo, yo no buscaría reparación. Lo que buscaría es tal vez tener algo de tranquilidad en el trabajo cotidiano. Tener la facilidad de ir, manejar el negocio tranquilo, que uno pueda visitar la zona, que uno pueda dejarle esto a los hijos, o a los que vengan”, dijo Julio Erazo.

16 Según la Unidad para las Víctimas (2017).

Ningún dueño o gerente de las grandes empresas palmicultoras vive en Tumaco: catalogada como zona de riesgo de inversión, presenta grandes dificultades para acceder a créditos en bancos, con entes del Estado y con inversionistas privados. “Es complicado que la gente quiera invertir porque con los problemas que se presentan muchas veces no se pueden cumplir las metas, los rendimientos esperados y los pagos, entonces nadie quiere meter su dinero en un lugar que no sea seguro”, dice Néstor.

“Hacer empresa en este territorio es difícil, son muchos los obstáculos. La inseguridad es una de nuestras dificultades principales, dice Néstor. “No es como en otros lados, que usted puede ir y venir, de día, de noche y puede quedarse allá a ver cómo va la cosa. Allá usted no puede hacerlo. Usted tiene que confiar en terceros que le digan si esto viene bien o no. Tiene que incrementar sus costos porque tiene que hacer sistemas de control desde lejos que le valen mucha más plata, necesita más gente trabajando, porque tiene que tener oficina allá y acá.”

Los cultivos de coca se han expandido hasta los predios de las grandes plantaciones de las empresas palmeras.¹⁷ Según Julio: “solo tenemos 20 o 30 hectáreas de coca invadidas en nuestros terrenos. Las plantaciones han sufrido de muchas invasiones porque la coca está pegada a la palma. Son unas dimensiones que lo superan a uno, y uno dice: ¿Pongo en riesgo la vida por eso? O mejor dice: no, no la pongo en riesgo porque no es conveniente quemarnos.”

Cuando entre 2007 y 2008 las plantaciones de palma se vieron afectadas por la enfermedad del Complejo de Pudrición

17 Las grandes empresas palmeras tienen aproximadamente unas 1400 hectáreas invadidas por pobladores de la zona, pero no todas están sembradas en coca. Varias comunidades indígenas y afrodescendientes reclaman tierras que afirman les pertenecen por derecho ancestral y que les fueron robadas por terratenientes, como es el caso de las denuncias del pueblo Awá (Organizaciones del pueblo Awá, 2012) y las denuncias de diversos consejos comunitarios. Actualmente, se presentan varias disputas legales con grandes empresas palmeras y estas comunidades por la posesión de tierras.

de Cogollo,¹⁸ la mayoría de las empresas no pudo volver a renovar y resembrar todo el cultivo, por lo que algunos terrenos se quedaron sin sembrar y fueron ocupadas por otras personas que llegaron a sembrar coca y otros cultivos como plátano y yuca. Palmas La Miranda perdió cerca de 800 hectáreas de palma sembrada. A Néstor y Julio se les vino el mundo encima.

“Se nos acabó en un año todo lo que habíamos venido haciendo y lo que hizo en vida mi papá. Fue rapidísimo, y eso que probamos de todo para salvar los cultivos. Nos sentamos a pensar, ¿qué plantar? Pensábamos: si no volvíamos a plantar con palma esa tierra, la invadían y se la llevaba la coca. Hoy en día, lo que no se sembró en palma, está invadido de coca. Eso nosotros se lo planteamos al gobierno. Se triplicó el área de coca, y eso que estamos en paz.”

¡Y es que por ningún lado escampa! La falta de energía eléctrica y la falta de combustibles, son otros problemas que agobian a Tumaco. Las voladuras de torres son acciones frecuentes y habituales de los grupos armados para afectar el ritmo cotidiano del municipio. No solo logran perturbar a los hogares sino a todos los pequeños, medianos y grandes negocios y empresas, que requieren del servicio de energía para su sostenimiento. Por falta de energía, varias plantas extractoras se ven obligadas a parar días enteros. La solución es conseguir combustible y funcionar con las plantas de energía portátiles, de lo contrario, el fruto de la palma se pierde porque no se puede procesar después de 12 horas. No siempre logran resolverlo, pues la gasolina también escasea; la gasolina no llega a Tumaco. No se controla la venta de gasolina, y los últimos 10 días de cada mes hay desabastecimiento. Las casi 40 estaciones de gasolina que se ven cuando se atraviesa el municipio, la compran a un

18 El Complejo de Pudrición del Cogollo (CPC) es una enfermedad que afecta el cogollo de las palmas hasta podrir las, se dio en Tumaco de manera masiva entre 2007 y 2008, afectando la gran mayoría de los cultivos de la zona. Se ampliará el tema más adelante.

precio subsidiado por el gobierno (\$7.500 aproximadamente), pero no la venden. Su negocio es venderla en otros lugares del país a precio regular para obtener mayores ganancias.¹⁹

Las plantaciones de palma y los ríos se han visto afectados por la contaminación producida por los ataques a los tubos del oleoducto trasandino que atraviesa Tumaco.²⁰ El petróleo mata todo y los grupos armados lo saben. Los atentados al oleoducto son constantes, el último hecho se registró el 24 de abril de este año a manos de la guerrilla del ELN: afectó gravemente dos ríos, que son fuentes vitales para la población tumaqueña.

Por el contrario, dice Julio Erazo: *“las grandes empresas nos hemos convertido en sustitutos del Estado. Como la mayoría de la gente es tan pobre, el gobierno le ha regalado muchas cosas, les ha dado tierras, o no les ha dado nada. Nosotros fuimos los que metimos el cableado de luz al otro lado del río, nosotros lo pasamos por la población. Hicimos vías, la única vía por la que se llegaba al pueblito era la vía de la plantación, hasta donde tuvimos capacidad tratamos de ayudarles”,* dice Néstor. *“¿Y usted cree que alguien nos ayuda? Nadie responde por nada. Ni el gobierno, ni las instituciones del Estado. Tampoco hay soluciones concretas. El gobierno nos ha dejado solos. Sea como sea y pase lo que pase tenemos que cumplir con la gente, con los bancos, con los clientes, no hay excepciones.”*

Luego Néstor recuerda: *“En el 2005, ya la cosa se pone muy fea y decidimos irnos. La última vez pensé ‘me va a pasar algo parecido a mi papá’.* Estaba en la oficina y me llamó el tipo este, el extorsionista y me dijo:

19 Ver más en W Radio (2018).

20 Tumaco es el principal puerto petrolero colombiano sobre el océano Pacífico. Su cercanía con los yacimientos de petróleo de Orito (Putumayo) hicieron que se construyera un tramo del Oleoducto Transandino entre Orito y Tumaco. (Viloria de la Hoz, 2008).



—*Ve, como no has querido darnos nada, yo estoy aquí viendo a tu hijo, está en el parque del conjunto.*

El conjunto donde yo vivía, era chiquito, eran 12 casas y ahí estaba Edison, el escolta que yo dejé, para que se quedará con la familia. Cogí inmediatamente y llamé a Edison.

—*Edison, ¿el niño dónde está?*

—*En los columpios*

—*¿Y cómo está vestido?*

—*Está vestido así y así.*

Era la misma vaina que me había dicho el tipo.

—*¿Y quién está ahí cerca?*

—*Están los vecinos jugando*

—*¿Y vos no ves a nadie?, mira las ventanas arriba, a ver si hay alguien viendo por ahí.*

—*No, que yo no veo a nadie, todo está tranquilo.*

Colgué y al otro día dije: me voy. Dejé todo tirado. Nos fuimos para Cali, porque en Cali no somos nadie”. Dijo Néstor.

“Nosotros como empresas ni con Dios ni con el diablo. No podemos dejar que entren ni los unos ni los otros, nos toca blindarnos y a todo decir ¡NO! Esa fue de las primeras cosas que a mí me dijeron, yo me acuerdo en unas reuniones con empresarios que decían: Hemos subsistido aquí como empresarios es porque ni con el uno ni con el otro. Y si ambos nos quieren apretar pues nos toca vivir apretados, pero a ninguno cedemos”. Dijo Julio Erazo.²¹

21 Sin embargo, el monocultivo de la palma ha sido asociado en diferentes regiones del país con grupos paramilitares. Algunos estudios sociales e investigaciones jurídicas afirman que, en el Magdalena medio, Chocó, Meta, Casanare y Catatumbo, grupos paramilitares estuvieron directamente asociados con grandes empresarios que promocionaron el cultivo de palma como la única alternativa para las poblaciones rurales. Generando despojo de tierras, desplazamiento forzado, asesinatos de líderes y miembros de sindicatos. (Arboleda, 2008; Cotrina, 2013; García, 2013; Goebertus, 2008; Ocampo, 2009; Osorio, 2015; Restrepo, 2004).

Don Don y la llegada del cultivo de palma africana

Antes de morir, las últimas palabras que Domitilo le dijo a su hijo fueron: “No se meta en eso, prométamelo”. Don Don, como le conocían, había dedicado su vida a ayudar a la gente de la vereda. Murió en 2011 a causa de una enfermedad que le fue quitando la movilidad del cuerpo. Julio Sevillano, el último de seis hermanos, nunca olvidó estas palabras, pero fue incapaz de cumplir con aquella promesa.

Domitilo tenía una finca de 12 hectáreas en la vereda de Juan Domingo, zona rural de Tumaco, lugar donde nació en 1936. En su familia solo sabían trabajar el campo, había que domar el monte; toda la zona era pura selva, bosques nativos y vírgenes. Sembraba principalmente cacao, pero también cultivos de pancoger. Según Celia, esposa de Domitilo, era común encontrar zorros, venados, tatabras, guatines y una gran variedad de animales salvajes. Los ríos eran cristalinos, tanto, que en algunas partes se observaba el color de las piedras en el fondo de las aguas.

Era usual cultivar sin estándares o medidas de producción agrícolas. En una misma área se encontraban distintos tipos de cultivos, árboles de cacao, palmas de coco, plantas de plátano, yuca y maíz. “La vida era fuera de química, suave, quieta, muy natural”, dice Celia sentada a la sombra de un árbol de guanábana frente a su casa. El ritmo de la cotidianidad era sobre todo muy tranquilo. Los únicos conflictos se daban en las fiestas cuando los hombres se pasaban de tragos. En todo caso, el corregidor intervenía en el asunto y metía a los revoltosos al calabozo. “En ese tiempo había respeto por la autoridad”.

Celia tiene la misma edad que tenía Domitilo cuando murió, 74 años, aunque se ve más joven. Su piel negra, al igual que sus ojos, aún brilla. Celia nació en La Espriella, unos 15 kilómetros más lejos que la vereda de Juan Domingo.

“Don Don era un hombre generoso y un gran cazador. No se imagina la cantidad de animales que traía... si cazaba algún animal le gustaba repartir a todos los vecinos, organizaba partidos de fútbol, así se quedara sin plata, a todos les brindaba algo, era muy dado y muy botado... a veces eso me descomponía porque llegaba el día del pago y no había plata, todo se debía”, cuenta Celia: “Era buen personaje, asumía responsabilidades que no le correspondían como propias... era amigable y piropero.”



Zona rural de Tumaco, Transporte de frutos de palma. Foto: Mónica Castillo

Era usual encontrarlo hablando solo, pensaba en voz alta. Domitilo tenía grandes conocimientos como agricultor, a pesar de que nunca recibió asesoría técnica, ni tenía estudios en el tema. Lo que se proponía lo cumplía.

Julio recuerda un día en que su padre salió a vender a la ciudad los bultos de la cosecha de cacao y se encontró con

una fila extensa de productores. El cacao lo estaban pagando baratísimo, los intermediarios imponían el precio y los pequeños agricultores no tenían más alternativa que aceptarlo. Domitilo se llenó de rabia y no quiso vender su cacao, no quiso regalarlo a los intermediarios. Se sintió desmotivado y maltratado así que desde aquel momento decidió no volver cultivar cacao.²²

La palma llegó a Tumaco a finales de los años 50, gracias al Instituto de Fomento Algodonero, IFA²³, que tuvo la primera gran plantación con el Centro Experimental El Mira. Contribuyó a la expansión del cultivo de la palma estimulando a pequeños y grandes palmicultores con insumos y créditos para el cultivo. Su implementación hacia parte de la expansión de la frontera agrícola que, por este entonces, vivía Colombia. Los grandes palmicultores llegarían a finales de los años cincuenta y durante las dos décadas siguientes, provenientes de Cali, Bogotá y Pasto.²⁴

Primitivo, vecino de Don Don, fue el primero que decidió sembrar palma en la zona, cerca de la década del 60. Él animó a Don Don, quien decidió sembrarla en 1963. El IFA le regaló las palmitas, así que tumbó el cacao. Para esa época era común organizar mingas con los vecinos. Entre todos ayudaban a limpiar y sembrar los terrenos de cada familia. Una vez se domaba el monte a punta de hacha y machete, se limpiaba y se preparaba el terreno para sembrar la tierra. En las mingas no podía faltar la comida y el charuco, un licor artesanal de caña, ofrecido por los dueños de casa.

Celia no recuerda con exactitud el año de la primera cosecha del fruto de palma, pero fue cerca de 1967. La recibieron con gran emoción. Un kilo de fruto de palma costaba un peso, así

22 El cacao ha sido uno de cultivos principales de la región, actualmente es el segundo cultivo lícito más importante, con aproximadamente 16.000 hectáreas sembradas de árboles de cacao. En la actualidad, el sector cacaotero no ha podido consolidar grandes extensiones de cultivo y las unidades productivas no superan las 3,3 hectáreas, según datos proporcionados por el Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olízaga (ICP, 2017).

23 Después Instituto Colombiano Agropecuario, ICA.

24 Ver más en García (2011).

que una tonelada costaba mil pesos. “La palma era sinónimo de riqueza, era lo que ahora es la coca, si se sembraba palma le abrían crédito a uno en la tienda... fue una bendición. Se cosechaba cada 15 días, así que se cogía plata.”

La palma y su fruto estaban benditos. La especie *Elaeis Guineensis*, que incursionó al sur de Nariño, era “una palma con un crecimiento de 40 centímetros al año, altamente productiva y rentable, con un fruto rico en aceite y muy bien pagada... sembrar palma era tener estabilidad, significaba pagar una pensión”²⁵, afirma Julio Sevillano.

Para mediados de los años ochenta, Don Don participó de una de las primeras asociaciones de pequeños cultivadores de Tumaco: La Cooperativa Multiactiva de Productores de Palma y Coco. La Asociación tenía como objetivo crear alianzas con las plantas extractoras para venderles el fruto de la palma a un precio justo.

A finales de los años noventa se tecnificó el cultivo de la palma a través de pequeñas asociaciones, como la Corporación para el Desarrollo Agroempresarial de Tumaco (Cordeagropaz), que buscó incentivar el cultivo de palma y la organización del pequeño sector. Para el 2000 se formaron varias asociaciones de pequeños productores y en 2006 estas se fusionaron para conformar Palmasur. La primera Sociedad Agraria de Transformación de la región, que reúne 272 pequeños agricultores, de los cuales 150 se encuentran cultivando actualmente²⁶, pues muchos han desistido y abandonado sus cultivos.

Julio Sevillano, hijo de Don Don, gerencia actualmente la empresa. “Palmasur es el vínculo comercial entre los agricultores y las grandes empresas a las que venden el fruto de la palma. Aporta acompañamiento técnico-agrícola-empresarial. Es básicamente un vínculo entre el productor /agricultor y el mercado capitalista.”²⁷

25 El aceite de palma es el más utilizado en el mundo. Con él se hacen productos como aceites, concentrados para animales, cosméticos, tintas, biodiésel, jabones, velas, entre otros (Fedepalma, 2016a).

26 El promedio del cultivador asociado a Palmasur es de seis hectáreas. Una hectárea tiene alrededor de 115 palmas. Estos agricultores suelen tener otros cultivos de pancoger y cacao, ejercen otros oficios, incluso trabajan en otras plantaciones.

27 Palmasur produce alrededor de 3.000 toneladas de fruto de palma mensualmente.

Justamente un año después de la creación de Palmasur, llega la enfermedad de la palma: el Complejo de Pudrición de Cogollo, conocido como CPC o PC. Si bien, el CPC siempre existió, era controlado y no lograba afectar a las plantaciones de palma. Pero entre 2007 y 2008 se propagó de tal manera que acabó con toda la palma que existía en Tumaco, 35.000 hectáreas murieron.

Primero, la tagua, luego la madera, ahora la palma. Todas en crisis por factores sociales y/o económicos. Se afectaron alrededor de 8.000 empleos generados por la bonanza palmera de aquel tiempo; se produjo un colapso en toda la producción agrícola y una nueva crisis económica que afectó gravemente a pequeños, medianos y grandes productores de palma.

Todo el fruto que cultivan los agricultores se vende a las cuatro empresas palmeras que poseen planta extractora de aceite. Son las empresas las que definen el precio del fruto, el cual a marzo de 2018 oscilaba entre \$220.000 y \$255.000 pesos por tonelada. Entre los pequeños agricultores esto genera un sinsabor, pues, según ellos, las empresas pagan poco por el fruto e imponen el precio a su amaño. Los grandes empresarios dicen que el precio varía dependiendo de un cálculo matemático sobre el rendimiento del fruto. La relación entre las grandes extractoras y los pequeños agricultores, es sobre todo una relación de dependencia.

Ningún estudio científico ha descifrado la enigmática y letal llegada del CPC.²⁸ Julio Sevillano y su familia vivieron esta crisis de manera cruda y cercana.

“Todos los agricultores asociados perdieron sus cultivos, sus inversiones, su economía, todo colapsó. Perdimos alrededor de 4.000 hectáreas solo entre los pequeños agricultores y agregando a los medianos se perdieron 17.000. La empresa decide apostarle al cultivo y accede a créditos para volver a

28 Varios palmicultores creen que las fumigaciones aéreas de glifosato para acabar con los cultivos de coca fueron una causa probable para la masiva propagación de la enfermedad, pues debilitaron las palmas. Según Neuman (2015), a largo plazo las fumigaciones afectan la salud y el bienestar de cualquier tipo de cultivo. Por ello, las fumigaciones aéreas se suspendieron en Colombia desde mayo de 2015.



cultivar palma, había que endeudarse para continuar. Porque lo que no se siembra en palma se siembra en coca.”

“A nosotros se nos murió todo. 10 hectáreas de palma perdidas y 3 décadas de esfuerzos. No volvimos a sembrar todo en palma porque lo que ocurrió fue duro, quedamos totalmente con los brazos cruzados. Una situación bien precaria, sin flujo de caja, sin tener de donde y volver a empezar de cero. En seis meses la gran esperanza financiera se murió toda”. Dijo Julio Sevillano.

Debido a que Guineensis, la especie originaria de la zona, no podía volver a cultivarse por temor a la reaparición de la enfermedad, Fedepalma y Cenipalma ofrecieron una nueva especie obtenida del cruce de dos especies más resistentes de palma. Este híbrido produciría un aceite de alto contenido oleico y sería mejor pagado en el mercado. Hoy, se paga igual que hace 15 años, aunque los costos de sostenimiento del cultivo son mayores, por lo cual el margen de rentabilidad no es el esperado. Han pasado diez años y la crisis no se ha podido superar. Se calcula que los pequeños productores deben invertir aproximadamente un 20 por ciento más de lo que se paga por cada tonelada de palma que se produce.

Mientras tanto, los cultivos de coca fueron aumentando para convertirse en el nuevo gran monocultivo y en la nueva bonanza económica de Tumaco. Hoy, es la principal actividad productiva del Pacífico nariñense. Si bien la coca entró con fuerza entre 2000 y 2003, la palma era su competencia legal fuerte en el territorio, pues aún era ese sinónimo de riqueza del que hablaba Celia Rodríguez. Con la muerte y crisis de la palma, la coca era y es una alternativa para los agricultores y campesinos de la zona, mucho más rentable, con menos cuidados, con un mercado seguro y un buen precio de venta. Con frustración y desilusión, Julio Sevillano dice desde su escritorio en el centro de Tumaco:

“Hoy somos burla y bullying de los que decidieron hace diez años apostarle a la coca. A pesar de que, a nivel cristiano, a nivel de buen ciudadano, de persona de bien, anhelamos actuar bajo la legalidad resulta que hay unas expectativas en cada familia. Tener una casa cómoda y habitable, creo que no es mucho pedir (...). Pero si vamos a ver el ingreso de nuestras familias y con esto no quiero decir que, ¡qué bien con los que cultivaron coca! están mucho mejor que nosotros. Pero a los que hemos trabajado bajo la legalidad lastimosamente no nos funcionó, tenemos la satisfacción espiritual, pero no se ven los resultados económicos.”

Julio Sevillano y el boom del cultivo ilícito

Julio Sevillano heredó de su padre, Don Don, el amor por la tierra y la pasión por la agricultura: él le enseñó a domar el monte a punta de hacha y machete. Julio es hombre de 40 años, “felizmente casado, soy un fan de la familia, un fan del hogar, un creyente desde el vientre de mi madre”, Ella le inculcó el amor y el temor a Dios desde que tiene memoria.

Julio nació, creció y vive todavía en la vereda de Juan Domingo. Se acuerda de que su primer regalo fue un pequeño machete. Su niñez fue sobre todo libre, en el campo, con animales silvestres, trepando árboles, visitando el río, recorriendo el bosque y comiendo lo que le gustaba. “No recuerdo que me haya hecho falta algo”, dice Julio.

Es un hombre que en su entorno y entre sus conocidos inspira respeto. Es sencillo, amable, tiene un carácter fuerte y expresa sus ideas con autoridad y determinación. Suele hablar con algo de sarcasmo e ironía sobre la situación actual. Es delgado, su piel es negra y tiene un espíritu resiliente. Trae consigo la



lucha de sus antepasados y ha experimentado, como pocos, los avatares del conflicto en la zona rural.

Dice que desde 2004 su papel como gerente en Palmasur es “hacer los mandados”. Hablar con proveedores, clientes, bancos para conseguir lo que sea necesario: créditos, proyectos, materiales, plazos. Ese es su trabajo: ayuda y facilita el trabajo de los pequeños agricultores que representa. “Es un buen jefe”, dice uno de los técnicos de la empresa.

Recorría 16 kilómetros todos los días para ir a la escuela. Cuando se graduó del colegio fue a prestar servicio militar en Medellín. Al salir del ejército se postuló para una beca que ofreció el Ministerio de Medio Ambiente, la obtuvo y se graduó como tecnólogo forestal. Regresó a Tumaco para el 2000 y comenzó a trabajar como técnico de campo para Cordeagropaz, organización que dicen los grandes palmeros ayudaron a crear. Recorría las veredas de la zona rural para brindar formación y asesoría a los pequeños agricultores de palma y cacao; pensaba que esto traería progreso a la región.

Para muchos la coca es la que desencadena toda la barbarie, la muerte, la violencia y la pérdida de la armonía.

“Hubo años en los cuales no podía ir a kilómetro y medio de mi casa, porque no era seguro. No podía estar a las 8 o 9 de la noche sentando al lado de la vía en un mentidero, para conversar, porque alguien mandaba a decir que no era sano que estuviésemos allí. Terminamos encerrados. Secuestrados en nuestra propia casa, porque el orden dependía de manos oscuras que necesitaban tener todo despejado.”

“Recuerdo cierto día en que estaba desarrollando mis labores, cuando era técnico en la vereda, en 2005. Era la 1:40 de la tarde. Salí de las fincas, me pase a la zona del caserío, tenía que subir ocho kilómetros para tomar la moto. Alguien se me acercó y me dijo: ‘Don Julio, no salgas, no salgas, que estos manes van a hacer una vuelta’. Había pasado una moto, una Yamaha 125 de dos

tiempos. Iba atrás un señor con un machete y una pala, el que estaba manejando iba armado y llevaban en medio a un señor corpulento. Tengo un defecto o cualidad, no sé. Yo miro fijamente a los ojos. ¡Sorpresa la mía! Justo cuando salía, vi que regresaban solo dos señores. Eso me mortificó, me marcó. Sentí miedo, sentí zozobra. Son cosas que suelen pasar. Vemos y sentimos lo que pasa, pero al mismo tiempo no vemos nada. Le pedía a Dios que me permitiera no tener que hablar con esas personas, que no me pidieran favores. Todos los días le oraba, decía: Dios mío que no me toque algo así, que no me toque algo así.”



Zona Rural de Tumaco cultivos de coca, atrás bosque nativo. Foto: Mónica Castillo.

Los cultivos de palma y los cultivos de coca se disputan los paisajes de la zona rural de Tumaco.²⁹ Otros cultivos irrumpen, se ven masivamente algunos árboles de cacao y plantas de yuca y plátano. La coca es un arbusto agreste, amorfo, de tallitos delgados y hojas pequeñas. Se cosecha aproximadamente cada tres meses, posee un ciclo de crecimiento y producción rápido. “El cultivo (de la coca) es el más fácil que hay, te dan la semilla, la plata de la inversión, te compran la producción, te la recogen y te la pagan bien pagada” dijo Jacobo³⁰ un pequeño agricultor.

La palma se asemeja a un árbol sin serlo, tiene hojas grandes y largas, su tallo es ancho, su fruto es un racimo robusto y pesado, y se compone de alrededor de una centena de fruticos de colores naranjados o rojizos. La palma se demora 4 o 5 años en dar su primera cosecha y cada 20 días se recogen sus frutos. Los cultivos de palma y cacao tienen que competir con la coca, a pesar de que esta no tiene competencia.

“Los palmeros sean grandes o pequeños necesitan mano de obra para sacar adelante sus cultivos. La siembra y cosecha de la planta de coca; supone un esfuerzo físico menor que el cultivo de la palma. Un raspachin de coca se gana mínimo \$70.000, \$80.000 pesos por día de trabajo. Si es muy habilidoso puede ganar hasta \$150.000, dependiendo de su destreza y velocidad para raspar las hojas de la mata. La jornada de trabajo es más corta. Se inicia a las siete u ocho de la mañana y se termina a la una o dos de la tarde. En ocasiones el empleador ofrece almuerzo. Mientras que un día de trabajo en los cultivos de palma está entre \$40.000 y \$50.000 pesos.” Dice Armando Lloreda, un ingeniero de una plantación palmera.

29 Según la UNODC (2017), los centros poblados en los que se concentra el problema son La Balsa, Llorente, Guayacana y Restrepo, ubicados en la zona rural de Tumaco. Aunque pobladores de la zona dicen que los cultivos están en casi en la totalidad de la zona rural.

30 Se cambió el nombre de Jacobo para proteger su identidad.

“Hay épocas en que es muy difícil conseguir mano de obra. Recuerdo que en 2001 y 2002, cuando llegó la coca, las empresas perdieron más o menos el 40% de su mano de obra, se perdió mucho fruto. Desde ese momento hasta hoy, la mano de obra escasea”, dice un ingeniero del sector palmero. “A los trabajadores de la plantación a veces toca rogarles y decirles ‘no me vas a dejar el trabajo tirado, que tengo que cumplir con la meta para poder pagar la quincena”, concluye Armando.

Segundo Sevillano, hijo de Domitilo y hermano de Julio, tiene una percepción distinta, para él “cultivar coca es tener miedo”: *“Miedo a quedarse por fuera de los programas del Estado, miedo a no tener lo suficiente para sacar adelante la familia, miedo a sentarse a la mesa sin tener con qué pagar la cerveza, miedo a no ser “alguien”, miedo a ser un simple agricultor que se dedicó a sembrar palma y que se sienta en la sombra de sus palmeras después un duro día de trabajo.”*

Sea cual sea el motivo “la gente ya no sale huyendo, defiende la coca. El cocalero tiene derechos”, dice Jacobo, pues en los últimos años se ha dado en el campo un cambio de paradigma. Las movilizaciones sociales de los cocaleros³¹ han permitido reducir los estigmas y señalamientos sobre su oficio y su vocación como cultivadores de coca. La búsqueda de alternativas al cultivo ha permitido además que esta labor se normalice, convirtiéndose en algo natural, común y cotidiano.

El Acuerdo de Paz firmado con las FARC el 24 de noviembre de 2017, reconoce a los campesinos cocaleros y ha creado para ellos un Programa Integral de Sustitución

31 Entre mayo y diciembre de 2017, los medios registraron seis movilizaciones de cultivadores de coca concentradas en la vía panamericana Pasto-Tumaco. Estas acciones de resistencia estuvieron encaminadas a obstaculizar la erradicación forzosa del cultivo implementada por el actual gobierno, se paró el tránsito de vehículos dentro y fuera del Pacífico Sur. En la mayoría de los casos se presentaron problemas de orden público, hubo heridos, desabastecimiento de alimentos, y pérdidas humanas y económicas.



de Cultivos Ilícitos (PNIS) como parte de su lucha contra el narcotráfico. “Dijeron que el gobierno nos daría 32 o 33 millones, ¡Imagínese! ¿Eso cuando se había visto? Eso nunca se va a volver a dar”, dice Jacobo.

El acuerdo entre el Gobierno y la comunidad consiste en la sustitución de los cultivos ilícitos de manera voluntaria y concertada. El cultivador cocalero promete erradicar su coca, no volver a sembrarla, no vincularse a ninguna actividad asociada al narcotráfico y no comercializar materias primas para este propósito. A cambio recibirá varios incentivos económicos. Durante el primer año de implementación del programa (PNIS)³², cada familia que firme el Acuerdo recibirá un millón de pesos mensuales como remuneración por sustituir, preparar la tierra para siembras legales o trabajar en obras de interés comunitario. Durante este mismo año, recibirá un desembolso único de un millón ochocientos mil pesos para proyectos de sostenibilidad alimentaria y autosostenimiento; después se le entregarán 9 millones de pesos para proyectos de ciclo corto e ingreso rápido como piscicultura y avicultura. Para el segundo año, cada familia recibirá hasta 10 millones de pesos para financiar proyectos productivos y costear mano de obra. Además, tendrá asistencia técnica avaluada en un poco más de 3 millones de pesos.³³

“Aquel palmero o cacaotero que no tiene coca, lógicamente no va a entrar. Por eso nos dicen: ya ves, hubieras tenido tus maticas, estarías recibiendo esta bendición”, afirma Julio con ironía. El piensa que el programa empezó al revés, pues lo que se priorizó fue el tema de las drogas ilícitas, sin reformar el campo, a pesar de que el Acuerdo de Paz propone una Reforma Integral Rural.

32 Ver más en Alto Comisionado para la Paz (2016) y UNODC (2018).

33 Según la Alta Consejería para el Posconflicto, Derechos Humanos y Seguridad (2017) en Nariño ya son 29 Acuerdos firmados, que incluyen comunidades afrodescendientes, indígenas y campesinas de diversos municipios y corregimientos como: Barbaocoas, el Charco, Roberto Payán, Francisco Pizarro, Iscuande, La Tola, Mosquera, Magüi Payán, Olaya Herrera, Policarpa, Ricaurte, Rosario, Samaniego y Tumaco.

“No hay vías de acceso, carreteras e infraestructura necesaria para desarrollar el agro. ¿Dónde están los proyectos productivos sólidos, sustentables y sostenibles? ¿Cuál es el mercado que asegurará que los productos de los campesinos se vendan y que los proyectos productivos sean exitosos? Las buenas intenciones están en el papel, pero no se ve en la realidad, el campo no está preparado”, dijo Julio.

El Proceso de Paz no es en todas las veredas. Las veredas donde dominaban las FARC hoy se sienten más desprotegidas que cuando estaban allí.

Julio dice: “Desde la sensibilidad de la población la situación está peor. Sabemos que eran un detonante bastante mayúsculo del conflicto interno en el país. Pero ahora es peor que antes, antes por lo menos sabíamos quién se movía, sabíamos qué tipo de uniforme portaba y qué logo llevaba encima. Hoy es incierto para quién trabajan y qué buscan. (...) Irónico esto, ¿no? Saber que antes las comunidades con las FARC sentían más seguridad que ahora. Ahora son varios grupos o bandas las que se disputan el control de la zona rural, los corredores y la producción de los cultivos de coca. Esto aumenta la zozobra, la incertidumbre, el desconocimiento sobre el territorio y las gentes que lo recorren. (...) Un día mi hijo, que solo tiene 10 años, me preguntó: ¿Papi quiénes son los buenos y quienes son los malos? Oiga, yo creí que iba a tenerla clara, pero no: al final me le fui por las ramas y le dije que los buenos son los que procuran hacer la voluntad de Dios.”

Julio se debate constantemente entre la esperanza de lo que puede llegar a ser Tumaco y lo que hoy es. Una paz prometida que no llega.

En 2013, alardeaba el Gobierno que el Plan Colombia³⁴ estaba siendo exitoso, pues la producción de cocaína estaba disminuyendo y se habían desmantelado grandes carteles de la droga. Esto fue un espejismo. Hoy la producción, comercialización y exportación de cocaína han alcanzado niveles nunca antes experimentados en el país, generando su evolución e incremento³⁵. La desmovilización de los paramilitares entre 2002-2006, el inicio de las negociaciones en la Habana en 2012 y la firma del Acuerdo de Paz con las FARC en 2017, tampoco lograron impactar la cadena de la coca y reducir significativamente el narcotráfico. Este parece adaptarse a cualquier condición y contexto. Por el contrario, entre 1999 y 2012 la tasa de homicidios aumentó a un 130% por cada cien mil habitantes.

“Las FARC controlaban en gran medida el negocio del narcotráfico; con su retirada, el negocio no se iba a acabar. Si estas salían, otros iban a quedar y eso todo el mundo lo sabía. El Estado lo sabía. La coca es el combustible de todo”, dice un ingeniero del sector palmero.”

“Julio expone que el fenómeno del narcotráfico se combina con una percepción general de un problema generacional: *“Los jóvenes están bombardeados por los medios y el consumismo, ¿y cómo se consume? Se consume es con plata. El chico que no tenga cómo resolver esto, pues no levanta niña. Porque mijo, eso no es por pinta, es por lo que tiene en el bolsillo. Qué tipo de celular tiene, qué moto tiene, si tiene una Pulsar 220³⁶ está más cotizado. Si sus pisos (tenis) son de doscientos, vale, pero, si son de treinta mil, ¡pues no! Todo eso fue creando una cultura.”*

34 El Plan Colombia es un acuerdo bilateral entre los gobiernos de Estados Unidos y Colombia, creado en 1999 para combatir las drogas ilícitas y propender por la paz y el desarrollo económico del Estado colombiano. Con la llegada de los presidentes Barack Obama y Juan Manuel Santos este plan fue remplazado como “Paz Colombia” en 2016.
35 Ver más en McDermott (2018).

36 La Pulsar 220 es una moto de alto cilindraje distribuida por la marca Auteco.

Las cosas que eran importantes ya no lo son, prevalecen otros valores, otros estilos de vida, otras mentalidades, basadas en el prefijo “narco” y el adjetivo “fácil”.



Playa del Morro, Tumaco. Foto: Mónica Castillo.

“Muchos jóvenes piensan que es preferible vivir pocos años con plata, pero no todos comiendo mierda. No es suficiente una reforma rural que desarrolle el agro, sino una transformación cultural. Y una inversión en bienes, educación y servicios públicos de calidad que ofrezcan las condiciones para salir de pobre a través de otros proyectos de vida”, afirma el mismo ingeniero.

La extorsión es otro de los grandes problemas que viven los empresarios y comerciantes en Tumaco. Se trata de micro y macro extorsiones que se piden en sumas de dinero, pero también a manera de favores, mercancías, productos, alimentos, trabajo, mano de obra.³⁷

37 Según el Gaula de la Policía Nacional, Tumaco es la zona de mayor secuestro y extorsión del país (Caracol Radio, 2017). El 80% de los comerciantes son extorsionados (El Espectador, 2013).



“2013 fue un periodo en el que asesinaban por no pagar la vacuna. ¿No va a colaborar?: tenga el plomazo, la granada y el petardo. Eso no es cuento, eso es terrorismo y efectivamente se paga piel con piel. Un año después, cuando ya estaba en la gerencia de Palmasur, fui llamado por un grupo armado. Asistí a aquella entrevista con la confianza en Dios de que volvería a salir. Porque ahí si el dicho popular ‘el que nada debe nada teme’. De todas maneras, feo, feo estar ahí, no puedo negar que me generó zozobra. Dos horas siendo cuestionado por la empresa, como si aquí hubiera dinero de sobra como para entregarle a quien no lo trabaja. A Dios gracias no pasó a mayores y nunca más me volvieron a llamar”, dijo Julio.

Aunque buena parte la raíz de los problemas sociales, políticos, económicos y culturales de Tumaco, está en su estrecha relación con el narcotráfico y la expansión del cultivo de coca, el fenómeno tumaqueño es tan complejo que no puede reducirse a su mera existencia. El olvido y abandono del Estado y la poca inversión social; la falta de oportunidades laborales y educativas; el poco desarrollo de la agricultura; la ausencia de apoyo al sector empresarial; las altas tasas de desempleo; la deficiencia de servicios públicos básicos; los altos niveles de pobreza; la inseguridad; la inmensa corrupción del Estado a nivel local, regional y nacional; la presencia de grupos armados, la violencia y el conflicto; la cultura y mentalidad de las nuevas generaciones y muchos otros factores³⁸ se combinan

38 Según cifras del DANE (2005), en cuanto a servicios públicos el 77% de la población de Tumaco posee energía eléctrica, el 0% gas natural, el 29% acueducto, el 57% alcantarillado y el 12% teléfono. En cuanto a educación, el 34% de la población de 3 a 5 años asiste a algún establecimiento educativo, el 86% de la población de 6 a 10 años y el 75% de la población de 11 a 17 años. Según estos mismos datos, el 18% de la población no posee ningún tipo de estudio, el 43% ha alcanzado el nivel de básica primaria, el 26% el de básica secundaria, y solo el 3% ha alcanzado estudios profesionales o de especialización.

Para 2011, 48% de la población del municipio presenta necesidades básicas insatisfechas (NBI), según cifras del DANE (2012), de las cuales el 16% está en condición de miseria. Cerca de 32.000 pobladores (22%) se encuentran “sin cobertura por parte del sistema

para producir la realidad imbatible que vive Tumaco. “Lo peor es que todo el mundo lo sabe, pero no pasa nada.”

Las palabras de Julio y Segundo Sevillano cobran tanto sentido, que parecen indiscutibles:

“Esto de cultivar la palma en medio de tan marcada hostilidad, es mucho más que un trabajo, es un arte, es magia de la buena, es sacarle provecho al barbecho, a la fanegada, a la mata de monte como dicen nuestros abuelos (...) La palma la plantamos en lucha queriendo ser prósperos para toda la vida, pero hoy toda la cosecha se paga, queda poco o nada. Al final la palma no nos enriquece pero nos dignifica, es el cultivo de la esperanza.”

Dice Segundo. Y Julio complementa diciendo:

No hay una razón más allá de la sobrenatural para sobrellevar y sobrevivir esta realidad. Nuestra razón de subsistir es Dios. Te estoy hablando de una vida donde nos afiamos en las promesas de Dios. Porque por la gracia de Dios no nos ha pasado nada. Aguantando ahí por lo menos hay esperanza, porque donde se siembra hay esperanza.”

de seguridad social en salud. En Tumaco existe solamente una institución de mediana complejidad, el Hospital San Andrés, que debe prestar sus servicios a los diez municipios de la costa pacífica nariñense; y otra de nivel municipal, pero de baja complejidad”. (Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olízaga —ICP—, 2017).

Según información suministrada por la Cámara de Comercio de Tumaco (2015) existen 25.000 desempleados aproximadamente. La tasa de desempleo sobrepasa el 40%; el subempleo 35% y la informalidad el 25%. (ICP, 2017).

Entre 2000 y 2004, Tumaco tuvo 16 alcaldes (El Tiempo, 2004). La Procuraduría General de la Nación suspendió al actual alcalde por presuntos hechos de corrupción. Los problemas de corrupción y la destitución de alcaldes locales han sido constantes en el municipio.

En el primer trimestre del 2018, los asesinatos en Tumaco aumentaron 47%, según datos de la Defensoría del Pueblo registrados por la Revista Semana (2018). En enero del presente año, la Defensoría del Pueblo (2018) emitió una alerta temprana debido al incremento de acciones violentas en el municipio.



Redes de ríos, violencias y movilización social

*Recuerdos sobre las violencias y la paz de
empresarios del Cabotaje*

Luis Fernando Barón



Agradezco inmensamente a Gratiniano, Javier y Robinson Torres, así como a Víctor y a los tripulantes y la gente del cabotaje de Atransmaflupa, por todas las horas que invirtieron en este trabajo, por su inmensa confianza y sus invaluables memorias. También a emprendedores, empresarios, líderes gremiales y sociales de Buenaventura y a miembros del Comité del Paro de 2017 por sus relatos, recuerdos e información. Agradezco mucho los aportes de Apelis Estupiñán y el trabajo previo de Laura Catalina Blandón, estudiante de Maestría en Estudios Sociales, y a Lorena Abella, Angie Díaz, Isabella Osorio, Diana Salazar y Eliana Charrupi, quienes nos asistieron en la transcripción de entrevistas, en la revisión y organización de información, y en la elaboración de informes. También a Carolina García por su trabajo de análisis de las bases de datos de Movilizaciones y Derechos Humanos de Cinep, y a Anthony Rivas por su trabajo de memoria sobre el Paro de 2017 y su ayuda en la búsqueda y sistematización de información.



Instrucciones para antes de zarpar

“Nosotros no solo somos víctimas del conflicto armado, sino principalmente del modelo de desarrollo social y económico como se ha proyectado y se ha planeado Buenaventura... El territorio y sus riquezas son las que han estado en juego aquí. Testimonio de un líder del Paro Cívico de Mayo de 2017.”

Este capítulo reúne memorias de las trayectorias de vida y emprendimiento de dos hombres que con el cabotaje, el servicio de transporte marítimo y fluvial de personas, mercancías y noticias, han contribuido a tejer interacciones y vínculos entre gentes y pueblos que habitan el litoral Pacífico colombiano. Al igual que las aguas de los ríos y los esteros se mezclan y se entretajan con el mar, los recuerdos y relatos del cabotaje nos ayudan a comprender las maneras como sus habitantes han navegado entre las violencias y el conflicto político armado en la región, y a apreciar las formas que ellos han desarrollado para contribuir individual y colectivamente al bienestar, a la reconciliación y a la vida en sus territorios.

Por una parte, están los recuerdos de Gratiniano Torres, don Grati para sus amigos, propietario, navegante y sobre todo Capitán de embarcaciones; por otra parte, los de Javier Torres, su hijo, quien preside la Asociación de Transportadores Marítimos y Fluviales del Pacífico, Atransmaflupa.

Don Grati, el padre, ha navegado por el Pacífico desde 1954: “pa’arriba y pa’abajo llevando gente y trayendo mercancía”. Con nostalgia narra cómo han cambiado el mar, los ríos, la manigua y sus gentes, consecuencia del aumento de los conflictos generados por los actores ilegales vinculados con la minería y los cultivos ilícitos. Ha sido, además, testigo de la movilidad de sus gentes y de los cambios en la vida cotidiana, en las redes sociales, y principalmente en la tranquilidad.

Javier Torres, el hijo, se identifica como un empresario que ha trabajado y capitaneado varias embarcaciones del Pacífico, pero que hoy pasa más el tiempo en movilizaciones y en reuniones con organizaciones sociales e instituciones del Estado, pues hace parte del Comité Ejecutivo del Paro de Buenaventura de Mayo 2017, Esta masiva movilización que en diciembre de ese año logró una ley con recursos para un plan integral en el municipio en los próximos 10 años. Sin embargo, en las últimas semanas, sus rutinas diarias han cambiado debido a las amenazas de muerte que ha recibido contra él, contra su familia y su organización: por ser parte de la construcción de alternativas de una vida mejor para su querida Buenaventura.

Ambos han sido testigos de la fuerza de las aguas, los vientos y las selvas húmedas tropicales de sus territorios, así como de la potencia de las prácticas culturales y de las resiliencias de sus pobladores y comunidades. También han experimentado las pobrezas, el precario desarrollo del Estado-nación colombiano, y el desconocimiento de su región y sus culturas. Además han vivido y sobrevivido a hechos relacionados con el conflicto político armado y a las violencias cotidianas que los han expuesto al control territorial de los actores armados ilegales: a las amenazas y pagos permanentes de extorsiones; a la retención de barcos, tripulantes, pasajeros y mercancías; al asesinato y al

sometimiento a vejámenes de amigos, colegas y conocidos; a los asaltos en alta mar y a los tráficos de drogas, agentes y tecnologías de guerra en sus embarcaciones.

¡Buen viento y buena mar!



Punta del Este, Btl pñal. Foto: Mónica Castillo.

La Palera

La Palera es una calle sin pavimento ni andenes donde bulle el comercio fluvial de Buenaventura. A lado y lado de La Palera están las bodegas y los muelles con las embarcaciones de cabotaje, pequeños y medianos barcos cuyas tripulaciones recorren decenas de ríos y puertos en el litoral Pacífico.

Se le llama La Palera, porque allí llegan los barcos cargados con las “trozas” de cedros, chanules, sajos y otras maderas traídas de diversos lugares de la costa Pacífica. El día aquí recuerda el calor que torcía las bisagras en el Macondo de Cien Años de Soledad; pero en La Palera se encierra un calor húmedo y sofoca la falta de la brisa del mar, bloqueada por las altas fachadas de las bodegas de esta calle y por los pestilentes vapores de los charcos y barrizales formados por las constantes lluvias.

En esta calle los muelles de cabotaje se nombran con los apellidos de sus propietarios, pasados o presentes. Tienen grandes portones y alargados corredores para permitir la entrada y salida de los camiones que llegan con materiales de construcción, gasolina, electrodomésticos, comidas o medicinas para ser transportados y transados en las poblaciones costeras y ribereñas. Entre portón y portón se intercalan negocios de comidas y bebidas con pequeños locales de aserríos y ferreterías. Todo el día hay movimiento de gentes, carros y motos: ruido que se superpone al de los motores de los barcos y a los otros sonidos del trabajo del puerto mezclados con las voces, los gritos y la música, para producir un bullicio regular desde que sale el sol hasta el atardecer.

En el muelle los barcos pasan una semana, a veces dos, mientras son cargados poco a poco con las mercancías solicitadas por tiendas, supermercados, negocios y empresas de la región; y que allí son recibidas y contabilizadas por las tripulaciones. La carga y descarga de los barcos cuesta entre uno y un millón doscientos mil pesos, y en estos procedimientos participan unas 30 personas. Los barcos suelen transportan 60y 70 pasajeros;

pero en Semana Santa, en carnavales o en tiempos de Navidad, se copan los 80 o 100 cupos de las embarcaciones.

Cuando las naves están cargadas y listas para zarpar, los capitanes y las tripulaciones se abastecen de combustible, agua y alimentos para su viaje. Además, cada uno de los tripulantes recibe un avance de dinero, que dejan para el sostén de sus familias durante el tiempo que ellos estarán en alta mar. De allí, los barcos salen hacia Agua Dulce (en la bahía), donde la unidad de Guardacostas inspecciona a todos los barcos que van a salir,” según describe Robinson, otro de los hijos de don Grati, quien antes del cabotaje capitaneaba embarcaciones de pesca.

En las últimas dos décadas La Palera, como buena parte de Buenaventura, se ha puesto más caliente. Así dicen sus habitantes para referirse a otro tipo de calor, pues esta calle, como otros lugares del puerto, ha sido testigo de múltiples crímenes y violencias que han envuelto en sus redes la cotidianidad de sus pobladores, incluidos los empresarios que tienen sus negocios en esta calle tan particular.

Dicen capitanes y tripulantes que ahora los barcos de cabotaje hacen menos viajes: en los últimos diez años han pasado de hacer unos diez recorridos a solo tres por mes. Esto se debe a la reducción de productos que se traen a Buenaventura desde otros municipios del Pacífico, principalmente la madera, menguada no solo por las políticas de protección y conservación, sino por los estigmas y señalamientos a los hombres y mujeres que desde siglos atrás han vivido del cuidado y del uso de estos bosques. El número de viajes se ha mermado también porque ahora hay más embarcaciones, y los pasajeros prefieren las lanchas rápidas para transportarse.

Don Grati

En el muelle Pinzón, en la calle de La Palera, se parquea regularmente *El Coral*, el barco que en la actualidad capitanea Don Grati. Él tiene 84 años y desde los veinte ha subido y bajado por el mar y los ríos del Pacífico llevando y trayendo gente, víveres, combustibles, medicinas, cartas y razones entre los más de cuarenta lugares que conectan a aproximadamente un millón doscientas mil personas que tejen esta red en el litoral. Hoy recorre la ruta de Buenaventura-Timbiquí-Buenaventura con tres marineros, un maquinista y dos cocineras, porque desde hace unos cinco años las mujeres pueden tener licencia para navegar. Don Grati sueña con navegar dos o tres años más, para después dedicarse a llevar y traer mercancías en los barcos de sus hijos, y así pasar la vida que aún le queda.

Afirma Don Grati que el paisaje y la situación del Pacífico “han cambiado mucho en los últimos 20 o 25 años”, debido a la llegada de agentes y negocios ilegales como la coca, la marihuana y la minería. Considera, sin embargo, que su familia y él mismo han sido muy afortunados, porque de este tiempo él solo tiene recuerdos de dos hechos significativos articulados con los conflictos armados y políticos de la región. El primero se refiere a los pagos, en dinero o en especies, que deben hacer las tripulaciones a guerrillas, paramilitares y bandas criminales para poder navegar. El segundo, trata de la retención que hiciera un grupo guerrillero a uno de los barcos bajo su mando, inmovilizado por más de 40 días.

Don Grati tiene un cuerpo menudo y atlético, y se considera mulato. Sus ropas, las posiciones corporales y sus maneras de andar, de comer y de conversar, tienen un aire de sencillez y simplicidad. Es más silencioso e introvertido que la mayoría de sus colegas y que las gentes de la región. Sus brazos, dorados por el sol, tienen bien marcados sus músculos, y terminan en unas ásperas y fuertes manos con vena visibles y decididas. Recuerda

que en su vida se habrá enfermado unas dos o tres veces y nunca ha sabido lo que es visitar un hospital. En su rostro se destacan los ojos negros y profundos, arropados por unos párpados rasgados que parecen reflejar la pausa con la que va por la vida.

Cuando Don Grati recorre La Palera lo saludan con amabilidad y respeto los hombres y los jóvenes que cargan mercancías y descargan trozas; así como las mujeres que venden empanadas, arepas, cafés, papas rellenas, patacones, pescados y cervezas en las pequeñas tiendas y restaurantes del lugar. Los saludos expresan genuino aprecio y reconocimiento. Esto se atribuye, quizá, a sus años de vida o al valor y el respeto que se rinde a los mayores en el Pacífico, o también a las millas náuticas que tiene en su haber, sin que se conozca de algún incidente grave al navegar.



Don Grati en su barco, muelle la Palera, Buenaventura. Foto: Mónica Castillo.

– ¿Pueden creer que el viejo ni siquiera usa gafas? – dice Robinson– Y mientras todos los capitanes salen y entran de la bahía asistidos por GPS, él lo sigue haciendo solo con sus ojos y sus sentidos.

– Cuando ya no sea capaz de entrar o salir a mi manera – le responde don Grati– , de pronto uso eso. Mientras tanto, lo seguiré haciendo como lo aprendí desde muchacho.

Robinson es uno de los ocho hijos varones y tres mujeres de Don Grati y Bartola Caicedo; quienes además tuvieron tres mujeres. Él es dueño de *El Coral*, barco en el que a veces se embarca para asistir a su padre como maquinista, cocinero o en lo que sea menester. Aprendió de barcos y navegación con su papá, pero se hizo capitán en un barco de pesca que tuvo que dejar una década atrás, cuando esta actividad decayó en Buenaventura. Robinson también capitanea barcos de los socios de Atransmaflupa, cuyas 89 embarcaciones representan el 94% de los buques del Pacífico colombiano asentados en Buenaventura. Javier, uno de sus hermanos menores, ayudó a formar la asociación y ahora la preside.

Javier

Construir el barco que tengo cuesta hoy alrededor de 900 o mil millones de pesos. Pero como soy navegante y uno sabe dónde duermen las palomas, uno sabe cuál es el constructor bueno que te cobra barato. Mi embarcación estaba dedicada a la pesca. Nos costó 250 millones y la organizamos pieza por pieza para transformarla a cabotaje. La inversión fue mínima, pero lógicamente con préstamos aquí y acá, y destapando la alcancía allá...

Javier es uno de los hijos menores de Gratiniano y Bartola. Nació en Buenaventura hace 41 años y aunque tiene rasgos de su padre, por las fotos que vimos, se parece más a su mamá, una matrona negra de Guapi que murió hace un par de años de una rápida y letal enfermedad. Su piel es mucho más oscura que la de su padre, y se siente afro o negro, indistintamente, pues lo tienen sin cuidado las discusiones de académicos o militantes de organizaciones sociales sobre estas distinciones.

Javier tiene recuerdos personales y de la gente de su gremio, que han sido enfrentados no solo a las arbitrariedades y el desconocimiento de las instituciones del Estado, sino también a las acciones violentas de agentes ilegales en Buenaventura y en la región. Él también ha sido blanco de amenazas y extorsiones de grupos armados en los puertos que visita al navegar. Ha sido testigo de las maneras como grupos de diferente talante y principios se han hecho dueños de espacios físicos, sociales y culturales en la ciudad y en la zona, así como de los regímenes de terror y silencio que han impuesto en el territorio. Entre los recuerdos más importantes está el de los impactos del narcotráfico entre los pescadores y navegantes del cabotaje, que empujó a muchos de ellos a involucrarse en el transporte de sustancias psicoactivas, o a sucumbir a las presiones de los narcos para utilizar sus embarcaciones para transportar criminales y sus mercancías, como se verá adelante con más detalle.

Todos ellos son los que no dejan que la ciudad crezca – piensa Javier– . Y cómo lo han hecho: extorsionando, amenazando, matando, desplazando. Quien quiera invertir en Buenaventura hoy, no solo tiene que sentarse con el Estado sino con las bandas [criminales]. Porque el Estado le puede vender el terreno y le da las autorizaciones para construir, pero las bandas criminales son las que dan los “permisos” para trabajar.

Desde que tiene uso de razón se ve gateando en la cubierta de una embarcación. En su mente están grabadas las caravanas de barquitos entrando al puerto que divisaba mientras bajaban

del bus, con su mamá y sus hermanos, a recibir a su papá. Recuerda que al llegar al muelle, Don Grati siempre se bajaba de primero a entregarles las naranjas y los bananos que traía de la costa; luego la familia regresaba a casa y su papá llegaba unas horas después con las despensas más pesadas para el sustento de la familia: plátanos, cocos, pescados e incluso el arroz que apilaban en El Charco, Guapi, Satinga e Iscuandé, municipios del sur del Pacífico.

Javier es un hombre alto y delgado, pero corpulento. Sus manos son bastante más grandes que las de Don Grati, y parecen igual o más fuertes; sin embargo, las manos de Javier se ven limpias y delicadamente arregladas. Su aspecto me hace pensar en uno de esos cantantes de jazz de New Orleans de los años sesenta: cabello corto y peinado con gomina, piel bien cuidada y rostro siempre afeitado. Sus facciones son finas y su cabeza y su cara permanecen altivas en todo momento; viste camisas y pantalones cuidadosamente planchados.

Javier empezó como oficial de cocina, luego fue marinero de cubierta. Años más tarde pasó a ser maquinista y luego “compresorista” en un barco de turismo. Después se hizo contador, que en el Pacífico es quien recibe y entrega la carga de los barcos. De allí pasó a administrar una embarcación y después fue capitán. Más adelante, junto a Robinson, se hicieron propietarios de un barco de cabotaje que lamentablemente se hundió en 2001. Hoy es propietarios de una nueva embarcación.

Javier madruga todos los días, como su padre, y desde que se monta en su carro empieza a trabajar y a resolver problemas con su teléfono celular: da indicaciones sobre trámites navieros, habla con autoridades del puerto, responde llamadas de políticos locales y nacionales, y conversa con otros líderes y dirigentes sociales de Buenaventura. Él habla y piensa rápido y de manera ordenada y con propiedad. Su voz es fuerte y profunda y mantiene su tono y postura, incluso cuando algo le molesta o lo aflige.

La pasión y el compromiso con la navegación, con su familia y con sus territorios lo han llevado en los últimos años a las

calles, a las plazas y a las dependencias públicas a defender la vida y la paz en este, el principal puerto colombiano del Pacífico. Ha tenido que ver el muy lento desarrollo del Puerto y el fracaso de varios planes que se han diseñado en la ciudad, secuela de la incompetencia y corrupción de sus dirigentes que toman decisiones a espaldas de las comunidades. Por eso, Javier se cuenta entre los líderes de protestas y movilizaciones sociales de la región, quienes desde tiempo atrás vienen exigiendo el reconocimiento de la situación de Buenaventura por parte del Estado y la nación. Ha luchado por la disminución de la pobreza y de la exclusión, y por el cese de las violencias sociales y culturales del puerto.



Javier Torres desde el Piñal, Buenaventura. Atrás, algunos barcos de Cabotaje en el muelle La Palera. Foto: Mónica Castillo

Del Charco a Buenaventura

Hijo de Florencio Torres y Antonia Caicedo, Don Grati nació y creció en la zona rural del Charco, Nariño, en un caserío al lado de un río donde vivían unas 15 familias, cada una con cuatro o cinco hijos. De ese caserío apenas si quedan rastros, pues todas las familias que allí vivían salieron varias décadas atrás hacia la cabecera municipal del Charco y hacia los puertos de Tumaco y Buenaventura.

La vida de nosotros era subir y bajar a canaleta por el río -- rememora Gratiniano-- , íbamos a la escuela con una gallada de cuatro o cinco muchachos, y trabajábamos en el monte echando machete y haciendo zanjas para cultivar el coco. También cultivábamos plátano y banano, pescábamos con anzuelo en canoa y echábamos redes para pescar con la luna. Éramos pobres pero vivíamos muy tranquilos.

Desde que tiene memoria, recuerda que cada vez que iba al Charco miraba con fascinación los gigantes veleros que entraban y zarpaban de su muelle, y se decía a sí mismo que los barcos eran el futuro que anhelaba para su vida. Fue precisamente en un velero, capitaneado por uno de sus tíos, en el que a eso de los 20 años se embarcó para Buenaventura, en busca de otros destinos. En el epicentro del litoral, pronto se enroló en un pequeño barco de madera que ya tenía motor: Ángel, se llamaba el barco.

Su primer viaje fue a Pizarro, a traer plátano. Siempre se ubicaba al lado del “que gobernaba”, para ver cómo conducía su embarcación; a las pocas semanas, la enfermedad de uno de sus compañeros de tripulación le brindó la oportunidad de hacerse responsable de una de las guardias de la travesía en alta mar. Cuando se hizo cargo del timón, fue como si llevara años navegando. Después de eso no hubo persona, agua o viento que lo quitara de ese lugar.

Por varios años fue grumete y ayudaba con turnos de conducción de embarcaciones más grandes y complejas, como la *Rosa María*, que era una de las más rápidas de la zona, o la *Nueva Fortuna* o *La Pinta*, una barquita más pequeña que todas las demás. La mayoría de los barcos con los que se inició eran veleros, porque en ese tiempo los de motor eran muy caros y exclusivos. Víctor¹, viejo amigo de don Grati y de toda su familia, recuerda que *La Nueva Fortuna* fue el barco que su abuelo materno construyó tras perder su embarcación por traficar con libras esterlinas.

Víctor es un mecánico reconocido en el gremio de navegantes del Pacífico norte y sur; se formó en la práctica, pero pasó por el SENA, la Flota Mercante Grancolombiana y también hizo varios semestres en la universidad. Fue propietario de un aserrío y de varios talleres en Buenaventura, donde reparaba barcos de pesca y de cabotaje. Hoy tiene un taller en Cali, donde arregla todo tipo de motores y se dedica a la lectura, y a buscar cómo ayudar a que los jóvenes de la región puedan tener acceso a una educación pertinente, que genere cambios y desarrollo.

En los años veinte, cuenta Víctor, su abuelo llevaba guadua para vender en Perú, y de allá traía sal en bloques, porque esta era muy escasa en toda la región. Solo dejaban algunos bloques en Buenaventura, la mayoría se iba por carretera hacia el interior del país.

A mi abuelo lo cogió el Resguardo de la Aduana, porque en el fondo del barco tenía unos compartimientos donde venía el contrabando, que era la Esterlina, y se lo decomisaron... Esos viajes eran de más o menos veinte días, iban hasta Panamá, Perú y Ecuador. A comienzos de los años cincuenta, la mayoría de los barcos eran de vela; los pocos con motor tenían unos Penta de 12 caballos de fuerza. Antes, el servicio de mensajes, la plata de los bancos y las remesas iban en canaleta

1 El nombre y algunos detalles de los relatos de este personaje se han cambiado para proteger su identidad y privacidad, sin afectar el sentido y la veracidad de sus versiones.

ventiao. Llegaban a ciertos lugares y se quedaban hasta que madrugaba, y seguían con otro día de trabajo. Para eso había que tener un físico “bien puesto”. En la parte norte del Pacífico había lo mismo: esos eran los verdaderos correos, los correos humanos.

Don Grati, Víctor y Javier pintaron un mapa que pone en el centro a Buenaventura, “la casona grande”, y señalaron los ríos que ellos han navegado en el litoral Pacífico: Dagua, Anchicayá, Cajambre; luego dibujaron las vértebras del río Yurumanguí, y siguieron con el Naya. “Cada uno de ellos tiene su cultura, su nombre, su identidad y su historia; y los de abajo [al sur] son los que hoy están en problemas”, afirmó Víctor. Al otro lado del río Naya está el departamento del Cauca, allí se encuentran los ríos Micay, Saija, y Timbiquí, después el Guapi, donde termina el departamento del Cauca. Luego, en Nariño, están los ríos Salahonda, San Juan, Pital con Mosquera, La Tola, El Charco, Iscandué y el río Satinga, formando la zona sur del litoral. “Todos estos ríos –dice Víctor con preocupación– se encuentran gravemente afectados por la violencia en Nariño”. Especialmente Tumaco y Satinga, los dos municipios más afectados por las disputas territoriales entre el ELN, organizaciones de narcotraficantes y excombatientes de las FARC que no se desmovilizaron después de la puesta en marcha de los acuerdos de paz, tal y como lo muestran con mayor detalle los textos sobre Tumaco incluidos en este libro.

Metamorfosis en el Pacífico

De allá, ya no se trae nada, porque todo hay que llevarlo de aquí, porque allá lo que andan es cultivando [coca y marihuana]. El arroz, la papa, la cebolla, el limón, de todo para allá, pero de allá pa' acá solo hay que traer madera. Las cinco mil, diez mil naranjas, las quinientas bananas, el coco, se traen de vez en cuando. Esa es la cuestión.

En seis décadas navegando, don Grati ha visto cómo pequeños caseríos que antes tenían tres o cuatro casas, ahora tienen 30 o 40, en las que viven “cholos, indígenas, negros y colonos”. Para él, la plata fácil y rápida ha cambiado a varios de sus pobladores:

Yo allá tenía muy buenas amistades, y me juntaba con toda la gallada, pero cuando se desató toda esa vaina [se refiere a la presencia de actores armados y al cultivo y comercialización de drogas], algunos de mis allegados fueron cambiando, y las cosas fueron cambiando. Si usted va ahora a XXX, usted verá el mundo de paisas que hay: de Medellín, de Manizales, de Bogotá, de todas esas partes, y muchos de ellos ¿a qué llegaron allá?, dedicados a eso.

Los ríos también han cambiado: el San Juan, por ejemplo, era un río de agua clara; ahora se ha puesto turbia y llena de tierra, “porque allá arriba le han metido máquinas [de minería]”. El Timbiquí tenía un “agua cristalina que tomábamos”, hoy solo se ve clara por dos o tres días, cuando se detiene el trabajo de la minas. El Satinga era un río muy bonito, pero hoy en día se dañó “porque como abrieron un canal por otra parte, y toda el agua se vino por ahí... mejor dicho, es un infierno ese río”. Don Grati también relata que antes se navegaba con tranquilidad por los ríos, sin toparse con actores armados.

Pero diga usted que hace unos 25 o 30 años comenzó a cambiar. Al llegar a esos ríos, uno se encontraba con canoas que salían de unos huecos y de una vez le pedían gasolina o ACPM... Uno salía de aquí para meterse a más partes a traer madera, entraba a cargar y uno veía cinco, seis tipos en el barco preguntándole a uno, que el dueño cómo era, que si le pagaba a uno bien, que si se portaba bien con la gente. Hacían preguntas, más que todo los grupos de la guerrilla, que llegaban a cualquier parte y le decían a usted: “fíeme un cigarrillo”, se lo fiaba y luego se lo venían a pagar. Pero esos paracos, esos no, esos llegaban y si usted tenía un bulto de arroz, ahí llenaban su talega ni decían gracias y se iban. Esos ni preguntaban cuánto valía. Y así se vino llenando hasta que esto estaba... mejor dicho.

Víctor también recuerda que de niño, por allá en 1962, escuchó de la guerrilla y de uno de sus jefes, Efraín González. Sin embargo, fue en los años noventa cuando se hizo consciente de la existencia de estos grupos armados. En ese tiempo trabajaba en el Chocó, en una empresa maderera de su propiedad. “Pero la guerrilla nunca nos habló de vacunas ni nada por el estilo. Ellos llegaban normalmente, pasaban, iban y venían, pero nunca nos pedían nada”. Sin embargo, afirma con tristeza e indignación, su litoral Pacífico se arruinó y se acabó con la llegada de la hoja de coca y la marihuana a la región.

Para Víctor, los cultivos ilícitos no solo transformaron los objetivos y el accionar de grupos guerrilleros como las FARC, que según muestra el CNMH (2015) llegaron en los años noventa al Pacífico, a partir de decisiones estratégicas para ampliar su presencia, dada la importancia geopolítica y los recursos que generaban las economías legales e ilegales en esta región. Sus experiencias, navegando y desarrollando negocios en el Pacífico, le permiten afirmar que los guerrilleros cambiaron, porque antes “estaban comprometidos con el bienestar del pueblo”. Como también cambiaron las vidas de gentes que siempre habían sido “honestas y trabajadoras”.

Javier recuerda que entre el 2004 y el 2006 apareció el narcotráfico en pueblos prósperos de la región como Mosquera, Pital y San Juan. Añade que la presencia de los armados también transformó la movilidad de los barcos y de los pobladores en la región. Las entradas y salidas de los barcos y de la gente comenzaron a ser controladas. A las embarcaciones se les establecieron horarios para salir y entrar hasta las seis de la tarde, y se implementó “un impuesto de \$100.000 por cada tiro al aire, si no se atendía el llamado de sus retenes y si se movilizaba una embarcación y un tambor de combustible, todo se paraba a partir de esa hora.”

Robinson nos cuenta que estas informaciones se transmiten verbalmente o con volantes, como uno que les entregara una facción del ELN hace un año y medio, cuando lo retuvieron unos cuatros días con carga y pasajeros en un río del Chocó.

Quando uno llega a un río y va a cargar, llega una canoa con dos muchachos y le dicen a uno quién los mandó y cuánto tiene que pagar, porque si no de allá no sale. Así no sean bandidos, y sean unos muchachos que no tengan nada que ver, pero como ya vienen en el río, la gente se ve obligada a darles lo que piden. El precio lo ponen ellos, depende de la embarcación y de su capacidad. Desde la conversación de paz a la fecha que se sentó las FARC con el Gobierno y pusieron el cese de hostilidades, desde ahí ha mermado bastante.

Recuerda Javier que en el 2009 los “impuestos” de salida de los muelles estaban en unos \$150.000, más un tambor de ACPM. Además, cuando se cargaba un barco de madera, el dueño del aserrío debía pagar unos 50 pesos por cada bloque.

Si eran dos mil, haga Ud. las cuentas; y a nosotros nos cobraban cien mil pesos para entrar el barco al aserrío. ¡Usted pagaba o el barco no salía, pagaba o se llevaban al capitán o al administrador o al dueño del barco! En San Juan, una vez nos encontramos con tres retenes:

*uno de paramilitares, otro del ELN y otro de las FARC.
Y en cada uno había que pagar, porque si no, no se
pasaba, no llegábamos.*

Incluso, en algunos casos, los armados establecen agendas y restricciones para la tala y la comercialización de la madera, como sucede en la zona de Satinga, Nariño: “el pueblo con mayor número de aserríos y donde mayor cantidad de madera se saca; Había 54 aserríos y los grupos paramilitares y la guerrilla generaban una norma de veda: le decían a los dueños de los aserríos cuándo les tocaba sacar madera al monte, cuándo les tocaba partir la madera allí.”

Unas violencias “excepcionales” y otras del diario vivir

Don Grati, como se refirió más arriba, se considera afortunado porque él y su familia no han tenido que vivir en carne propia y de manera cruel, las violencias producidas por los conflictos de la región. Afirma esto, a pesar de los secuestros y muertes de amigos y vecinos, de las coacciones y pagos que debe hacer a los agentes armados, o a pesar de la zozobra y el miedo que experimenta en su diario vivir, y que lo han obligado a tomar medidas y precauciones, tanto en Buenaventura como en los puertos y lugares que frecuenta. La ley del silencio lo ha obligado a restringir sus relaciones sociales, a no hablar ni a opinar, ni con desconocidos ni con aquellos con los que se ha tenido cercanía y confianza en otros momentos: “porque uno ya no sabe qué hacen, ni cómo han cambiado.”

Sus afirmaciones tampoco parecen tener presentes los cambios en el tejido social que él y otros de sus colegas han

vivido en la región: la desaparición o deterioro de espacios de reunión y de la confianza y la solidaridad con sus vecinos, con sus socios, clientes y amigos, o las oleadas de inmigración y emigración hacia o desde Buenaventura.

Al respecto, uno de los capitanes de cabotaje recordó la ocasión en la que tuvo que transportar a una familia de ocho personas, “seis hijos y los dos viejos”, pues unos paramilitares los habían expulsado de Docordó, para quedarse con sus casas y una pequeña propiedad. El capitán nos relató que en esa ocasión se los encontró, y llegó a pensar que venían en busca de la familia, pero no fue así:

– Íbamos bajando por un caserío que se llama Brudun, cuando veo que sale una lancha con unos doce y van llegando y fueron subiendo a los camarotes. Los volteaban como mejor dicho. Y me asomo por el puente a la canoa y veo que llevaban a un tipo de pecho peludo, en pantaloneta, con una toalla en la cara y amarrado de espaldas y manos. Y cuando el tipo oyó que yo hablé, hizo la toallita así a un lado, y cuando yo lo vi a ese señor se le vinieron las lágrimas, lloró el hombre porque sabía que lo llevaban amarrado para matarlo.

– ¿Quiénes eran esos hombres? -- Le preguntamos y él de inmediato nos responde.

– Eran paracos.

– ¿Y cómo sabes, cómo los distinguías?

– Ellos andaban como si fueran unos soldados, con los mismos uniformes de los soldados.

Para don Grati, uno de los percances más significativos fue cuando su barco con tripulantes, pasajeros y mercancías fue retenido por guerrilleros de las FARC en el río San Juan. El barco quedó encallado unos 45 días al lado de uno de los afluentes.

Eran como las siete de la noche y estábamos terminando

de cargar. Estaba todo a oscuras cuando sentí una marejada, me asomé, pensé que eran infantes, pero cuando les vi una pañoleta roja en el cuello, no me gustó. Pero, ¿cómo así? Se bajaron de la lancha y vimos que se la llevaron al aserrío, y como sabían que tenía radio, entonces lo cogieron para que no fueran a llamar... El barco estaba cargado con 800 galones, porque al día siguiente el combustible iba a subir por un paro, y como esos guerrilleros saben todo, el tipo bajó a la máquina y nos dijo que teníamos combustible pa' correr todo ese río hacia arriba. Arrancamos de allí a las siete de la noche, y a las nueve de la mañana llegamos al lugar donde nos iban a dejar. Uno de ellos me hablaba como si me conociera, y yo decía ¿pero éste quién es? Me hablaba con mucha delicadeza, me decía: “don Grati, por aquí lo que necesite a la orden.”

Don Gratiniano, sorprendido por la amabilidad de los guerrilleros, relata que ese día dejaron a una parte de su tripulación en una casa grande, que tenía aspecto de iglesia o de hotel. Él y otro miembro de la tripulación continuaron río arriba en la embarcación con los captores.

A las cuatro de la tarde vino un guerrillero y nos dijo: “arregle el maletín usted y el otro muchacho que a las cinco se van para Buenaventura”. Entonces, cuando llegué a la casa el señor me explicó que uno de sus hombres me conocía, y que sabían que desde hace muchos años yo andaba en barco por acá. Y allí se formó la cosa, oiga, nos tomamos una de “vinete” y nos vinimos a Buenaventura. Allí se quedó el barco. Y luego arreglaron, les dieron como un millón y lo recuperamos como 40 días después, cuando la corriente nos dejó sacarlo del río.

Javier también nos habló de otras violencias del diario vivir, que lo han llevado a conocer y a reconocer a otros armados que dominan un lugar: como los grandes y pequeños prestamistas del “gota a gota”, que igual pueden decidir por la vida de sus

deudores o mandar a decirles por quién votar. O la existencia de bandas criminales que interactuando indistintamente con guerrilleros, paramilitares o narcotraficantes, para extorsionar, para secuestrar o para “vender secuestrados”, han logrado controlar la vida y los movimientos de gentes y productos en barrios y veredas, formando territorios delimitados por fronteras que solo son invisibles para los que no saben o no conocen las reglas y maneras del lugar.



La Palera, Buenaventura. Foto: Mónica Castillo.

Varios navegantes coinciden en afirmar que entre el 2004 y el 2006 empezaron también a aparecer grupos de delincuentes comunes dedicados a asaltar a las embarcaciones en altamar. A ellos Javier los llama “los piratas del Pacífico”, y explica su origen en los fuertes golpes militares que sufrieron las guerrillas durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010). Estos hechos les generaron a estas organizaciones serios

problemas de abastecimiento de víveres, y terminaron por pagar a bandidos por la obtención de estos insumos. Al bajar la ofensiva militar, los guerrilleros no necesitaron más de los suministros de los piratas del Pacífico, pero estos, sin control ni de las autoridades ni de los grupos paramilitares ni de los mismos guerrilleros, se tomaron el negocio, y han robado unas 80 embarcaciones tanto de pesca como de cabotaje entre los años 2010 y 2017. Cuenta Javier:

Este año [2018] llevamos 24 asaltos en altamar, la mayor cantidad de robos en la historia, con eventos como tiros al aire, robo a los pasajeros, despojo de sus pertenencias, y golpes y cachazos al capitán, a las tripulaciones y a los maquinistas. Esto sin que las autoridades, en este caso la Armada, le hagan frente, pues desde hace años se dedicaron a combatir el narcotráfico con unidades en tierra, en mar y en aire; pero desestimaron el accionar de estos bandidos que andan en lanchas rápidas, y en un ratito roban un barco y en 10 o 15 minutos están metidos de nuevo en el monte.

Pesca y cabotaje azotados por el narcotráfico

El cabotaje y la pesca han tenido fuertes vínculos en el Pacífico. Esta última, también ha disminuido de forma trágica en Buenaventura en las últimas dos décadas. Los relatos de un líder del sector afirman que la pesca “generaba entre 20 mil y 25 mil empleos directos hace 25 años, y hoy no crea más de dos mil. Además, la flota pesquera pasó de tener aproximadamente 250 barcos, hace 20 años, a poco más de 20 barcos en la actualidad, contribuyendo, de paso, a las escandalosas cifras de desempleo y a la pobreza del puerto”. Testimonios como

este coinciden con las cifras institucionales que muestran que el sector pesquero pasó de producir más de cien mil toneladas a comienzos del año 2000, a unas 25 mil en el 2015.²

Recuerda Robinson que, a inicios de este siglo, cuando era capitán de un barco pesquero, salía con su tripulación durante 12 o 15 días y capturaban unas 12 toneladas de pescado. Diez años más tarde, cuenta, después de una faena de veinte días solo lograban pescar tres toneladas. Para él, esto se explica por la presencia ilegal de barcos internacionales, así como de las políticas pesqueras del gobierno central, que aumentaron las distancias permitidas para la pesca.

Nos sacaron a alta mar, donde no hay bancos de peces. Y donde no hay comida para los tiburones, no hay pesca. En ese tiempo me encontraba con barcos de Perú y Ecuador con capacidad para 400 a 800 toneladas de pescado, y nosotros teníamos barcos de 15 o 25 toneladas. No sé cómo ni en dónde sacaban los permisos para pescar, pero era claro que lo que ellos cogían en un viaje, nosotros lo pescábamos en un año.

Otro líder gremial de Buenaventura nos contó que la pesca y de paso el cabotaje fueron afectados por varios fenómenos simultáneos: la apertura económica, que vino con un aumento de 70% en los precios de los combustibles; fenómenos naturales como los de La Niña y El Niño, con la consecuente disminución de pescados y mariscos; y la llegada de grupos armados y del narcotráfico, que se sintió con mayor fuerza desde comienzos del 2000. Sin embargo, para él, lo más grave fue “la inexistencia de políticas del Estado para proteger el medio ambiente y la actividad de los pescadores, así como los empleos y la calidad de vida de la gente de la ciudad.”

Recuerdan varios pescadores y gente del cabotaje que en

2 Ver: Informe Prediagnóstico Buenaventura POT 2018-2030, Cali, Club de Ejecutivos, Marzo 20 de 2018.

medio de esta situación floreció el narcotráfico, que no solo puso a circular dineros ilegales en varios sectores comerciales e industriales, sino que terminó afectando a otras actividades de producción como la agricultura y la madera. Sus testimonios también nos hablaron de las formas como las organizaciones de narcotraficantes no solo utilizaron embarcaciones de pesca para esconder y transportar insumos, drogas y armas, sino cómo cooptaron a muchos capitanes, tripulantes y pescadores para involucrarlos en sus negocios ilegales.

Casi todos nuestros entrevistados afirman que el narcotráfico se entrecruzó con la vida cotidiana y con múltiples actividades sociales, culturales y económicas de Buenaventura. Nos contaron de casos de familias enteras y de emprendedores y empresarios de niveles socioeconómicos y educativos diversos, que se involucraron en variadas actividades ilegales: siembra, tráfico, microdistribución, incluso lavando dinero o “inyectando dineros malditos en sus negocios”. El narcotráfico no solo integró nuevos actores ilegales y armados a la delicada situación de Buenaventura, sino que se convirtió en catalizador de diversas formas de violencia, afectando tanto los negocios, como las actividades y la vida cotidiana de las zonas urbanas y rurales de la ciudad.

Y, claro, con el narcotráfico también empiezan las muertes – cuenta un poblador de Buenaventura– . Mire el cuñado de mi amigo terminó siendo capitán de uno de los buques que compró su familia en 700 millones. Lo mandaron a Ecuador y le hicieron la caleta: y en la primera salida del buque, lo cogieron. Hoy ese muchacho, que había estudiado ingeniería, está extraditado.

El narcotráfico alteró la vida diaria de los pescadores, porque los traficantes no solo se acercaban a sus barcos a proponer transportes de drogas, a reclutar tripulantes o a comprar combustible; sino que también terminaron alterando su tranquilidad y las faenas de pesca. Robinson relata que los barcos ni siquiera podían arrimar a las playas para dar un respiro a las tripulaciones, después de navegar por 15 o 20 días, por los riesgos que implicaba la presencia de grupos armados

involucrados en las actividades de tráfico ilegal.

Nosotros cargábamos un balón de fútbol y llegábamos a una playa a descansar y a jugar con los del pueblo. Pero un día llegamos a una playa de noche y esperábamos a que amaneciera, cuando vimos un poco de luces bajando de la montaña; entonces llegó una lancha y el lanchero nos dijo: “muchachos, es mejor que no amanezcan aquí porque esa gente mañana les va a formar problema”. Aquí también llegó un barco y le quitaron el motor fuera de borda y los radios. Ya no podíamos entrar más a las orillas ni a coger agua, ni siquiera a hacer desbolillo.

Los empresarios del cabotaje se vieron también envueltos en situaciones similares a las de los pescadores, como la cooptación de sus tripulaciones, el uso de sus barcos para actividades delictivas o la compra de insumos y combustibles para el desarrollo de actividades criminales. Sin embargo, la constante resistencia de los capitanes y tripulantes del gremio frente a las exigencias de los narcotraficantes, condujo a estos últimos a “contaminar” los barcos de cabotaje. Es decir, los narcos optaron por enviar cargas ocultas de cocaína o marihuana, principalmente en las líneas que van al Chocó y a Nariño, aprovechando las precarias medidas legales y tecnológicas que tienen las empresas de este sector. Así, camuflan drogas ilegales en cajas de jabón, bultos de azúcar, cargas de panela, electrodomésticos viejos o latas de embutidos. Explica Javier:

Utilizan un televisor viejo o unas canecas de aceite, que son selladas, y como no somos policías aduaneros, no revisamos la carga. Si a nosotros nos están metiendo una carga de cocaína en un barco de cabotaje, pero viene en bultos de azúcar o en cartones de panela, la llevamos, porque presumimos la buena fe del tercero. Nosotros no vamos a chuzar ni a revisar, nosotros decimos “échela ahí” y cobramos lo que vale el flete: un bulto dos mil o tres mil pesos, no lo que vale el transporte de una tonelada de cocaína.

Javier recuerda dos casos recientes. En uno capturaron un buque que llevaba 61 kilos de cocaína hacia el Chocó, y en el otro resultó involucrada su embarcación, que fue retenida por las autoridades.

La requisaron y tenía 21 kilos de marihuana en dos cajas de jabón FAB. Nunca se acercaron a decirme: “don Javier, lléveme esto”, sino que lo enviaron y dijeron “de Pedro pa’ Juan, que lo reciben en Bahía Solano”, y de una vez nos pagaron miserables tres mil pesos.

Para demostrar su inocencia, los dueños de las embarcaciones tienen que enfrentar procesos legales con el Estado. Mientras tanto, sus barcos se quedan parados, en manos de la ley. Una tarde, en la oficina de Atransmaflupa, afirmaba Javier, junto a otros 10 capitanes y tripulantes de la Asociación, que:

La gente de Colombia puede estar segura de que la flota de cabotaje y los pesqueros que hoy sobreviven, son los que se pararon firme al narcotráfico y le dijimos que no. Los que estamos hoy en día, somos los que le sacamos el pecho para no meternos a ese cuento. Porque veíamos que la plata fácil es como la espuma, se va rápido y el narcotráfico tiene otras connotaciones. Usted se enriquece de la noche a la mañana, o se muere de la noche a la mañana, y le queda una tercera, como un salvavidas: 10 o 20 años de cárcel. Entonces, tiene dos contra uno: dinero y riqueza, cárcel y muerte. Eso es lo que uno no quiere. Pagar 10 o 15 años de cárcel por 10 o 20 millones, no. La vida es como la libertad, si usted la tiene es millonario, pero si no la tiene es más pobre que cualquiera.

La movilización social: antídoto contra las violencias

En Buenaventura, la creciente presencia de narcotraficantes, de las AUC, y del bloque móvil Arturo Ruíz de las FARC, desató sangrientas luchas territoriales después del año 2000, luchas que causaron una crisis humanitaria sin precedentes en las zonas rurales y urbanas del puerto. Esta crisis no solo afectó el tejido sociocultural, sino la organización y la movilización política y social en la ciudad y la región, que tienen antecedentes desde las luchas antiesclavistas, los cimarronajes y las prácticas de automanumisión del siglo XVI (Arocha, 1998; Oslender, Camacho y Restrepo, 1999). Sin embargo, hay desde el año 2005 un visible incremento de las protestas y reclamos sociales en Buenaventura, principalmente dirigidos a las instituciones del Ejecutivo nacional, a instituciones y empresas locales, y contra los grupos armados. Las demandas reclamaban atención a políticas públicas de carácter social, al incumplimiento de acuerdos relacionados con planes de desarrollo local y regional, y garantías de los derechos humanos para todos los bonaverenses.³

En mayo y junio de 2007 se producen dos multitudinarias movilizaciones en el puerto. La primera, alentada por más de 30 organizaciones rurales y urbanas, que reclamaban contra las masacres, las desapariciones, los desplazamientos forzados y otras formas de violencia. La segunda les exigía a los grupos armados cesar las acciones terroristas contra la población.

En 2012, las dimensiones de la crisis humanitaria en Buenaventura contaba 122 homicidios, en 2013, otros 140. A comienzos de 2014 ya había más de 30 casos. Se calculaba que los desplazamientos rurales, urbanos e intraurbanos afectaban

³ Información producida por análisis propios realizados con información de las bases de datos de protestas sociales y Derechos Humanos de Cinep.

a más de cinco mil personas; y las extorsiones o “vacunas” involucraban a la población en general. Estos hechos motivaron una nueva movilización masiva en febrero de 2014; esta vez más de 30.000 personas de organizaciones sociales y religiosas, de instituciones educativas, de gremios empresariales, de empleados públicos, de comerciantes y transportadores terrestres y del cabotaje, levantaban sus voces para reclamar a las entidades del Estado su atención urgente: para que permitieran a sus habitantes “enterrar la violencia y vivir con dignidad”. Pues ellos ya no resistían más las violencias, a las que “no solo bastaba asesinar a las personas, sino descuartizarlas, desaparecerlas, masacrarlas, y a sus familiares desplazarlos, estigmatizarlos, a los niños reclutarlos, y condicionar la movilidad de la gente en fronteras invisibles,” tal y como se decía en uno de los documentos realizados por sus organizadores⁴

En medio de estas movilizaciones, Javier fortaleció su liderazgo y promovió el nacimiento de Atransmaflupa con el fin de trabajar por el desarrollo de la región, defender los derechos del sector y brindar un mejor servicio público a todos los pobladores del Pacífico. Los recuerdos de líderes y lideresas de Buenaventura coinciden en anotar que la multitudinaria marcha del 2014 preparó el Paro Cívico del 2017.

Uno de estos líderes afirma que la protesta social hace parte de la idiosincrasia de Buenaventura, tanto que la primera huelga de empleados públicos en Colombia fue organizada allí mismo por trabajadores del Ferrocarril, a mediados de los años 20.

Efectivamente, en los archivos de El Espectador se encuentra un artículo⁵ con el reporte del paro de trabajadores del Ferrocarril del Pacífico, que inmovilizó las líneas de Popayán a Buenaventura y las actividades del muelle, generando “unanimitad y solidaridad” entre trabadores de fábricas trilladoras, de tranvías, de construcción, e incluso con los artesanos. Más que reivindicaciones laborales, los pobladores exigían, desde ese tiempo, la construcción de escuelas, servicios

4 (Verdadabierta.com, 2014).

5 (Vásquez, 2001).

de salud y protección laboral, así como “el compromiso de no tomar represalias contra los huelguistas.” Esto último porque a pesar del envío de la Fuerza Pública, esta había sido “impotente para dominar el movimiento” (Vásquez, 2001, página 99-100).

Otra líder mencionó que el Paro Cívico de 1964 presionó la decisión de elaborar el primer Plan de Desarrollo Urbano de Buenaventura. Su diseño y ejecución estuvo a cargo de la Corporación Autónoma Regional del Valle (CVC), que solo lo empezó a ejecutar 11 años después con una inversión de de US\$ 97,9 millones (Cárdenas, 2016).

Javier dice recordar con dificultad la agitación que se produjo en El Piñal cuando una multitud de pobladores se enfrentó a la Fuerza Pública y se tomó el puente en 1998. El 24 de febrero de ese año, la trifulca desató otro Paro Cívico para demandar la intervención del Gobierno nacional en las finanzas del municipio, y para que respondiera por la mala calidad de los servicios públicos, la inseguridad y el desempleo, además de exigir el cumplimiento en el pago de salarios a los trabajadores municipales y jubilados. Durante varios días, los manifestantes se tomaron el estratégico puente y paralizaron las actividades portuarias, a pesar del rechazo del alcalde y del presidente de la Cámara de Comercio, mientras la gerencia de la Sociedad Portuaria tomaba medidas de emergencia para enfrentar las millonarias pérdidas y el caos generados por la manifestación social (ElTiempo.com, 24-02-1998).

Los conocimientos y la formación organizativa de las movilizaciones de 1964, de 1998, de 2007 y de 2014, fueron el germen para que 130 organizaciones y redes sociales concertaran un nuevo Paro Cívico en mayo de 2017. Esta nueva acción colectiva logró movilizar a la mayoría de habitantes de Buenaventura exigiendo, nuevamente, acciones inmediatas para resolver la crisis humanitaria y social del puerto. Líderes del Paro nos relataron que el propósito del mismo era declarar una emergencia social, económica y ambiental para Buenaventura. Dice Javier:

No estábamos pidiendo demasiado, buscábamos organizar la casa, porque Buenaventura, en meros impuestos y temas de aduana, le da como 5,5 billones al Estado central, por año. Si el Estado invirtiera el 15% de lo que cada año le da este pueblo, con eso tendría para acabar las brechas de desigualdad. Es que Buenaventura no depende de Colombia; al contrario, Colombia depende de Buenaventura.

Anthony, un joven líder de la ciudad recuerda que el 16 de mayo se levantó temprano esperando la “hora cero” del Paro, cuyo lema rezaba: “Para vivir con dignidad y paz en el territorio, porque Buenaventura no aguanta más”; y se sustentaba en ocho reclamos: salud de calidad con hospitales de segundo y tercer nivel; educación pertinente y de calidad; agua y saneamiento básico; territorio; ambiente sano y protección de riquezas naturales; empleos dignos; justicia y atención a las víctimas de la violencia; recreación y espacios de esparcimiento, deporte y cultura. Cuenta Anthony:

Los líderes de cada punto de encuentro (puente de El Pailón, en mi caso), coordinamos por teléfono y WhatsApp las dinámicas que se llevarían a cabo. Nos dirigimos a los espacios donde la comunidad ya se encontraba aglomerada cantando y coreando consignas propias y otras heredadas del paro cívico en Quibdó, que ya llevaba varios días de haber iniciado. Sabiendo que era una protesta pacífica, solo había cordones humanos y no se creó ninguna especie de barricadas para no dar “motivos” a las autoridades para que luego argumentaran que se estaban realizando actos vandálicos.

La primera respuesta del Estado central, como ya había sucedido desde hace más de cien años, “fue defender la ciudad a sangre y fuego, enviaron como 3.000 o 3.500 militares, además de la Fuerza Pública que ya tenía la ciudad distrito”, como lo recuerda una líder social. “A los trabajadores de los puertos les pagaron hoteles y comida para que siguieran trabajando, lo que evidenciaba la visión de este sector y su

compromiso con la ciudad”, relata otro activista. Javier añade que la confluencia organizativa y el apoyo de la ciudadanía hicieron que “la represión” del Gobierno no prosperara.

Las discusiones en asambleas abiertas, cuenta otra lideresa, generaron confianza y respaldo de la mayoría de la población. “También lo fue nuestra irreverencia para llamar las cosas como son. Un amigo me dijo que antes le daba pena decir que era de Buenaventura, por la idea que tenían de nosotros como relajados, folclóricos o quedados. Pero el Paro nos devolvió parte del respeto y la confianza en nosotros mismos”. Afirmó otro líder social.

Después de los intentos de represión, vinieron otras acciones para descalificar la protesta, no solo de las instituciones, sino de los medios masivos de comunicación. Javier recuerda que el “gobierno trató de hacer lo que hace en todas las manifestaciones en Colombia: “manda medio ministro, o ministro y medio a embolatar y prometer resoluciones o decretos. Pero nosotros no aceptamos, exigíamos una ley que creara un fondo especial para Buenaventura.”

En reuniones populares se escogieron los representantes que iban a negociar con el gobierno, teniendo en cuenta su liderazgo y compromiso con la ciudad, así como su experiencia para negociar. Javier fue uno de los ocho hombres y tres mujeres escogidos en este grupo, apoyado en una compleja red de mesas de trabajo, que logró en tiempo record la emisión de la Ley 1872, que incluye una asignación de 1,5 billones de pesos para el 2018, y los recursos necesarios para un plan integral y participativo para los próximos 10 años; La Ley también ordenó la inclusión de cinco integrantes de la comunidad, que velarán por escuchar las voces de los bonaverenses, y no permitirán que sus recursos terminen en las redes burocráticas y de corrupción que han caracterizado a la ciudad.

El Paro [2017] visibilizó la realidad que vive Buenaventura a los empresarios – afirma Javier–, para que tampoco caigan en engaños. Porque, como decimos acá, este es un puerto sin ciudad, pero lo que nosotros queremos es una ciudad con puerto, donde primero esté la gente. Mejorar las brechas de desigualdad y los problemas estructurales,

y vivir sin miedo y en paz.

Durante el Paro de Mayo, don Grati hizo lo que las mayorías de ciudadanos de Buenaventura: suspendió todas sus actividades de navegante y contribuyó a paralizar no solo el movimiento de la ciudad-puerto, sino de todo el litoral Pacífico. A su manera, más silenciosa, más recatada, se sumó a las protestas tratando de estar cerca de su familia y de sus colegas del cabotaje. Javier apenas si descansó en esos días, pues participó en múltiples asambleas populares en las que no solo fue confirmado para representar al gremio del cabotaje, sino también a los bonaverenses en las largas y difíciles negociaciones con el Gobierno nacional.

La ciudadanía se va a encargar de que se invierta en lo que nosotros necesitamos, vamos a tener unas súperveedurías del pueblo, y no vamos a dejar que otra vez lleguen los recursos y no se destinen a los programas y proyectos, porque el gobierno en algo tiene razón: ellos sí han enviado recursos, pero ¿dónde están las obras que se deben haber hecho? –pregunta Javier.

Los ríos siguen su curso

Hoy don Grati sigue trabajando con devoción y cuidado en *El Coral*. Continúa capitaneando los barcos de sus hijos, guardando cautela y silencio para no dar motivos a ninguna represalia por parte de los armados que controlan barrios y veredas de la ciudad, “que, a decir verdad, cambian tanto, que ya ni se conocen los nombres de sus cabecillas, y ya no se sabe ni quiénes son”.

Él quiere navegar hasta que la vida se lo permita, rodeado de sus nietos y su familia. Pide mucho a Dios por la seguridad de Javier, de su familia y de los integrantes del Paro, que a su

parecer lo están arriesgando todo por Buenaventura. Javier, por su parte, mantiene su compromiso y responsabilidades con el grupo de los 11 directivos del Comité, enfrentando debates y disputas internas y externas, y apoyando el arduo trabajo de las 10 mesas temáticas encargadas de diseñar y negociar un Plan decenal para Buenaventura.

Javier lee y prepara documentos, y organiza y participa en reuniones con representantes del gobierno, y con otras organizaciones sociales y de cooperación nacional e internacional. Como los demás líderes del Comité, trabaja con mujeres y hombres de otros municipios del Pacífico, consejos comunitarios y organizaciones étnicas, víctimas del conflicto armado, y con representantes de iglesias, universidades y gremios de comerciantes, emprendedores y empresarios en Buenaventura, Cali y Bogotá.

Su tiempo alcanza incluso para las actividades cotidianas con su familia: como llevar a sus hijos al colegio en las mañanas y a la piscina por las tardes, o para dar un paseo con su esposa por el malecón en la noche. Tampoco desaprovecha los permanentes viajes que debe hacer a Cali, para salir a comer con su hija mayor que estudia en una universidad de esta ciudad. Por supuesto, no deja de atender las tareas que tiene como presidente de Atransmaflupa, que aspira a dejar formalizada, fortalecida y con planes estructurales acordados con el Estado nacional. Y de esta manera seguir movilizando el “progreso para el Pacífico”, tal y como reza el eslogan de una de las tarjetas personales que me entregó el primer día que lo conocí.

Eso fue en agosto de 2017 y desde ese momento me dijo con la firmeza que lo caracteriza:

Yo quiero hacer parte de estas memorias para que la gente de Buenaventura y del interior del país conozcan de nuestras vidas, logros y sufrimientos; para contribuir a la construcción de historias locales propias, y para que las violencias y la crueldad que ha soportado nuestra región no se vuelva a repetir.



“Sueño con un Tumaco tranquilo”

Oscar Ortega



Nuestros más profundos agradecimientos a Alirio Martínez y su esposa Lucero Ordoñez por embarcarse en este trabajo, por abrirnos las puertas de su casa, de su trabajo, de su escuela y de su vida y contarnos sus historias. Gracias a él y ella, y a los profesores Sánchez, Nazareno y Nery de la Escuela de fútbol Calimio porque con la labor diaria que realizan con los niños y jóvenes de Tumaco nos demostraron que la pasión del fútbol es una herramienta poderosa para la construcción de paz, que trasciende cualquier contexto de violencia y conflicto.



“Tumaco es un municipio que vive con la incertidumbre de que en cualquier momento va a ser desmembrado. Las fuerzas tensionantes, los actores armados, el narcotráfico y la corrupción, libran una batalla con fuerzas opuestas, y a veces ganan la batalla.

Pese a este panorama sombrío, a este pueblo llegan personas con la férrea convicción de echar raíces y crear riqueza. Otros, como los que reciben la ayuda de estos empresarios, anhelan salir para alcanzar un mejor futuro. Una paradoja que se salda cuando se pregunta en las calles y casi al unísono se escucha: “es que no hay nada más que hacer.”

En el Museo Municipal de Bellas Artes, en Brujas, Bélgica, hay un tríptico del Martirio de San Hipólito. La imagen del centro es aterradora: hay un hombre casi desnudo al que cuatro caballos intentan desmembrar, tirando de cuerdas atadas a cada una de sus muñecas y de sus tobillos. El hombre parece emitir un grito mudo, mientras sus ojos se quieren salir de sus cuencas. Los jinetes azuzan con sus fustas a las bestias para lograr el objetivo, matar a este hombre. Sólo uno mira el dolor, los demás se aferran a las sillas y golpean a los animales.

Desde hace décadas, Tumaco vive con la incertidumbre de un cuerpo a punto de ser desmembrado. Es como una olla a presión a punto de estallar. Pero ni se rompe ni estalla, sobrevive. De un lado, como aquellos enceguecidos jinetes que tiran de las cuerdas, están los actores armados, el narcotráfico y la corrupción atizando el fuego, jalando la cuerda para romper el músculo y quebrar los huesos, los cimientos. Del otro lado hay un sinnúmero de fuerzas vitales, reconciliadoras y pujantes. Y a veces, aunque las noticias den prioridad a los primeros, estas otras ganan batallas trascendentales.

No es esta una historia entre “malos y buenos”, sino una de tantas historias que se pueden conocer en este municipio del sur de Colombia, hostil, difícil, raro, pero también capaz de brindar prosperidad, riqueza y una sensación de futuro. Esta es una versión de las historias de algunos comerciantes del centro de Tumaco, historias de empresarios y emprendedores que llegaron para quedarse, pero también de los que han llegado y luego se van, o de los que van y vienen, y de los que sueñan en salir y regresar, y también de los que quieren irse y no regresar jamás.

Las calles de Tumaco son estrechas y están atiborradas de motociclistas. Van, vienen, se cruzan, se atraviesan y fluyen. Nadie se detiene, ni siquiera en las pocas esquinas con semáforo. En el centro este paisaje se transforma en caos: a las motocicletas se suman las personas. Todas hablan, gritan, se mueven y se atraviesan.

Alirio Martínez es uno de esos transeúntes que sortean los peligros de las calles y vías en Tumaco. Se levanta temprano, pues desde hace catorce años está al frente de una distribuidora de productos lácteos. Hoy es un reconocido comerciante del centro de la ciudad. Es un hombre menudo, de unos 58 años, con la mirada triste y los hombros caídos. A pesar de su apariencia tiene una férrea convicción de que algún día le será posible ver aquello que nunca ha visto, pero que algunos amigos le cuentan en reuniones o fiestas: “un Tumaco tranquilo.”

La voz de este hombre es áspera y, a pesar de haber vivido en diferentes ciudades de Colombia, aún conserva el acento de San Pablo¹, su tierra natal.

Yo llegué a Tumaco porque en Cali me estaba yendo muy mal. Me pintaron el negocio de distribuir productos de Alpina y me entusiasmé de inmediato. No sabía qué era Tumaco, pero me vine con toda mi familia, y llegué aquí a administrar la distribuidora de Alpina. Los productos llegaban desde Cali hasta Pasto y de ahí a Tumaco. Luego, cuando ya estaban en el puerto, distribuíamos tienda a tienda, por todos los pueblitos cercanos. Yo aprendí cómo se movía este negocio, qué se hacía y quiénes eran las personas clave para trabajar bien.

Recuerda Alirio que fueron ocho años implementando rutas de abastecimiento, estableciendo contactos y definiendo prioridades. En últimas, conociendo quiénes eran las personas con las que podía formar una relación comercial y quiénes eran los jinetes con los que debía, obligatoriamente, sostener pactos y acuerdos para poder circular sin mayores contratiempos. Alirio Martínez aprendió rápido.

El negocio prosperó a tal punto que se convirtió en el propietario de la distribuidora y amplió sus horizontes. Su esposa, Lucero, tomó parte del negocio y abrió una línea de distribución para la marca Alquería. Y así han pasado seis años, dice Alirio.

En este momento² está muy complicada la cosa con el negocio, pero hemos tenido momentos buenos. Ya tenemos doce familias trabajando con nosotros y eso nos impulsa a salir adelante. Aquí en Tumaco se trabaja bien, pero no es fácil. En nuestro caso, lo que más nos afecta son las extorsiones y el cierre de las vías. Bueno, también la gasolina y la energía.

1 San Pablo es un pequeño municipio al norte del Departamento de Nariño.

2 Las entrevistas con Alirio Martínez se realizaron entre los meses de diciembre de 2017 y enero, febrero y marzo de 2018.

Tal vez sin darse cuenta, Alirio mencionó cada uno de los extremos que tensionan las cuerdas que amenazan con desmembrar a Tumaco: los actores armados, el narcotráfico y la corrupción. Hace una pausa para tratar de encontrar la manera más fácil de explicar el caos que estalla ante los ojos de cualquier visitante una vez pisa territorio tumaqueño. Así que se anima a contar una anécdota, que para él ilustra la estrategia que encuentran quienes se animan a hacer negocios en Tumaco con una mezcla de arrojo para sortear la violencia, identidad con el territorio, y amor por la familia: “para sacarla adelante”.

Venga le cuento: un día cualquiera, estaba esperando el pago de una mercancía cuando se acercaron dos muchachos. A mí me dijeron que me subiera a la moto y que ellos iban conmigo. Yo les dije que no, que así no trabajaba yo, que si me iban a matar que lo hicieran, que yo tenía quién me recogiera. Y así fue, uno de los pelaos, sin mediar palabra, me disparó.

La bala atravesó el brazo izquierdo y partió el hueso cúbito en tres partes. Alirio Martínez fue llevado de urgencia a uno de los tres hospitales de Tumaco. Por la gravedad de la herida, rememora el comerciante, debía ser trasladado a un hospital de mayor nivel. “Me prestaron una atención básica. Luego fui a Pasto, de ahí a Popayán y terminé en Cali. Allá hice todo el tratamiento de sanación y recuperación”.

Estuvo tres meses fuera de Tumaco. Fueron días difíciles: ante la ausencia de Alirio, Lucero asumió las responsabilidades y se puso al frente de la distribuidora de productos lácteos. Organizó los turnos de trabajo y la logística de las rutas de reparto de los productos. Además, por supuesto, atendía a sus tres hijos que aguardaban en casa. “Mi familia siguió en el puerto y, por eso, regresé. Mire, cuando sufrí ese ataque pensé muchas veces en salir de acá. Pero soy creyente de Dios y sé que donde Él me ponga es para nuestro bienestar.”

Para quien percibe la incertidumbre que se respira en Tumaco, las razones de Alirio y su esposa pueden ser difíciles de comprender. En varias oportunidades y en diferentes contextos, este comerciante del centro de la ciudad insistió en la misma afirmación:

No me quiero ir de aquí, porque ya soy de Tumaco: trabajo, aporto a esta sociedad y de mí dependen varias familias. Dios nos da la vida y toca honrarlo con esfuerzo y trabajo. Nada más. Además, uno tiene que ser agradecido: con lo que he conseguido en Tumaco he podido dar estudio a mis hijos: uno está en Medellín, el otro en Cali, y el otro sí se quiso quedar aquí, en Tumaco, porque no le gusta el estudio.

La percepción de estar en un pueblo donde la educación no tiene ningún vínculo con la construcción de futuro es permanente. En Tumaco, la pobreza es el resultado lógico de históricos y estructurales abandonos y desconocimientos, así como de las acciones del narcotráfico, los actores armados y la corrupción. Esa pobreza que muchos sueñan superar con la misma estrategia: conseguir dinero para que los hijos, familiares y amigos puedan “salir a adelante y hacer una nueva vida”. Así lo hizo Alirio: él se queda, sus hijos se van.

A unas tres calles de la distribuidora de Alirio Martínez funciona el negocio de otro empresario; él también sirvió como fuente para este ejercicio de memorias, pero pidió ser anónimo. Es un paisa de Manizales, capital del departamento de Caldas, quien con voz potente y sonrisa amplia remarca el momento en que llegó a Tumaco. Su arraigo con la región no tiene vuelta atrás, y al igual que Alirio, también busca “sacar adelante” a su familia; y eso implica llevarlos fuera y lejos de Tumaco.

Evade los recuerdos y todo lo simplifica en que “a todos nos ha tocado duro, a todos”. Él, que no puede evitar repetir una o dos palabras en sus afirmaciones, además de cerciorarse de que su interlocutor lo está entendiendo, habla en futuro: “El desarrollo está en el puerto de Tumaco, ¡el desarrollo! ¿Sí me

entiende?” Afirma y se agarra de los brazos de su silla para abalanzar su cuerpo hacia delante:

Mire: este pueblo tiene 650.000 habitantes, ¡650.000 mil!, fácilmente podríamos poner tres senadores y cinco representantes a la Cámara en unas elecciones; pero qué pasa: no nos unimos y se eligen a otros ¿Sí la pillá?.

Lo suyo es la política y las relaciones a mayor escala. La desidia política es, a juicio del comerciante anónimo, la principal razón del estancamiento de los proyectos deportivos a largo plazo:

Yo quiero que Tumaco aprenda de Urabá, ¡que aprenda! Esa región le apuntó a los Juegos Olímpicos de Brasil 2014 y empezó a entrenar a sus deportistas, a acondicionar escenarios deportivos y a fortalecerse como núcleo del deporte. En menos de cinco años, Urabá le aportó 16 deportistas a la delegación colombiana y se trajo medallas de oro, plata y bronce, además de siete diplomas deportivos, que son grandes logros. ¿Se da cuenta?

Hacer eso no es costoso, si nos enfocamos en los beneficios que trae, en los beneficios... yo sueño con un complejo deportivo en el que los niños tengan escenarios de primer nivel, implementos, entrenadores, médicos, deportólogos, psicólogos, fisioterapeutas, en fin, de todo.

Eso vale muchos miles de millones, pero sería autosostenible.

Luego, enfatizando con su mirada, concluye en el tono propio de un político: “La dignidad de los niños debe ser reconocida, eso es lo único que yo quiero con esto, ¿me entiende?” Alirio Martínez y este empresario se conocen porque en Tumaco la mayoría de la gente “sabe quién es quién”. Caminar con ambos por las calles del centro es caminar con celebridades. Saludan, dan la mano, preguntan por la familia, vuelven a saludar. “Acá la gente es muy querida. Cuando uno empieza a conocer a

Tumaco, uno se quiere quedar, por la gente”, dice Alirio.

Ambos coinciden también en reuniones que convoca la Cámara de Comercio, la Alcaldía o el cura. El año pasado, el Gobierno Nacional convocó a una reunión para tocar dos temas sensibles en la región: el aumento de hechos criminales y los atentados contra líderes sociales en la ciudad. En ese mismo lugar estaban la Ministra y el Viceministro de Industria y Comercio. Uno de los colegas empresarios de la palma pidió la palabra y dijo:

Con todo respeto, no entiendo bien si ustedes han venido a escucharnos, como nos dijeron cuando nos invitaron a esta reunión. Pero la Ministra nada que llega y el señor Viceministro no deja de chatear en su teléfono celular. Y no nos cansamos de decirles que el asunto aquí no es de traer dos mil o seis mil soldados: el problema es de alternativas de desarrollo para la región.

Esa percepción la comparten Alirio y el empresario paisa. Sin embargo, en las diferentes entrevistas dejaron ver que están en diferentes orillas, enfoques distintos, acerca de las problemáticas de Tumaco.

Alirio solo tiene fe en Dios, porque no cree en los políticos, “que solo llegan a robar”; ni cree en los deportistas que han triunfado, sobre todo futbolistas, “que pudiendo no han hecho nada por el pueblo”, y menos en los violentos: “porque ni la plata de la coca queda invertida en Tumaco. Esa plata se queda en Cali, en Bogotá, en Medellín, en Pasto o en Ipiales, y esas ciudades son las que crecen. En cambio usted mira aquí y siempre ve la misma miseria.”

El comerciante paisa, en cambio, analiza todo desde la esfera del poder político. Por eso, apoya candidatos y trata de estar cerca de las administraciones de alcaldías y de la Gobernación de Nariño. Siempre atento a los movimientos de funcionarios nacionales así como de otros comerciantes, industriales e incluso de los grupos armados que tienen influencia en la región.

Es que hay que creer en la gente, y seguir intentando a ver si alguno de ellos saca algo para Tumaco; aunque no hay que dejar que abusen, que no abusen. Ponga cuidado, hace unos años me llamó uno de los secretarios de la Alcaldía y me dice que si les podía colaborar para la fiesta de los empleados de fin de año ¿Cómo le parece, ah? Nooooo, no, no, yo ahí mismo le dije: no, señor, no sea tan descarado, por qué no más bien sacan algo de la plata que se roban para hacer esa fiesta.

La energía, la gasolina y otras formas de paralizar Tumaco

Sentado en la sala de su casa, Alirio recuerda los momentos difíciles de la distribuidora, cuando la guerrilla volaba las torres de energía eléctrica.

Eso acá era constante: la guerrilla tumbaba las torres con explosivos y dejaban al pueblo casi una semana sin energía. Eso para nuestro negocio era terrible, porque ¿quién va a querer comprar un producto de estos si no tiene cómo refrigerarlo en su casa? Entonces, toca pagar gasolina para prender las plantas y que funcione el cuarto frío. Eso significa más dinero, y si no hay ventas, pues no hay nada.

Otros empresarios del centro, que trabajan con pescados y mariscos, también recuerdan los paros y retenes organizados por diferentes grupos armados, que dejan al puerto incomunicado con todo el país y que no son siquiera reportados por los medios ni reconocidos por los funcionarios nacionales. Paros y retenes que dejan atrapados los productos que salen del puerto y que no dejan entrar los del consumo y la vida de la región.

Con “los del centro” se refieren a la gente del interior del país, pueden ser de Pasto, Cali o Bogotá; dicen ellos que solo aparecen cuando hay situaciones excepcionales, como una marcha de cocaleros, una masacre o la voladura del oleoducto. En voz baja, dicen algunos empresarios, que las explosiones de oleoductos eran pagadas a los mismos guerrilleros para que trabajadores de la refinería pudieran “cuadrar caja, después de la venta ilegal de combustible a narcos y paramilitares que controlaban la zona.”

Vestido con la pantaloneta y la camiseta de un equipo de fútbol español, Alirio relaciona su recuerdo con la actualidad y evidencia su desazón ante la poca respuesta al problema de la energía, una de las tensiones más fuertes que manifiestan los empresarios del centro del municipio.



Entrenamiento Escuela Calimio, cancha Las Tesas, Tumaco. Foto: Mónica Castillo

Pero ahora que supuestamente la guerrilla no volvió a volar las torres³, no sabemos por qué quedamos sin energía. La empresa de energía (Cenedar) saca comunicados que dicen que por cuestiones técnicas tienen que cortar la energía y pasan dos o tres días. Son dos o tres días sin trabajar y las necesidades nuestras, de nuestros empleados, de todos, son diarias.

La energía eléctrica se convierte en una fuerza que tensiona, que jalona un extremo del cuerpo resistente de Tumaco. Tras el más reciente atentado, ocurrido el 25 de marzo de 2018, el gobernador de Nariño, Camilo Romero, publicó en su cuenta de Twitter un trino que demostró su impotencia para resolver el drama de la energía:

¡Basta ya! No más agresiones contra el pueblo de Tumaco. Me reportan voladura de torre de energía eléctrica que deja a nuestra capital del pacífico sin energía. ¿Qué más debe pagar Tumaco como costo de la paz de Colombia? En Nariño sigue el conflicto armado, ¡no existe la paz!

En el ámbito nacional, esa noticia fue valorada más por el presunto responsable de este hecho que por la afectación a la población civil. Walter Patricio Artízala Vernaza, de 27 años y de origen ecuatoriano, es un disidente de las FARC a quienes las autoridades señalaron de ordenar el atentado a la infraestructura eléctrica. Solo hasta ese momento el resto del país se enteró de que en el sur de Colombia uno de los cabecillas de la Columna móvil Daniel Aldana había decidido no hacer parte de los desmovilizados en el proceso de paz entre

3 Las entrevistas con los empresarios se realizaron antes del atentado en la vereda La Espriella, zona rural de Tumaco, el pasado 25 de marzo de 2018. Esa vez, la voladura de dos torres dejó “sin energía a 58.000 personas aproximadamente”, según confirmó el gerente de la electrificadora Cenedar, Jorge Chingual Vargas (ElPaís.com, 2018).

el grupo guerrillero y el Gobierno de Colombia, firmado en el teatro Colón de Bogotá el 24 de noviembre de 2016. Para los medios centralizados, Tumaco es una zona de guerra.

Según información de prensa, Artízala Vernaza, alias “Guacho”, consideró que los beneficios del proceso de paz solo cobijaban a los líderes de alto rango, razón por la cual continuó con sus actividades ilegales. “Eso es cierto, pero no completamente. Guacho es un muchacho y controla todo acá”, afirma un mototaxista que se niega a creer la versión mediática, cuando es indagado por los alcances de Guacho: “Tiene las rutas [de salida de narcóticos], tiene gente armada a su mando, extorsiona a los comerciantes... ¿qué más quiere que haga?” Otro mototaxista de unos 18 años de edad y quien aún no termina el bachillerato, le resta importancia al líder guerrillero:

La pobreza y las necesidades confunden a los jóvenes. Vea, en mi caso, yo trabajé y ahorré para comprar mi moto y empezar a trabajar por mi cuenta. Pero varios de mis amigos se van al monte con la ilusión de sacar algo para ellos, pero qué va, al final todo queda en los bolsillos de esa gente [los líderes de los grupos armados]. Entonces, el poder del tal Guacho es la necesidad de las personas, nada más.

Sin energía, los comerciantes acuden a las ruidosas plantas que funcionan con gasolina; de ahí que en cualquier recorrido se encuentren varias estaciones de combustible. En el recorrido desde Candelilla hasta Tumaco hay 33 bombas de gasolina, de las cuales se ve que funcionan ocho y no todas venden, porque en varias se lee “no hay gasolina.”

Cuando hay escasez, un galón de gasolina puede costar hasta \$12.000.⁴ La gasolina es uno de los negocios

4 En días normales, el galón de gasolina corriente no superó los \$8.500 en varias estaciones de servicio de Tumaco, durante el mes de marzo del año 2018. El negocio de la gasolina podría sintetizarse de la siguiente manera: desde Ecuador sacan gasolina subsidiada por el Estado para venderla, a veces hasta por el triple del subsidio,

más rentables de Tumaco. Yo, por mi parte, no pago más de \$9.500 y eso porque estoy desabastecido completamente, prefiero no sacar los carros esos días antes que ceder ante semejante abuso.

Afirma Alirio, aunque no es un tema agradable y prefiere esquivarlo. Se rehúsa a comentar de manera contundente y prefiere hablar en voz baja, como si alguien más pudiera escuchar sus declaraciones. En general, las preguntas sobre violencia lo incomodan, entonces se revuelve en la silla plástica o acelera el paso mientras camina. Lucero, su esposa, irrumpe en la sala y sin tapujos advierte:

Muchas dificultades ha habido, las extorsiones no faltan, el “pide y pide” en la calle. Aquí sale el bandido, le sale el muchacho que de pronto no tuvo la oportunidad de estudiar y que le queda más fácil quitarle el peso al más débil, porque a uno le ponen un arma en la cabeza.

Él la mira con ojos compasivos. No la quiere callar, aunque tampoco quiere que siga su denuncia. La toma por el brazo derecho y ella, comprendiendo la situación, cierra su intervención: “Hemos vivido muchas experiencias”. Entonces, él retoma, como si fuese la voz de la mujer la que lo impulsa a recordar: “No sé si ya les conté: a mí me mataron un muchacho, en Llorente, con una bomba que puso las FARC y que estaba dirigida a la Policía.”

El jueves 11 de noviembre de 2010, un hijo de Alirio y su acompañante fueron los encargados de entregar los pedidos de la ruta de Llorente. Eran las seis de la tarde, hora de emprender el regreso, pero ambos tomaron la decisión de parar y cobrar la última factura del día. El hijo de Alirio pidió prestado el baño de la tienda y justo en ese momento las FARC lanzaron un cilindro-bomba contra la patrulla, pero fallaron el objetivo e impactaron el camión repartidor y acabaron con la

en Tumaco. Las estaciones que generalmente permanecen cerradas es porque, antes de recibir el producto, venden al mejor postor el combustible.

vida del conductor. “Era un excelente trabajador, un muchacho humilde. Era un paisa, padre de familia de cuatro niños, y le quitaron la vida. Eso fue muy duro, desafortunadamente le tocó morir ese día”, recuerda Alirio.

La onda explosiva y las esquirlas alcanzaron a su hijo, dejándole cicatrices e impedimentos en su brazo, que son testimonio de aquella brutal acción. El camión había sido comprado poco antes y apenas si completaba seis meses de operaciones; el pleito con la compañía de seguros se extendió varios meses más. La distribuidora perdió no solo a uno de sus colaboradores, sino también varios negocios en Llorente y otros sitios cercanos



Entrenamiento Escuela Calimio, cancha Las Tesas, Tumaco. Foto: Mónica Castillo

Alirio intenta continuar con el relato, pero se abstiene.

No, no podemos decir que eso ocurría a diario, no. La extorsión sí era y es algo del día a día. Tampoco es que

a mí me tengan azotado, no, pero sí toca aportarle a ellos [grupos al margen de la ley], porque ese es el día a día de aquí en Tumaco. Con ellos toca negociar: darles en cada recorrido diez mil pesos, una muestra de lo que vendemos, y así, para poder trabajar –la mirada de su esposa lo anima para defender a su pueblo–. Aquí por lo menos lo dejan trabajar a uno. En Buenaventura o en Cali, así usted pague a diario, no lo dejan trabajar.

Versiones de comerciantes y empresarios del puerto cuentan que las primeras amenazas y extorsiones vinieron de los grupos guerrilleros que llegaron a las zonas rurales, y que más tarde fueron copando y controlando el puerto. Sus acciones se incrementaron después de las migraciones de negociantes y trabajadores del cultivo y procesamiento de coca y cocaína, que tuvieron que salir del departamento de Putumayo a consecuencia de las violencias irregulares entre diversos actores ilegales, así como de la persecución militar y las fumigaciones con glifosato realizadas por la Policía Antinarcóticos.

Cuando los guerrilleros, principalmente de las FARC, empezaron a controlar las zonas rurales y urbanas de Tumaco –declaran algunos pobladores– fueron precisamente algunos comerciantes y empresarios que vinieron de fuera los que entablaron alianzas y ayudaron a fortalecer a las bandas criminales locales, conformadas principalmente por jóvenes que, de paso, les ofrecían seguridad. Más tarde, esos mismos comerciantes y empresarios tuvieron que acudir a la ayuda de los paramilitares que venían ocupando y controlando territorios desde el norte hacia el sur del país. Esto porque las mismas bandas que ellos habían apoyado y financiado se volvieron en su contra y los empezaron a amenazar y a extorsionar. Lo mismo, dicen, sucedió con los grupos paramilitares, que después de controlar las acciones de las guerrillas y de las organizaciones criminales, adquirieron fuerza y autonomía y se quedaron con el manejo de las amenazas, extorsiones y el control territorial de varias zonas dentro y fuera del municipio (Fundación Paz y Reconciliación, 2017).

Hoy, las bandas criminales, los grupos de guerrilleros y exguerrilleros, los paramilitares y narcotraficantes se disputan el control en diferentes zonas, urbanas y rurales del municipio, y muchos de los empresarios ya ni saben con qué grupo u organización tienen que lidiar. Muchos de ellos, para que les permitan trabajar, simplemente negocian, día a día, mes a mes, con quien aparece en su puerta a exigir dinero, mercancías o reconocimiento de su poder.

Cuando preguntamos por qué la guerrilla, después de recuperar el control de vastas zonas de Tumaco, no había amenazado, desterrado o asesinado a los comerciantes y empresarios que apoyaron a los paramilitares, nos contaron que aunque varios de ellos tuvieron que salir, otros se quedaron allí, pero pagaban extorsiones y contribuían con las solicitudes que guerrilleros y paramilitares les hacían, y por eso no se metían con ellos.

Extorsiones, blindajes y fútbol

Si bien el arraigo constituye una fuerza vital para desacelerar el impulso con el que los actores armados, el narcotráfico y la corrupción jalan sus cuerdas para desmembrar a Tumaco, el deporte es una fuerza mayor.

El rostro de Alirio se alegra cuando está en una cancha de fútbol. Mientras camina, los niños y jóvenes se acercan para darle la mano y saludarlo. Él les corresponde con la misma actitud respetuosa. En su casa exhibe con orgullo varios trofeos alcanzados por Calimío, su escuela de fútbol, que es como un cuarto hijo para él.

Uno busca la mejor manera de ayudar a los que más necesitan. Mi aporte no solo se limita a darles trabajo

a varias personas. Yo respiro fútbol, es mi pasión, así que tengo una pequeña escuela de fútbol, con niños que sueñan y aspiran a ser futbolistas profesionales, a salir de aquí. Nosotros los ayudamos a alcanzar ese sueño.

La cancha de entrenamiento es un rectángulo discontinuo, con más tierra y arena que grama, y que deben compartir con otras escuelas. La cancha se llama Texas, pero todos le dicen “la Tesa” y está en el barrio Nuevo Milenio, uno de los sectores más pobres de Tumaco.

Hace unos veinte años Ecopetrol cedió ese terreno con la intención de que se hicieran dos canchas de fútbol. Antes de entregarla al municipio construyó una pared y, a cada lado, una gradería de tres escalones. A dos metros de esta gradería y espaciados a veinticinco metros, colocaron tres postes de energía, cada uno con un reflector insuficiente para iluminar después de las seis de la tarde. “Eso es un peligro: un niño puede estrellarse contra un poste y sufrir una lesión. Ah, y no tienen acceso a la salud, son personas de muy bajos recursos, que si se dañan un brazo les toca correr a donde un curandero”, dice el profe encargado de la categoría juvenil de la escuela.

En época de lluvias la cancha se anega y el campo queda convertido en una piscina. Y cuando el sol “calienta con duro” el terreno parece de piedra. Pero los sueños de estos jugadores son a prueba de todo: de balas, del clima, de la pobreza, de la corrupción. Uno de los jugadores más brillantes en el “entreno” tiene 17 años, mide 162 centímetros y ostenta un original corte de pelo: “Lo que quiero es salir de Tumaco, irme de acá. Sueño con jugar en Europa y vivir en una casa grande, como los grandes”, afirma con plena confianza de su talento como volante creativo. Este año cursa octavo grado de bachillerato, tiene cuatro hermanos, su madre es catequista y su padre, taxista: “Toca duro. Yo he jugado en América, en el Cali y en Medellín, pero no ha habido suerte ni plata, así que toca volver a intentar.”

La suerte, a veces, no acompaña los pasos de estos chicos. A veces es “la mala cabeza”: “Ahí está este muchacho –el profe señala a un chico delgado, de 16 años y 180 centímetros de

estatura–, me lo recibieron a prueba y quedó seleccionado en Millonarios para debutar este año en primera [división]; pero se devolvió dizque por un amor. Con lo duro que es tener la oportunidad en primera, para que la desperdicie así nomás”, se queja el profe Sánchez, entrenador y técnico de la Escuela de Fútbol Calimío desde sus inicios, hace más de 20 años, aunque en manos de Alirio tiene unos diez años.

No solo la “mala cabeza” de los jugadores es un tropiezo en la intención de llegar a convertirse en jugadores profesionales. También la violencia trunca las esperanzas. Una señora dedicada al comercio en el centro de Tumaco recordó que alguna vez subsidió a su hijo para que probara suerte en un torneo realizado en Pasto. “Si no logro coronar un equipo, me meto a soldado profesional”, recuerda que le prometió su muchacho antes de emprender ese viaje rumbo a su anhelo. “Y la verdad es que no le salió eso del fútbol y dos meses después de que regresara, me lo mataron”, recuerda.

Alirio sabe que la escuela de fútbol representa algo más que ayudar a chicos jóvenes a cumplir sueños deportivos.

Con la escuela de fútbol muchos bandidos se dan cuenta de que yo ayudo a sus hijos y entonces me dejan tranquilo, me dejan trabajar. Fíjese en esto: a la escuela van pelaos de barrios muy pobres, con enormes necesidades. Los papás no les prestan atención, pero sí agradecen que alguien esté pendiente de ellos. Para que me entienda claro, aunque no es el principal objetivo de Calimío, ayudar a los niños se convierte en una especie de blindaje contra los bandidos.

Algunas tardes, Alirio se anima y pasa por su escuela de fútbol. Llega con una bolsa cargada con yogures con cereal para los jugadores. Hay niños desde los nueve años, con ilusiones irrompibles y guayos de cartón. El comerciante se siente pleno en el lugar, aunque su reflexión no traduzca tal felicidad:

Al fútbol no lo miran y aquí tenemos a los mejores jugadores que usted pueda encontrar. Aquí hay talento, lo que llaman biotipo. Aquí hay ganas de salir adelante, progresar y los niños saben que con el fútbol lo pueden lograr. Pero estamos en Tumaco-almotea sus piernas tratando de espantar los zancudos y continúa-. Cómo le parece que hace unos años tuvimos una reunión con un político que queríamos apoyar, y un profesor salió a decir que ese apoyo era innecesario, porque aquí nadie formaba el talento de esos niños. Yo me paré y, delante del político, lo critiqué: “Qué pena, profesor, usted parece que no fuera de Tumaco, porque aquí hay más de 40 escuelas de fútbol y, por pequeñas que sean, detrás de esos niños hay alguien que los guía, que los entrena, que les enseña las técnicas. No venga a decir que todo es empírico, no señor”. Y así es para todo: lo que pasa con el fútbol es lo que pasa con todo.



Entrenamiento Escuela Calimio, cancha Las Tesas, Tumaco. Foto: Mónica Castillo

En los últimos cinco años, casi una decena de jugadores formados en la escuela Calimío han llegado a la primera división del fútbol colombiano.

De aquí han salido, sí señor. Estoy seguro de que la mejor materia prima la tenemos aquí, porque Tumaco es la cuna del fútbol colombiano. Es un semillero que puede dar y dar y dar muy buenos frutos. Eso sí, requiere mucho apoyo, apoyo que nosotros estamos buscando con proyectos, para bien de los niños, para bien de Tumaco.

Afirma Alirio, y para varios de estos comerciantes y empresarios no solo se trata del biotipo y las habilidades técnicas y la fortaleza para el fútbol; algunos de ellos sueñan con centros de deportistas de alto rendimiento que los lleven a conquistar medallas como las de los atletas antioqueños, los pesistas vallecaucanos o los boxeadores del Caribe. Algunos de ellos se ven como empresarios exitosos del mundo del deporte, que trabajen como managers y representantes de deportistas, que al conquistar más grandes contratos nacionales y en el extranjero jalonen la calidad de vida del puerto y sus alrededores.

Ese mismo talento fue el que vio Henry Castellanos, excomandante de las FARC, quien le propuso a la directora de Coldeportes, Clara Luz Roldán, tener un equipo en la segunda división del fútbol colombiano. “Aquí en la guerrilla tenemos jugadores con mucho talento y que quieren un mejor futuro”, dijo en agosto de 2017 alias Romaña. La idea llegó a Tumaco y las alarmas se encendieron.

A los empresarios de Tumaco que invierten parte de sus recursos en escuelas de formación, como la de Alirio Martínez, las palabras de Romaña les hizo eco. Porque varios de ellos desde hace tiempo han trabajado en el sueño de tener un equipo en el fútbol profesional, “donde podamos mostrar todo el talento de la región”. Cuál sería el asombro de muchos de estos comerciantes y empresarios cuando el gobernador de Nariño, Camilo Romero, en una carta dirigida a Jorge Perdomo, presidente de la Dimayor, pidió que le fuera asignada una plaza en la categoría B para un equipo de Tumaco.

“Aquí la gente se alborotó, porque esa oportunidad era grande”, cuenta Josué, taxista, quien asegura conocer al detalle los verdaderos talentos de Tumaco. “No crea, la guerrilla tiene mucha influencia y a los pelaos no les interesa conocer quién es el dueño del equipo, lo que les importa es jugar.”

Meses después, las FARC organizaron el Torneo del Pacífico de Llorente, en el que participaron algunos excombatientes del grupo guerrillero. Fueron precisamente un par de comandantes de esta organización los que fueron a buscar a Alirio, con la idea de reforzar su equipo con el manejo de Alirio y el apoyo de algunos jugadores de la conocida y ya prestigiosa escuela de Calimío.

A finales del año pasado se acercaron a él los dos miembros de la nueva FARC, quizá algunos de los mismos que hace un par de años habían dirigido el operativo que acabó, en unos segundos, con la vida de su joven empleado, y que estuvo por terminar también con la de su hijo. Acción en la que también resultó despedazada la nueva camioneta de distribución y las mercancías que con tanto esfuerzo había conseguido, sin que nadie hubiese respondido por ellas.

Alirio recibió su propuesta sorprendido y contrariado. Por una parte se sentía orgulloso del nombre construido por su escuela, por sus jugadores y por su gestión; pero, por otra, no solo lo asaltaban los recuerdos de esos hechos, sino todas las afectaciones a tantos inocentes en el municipio, causadas por las FARC.

No les dio una respuesta de inmediato, como se lo pedían. Consultó con su familia, con amigos y con otros comerciantes y empresarios de la ciudad, a quienes les tenía total confianza. La recomendación general fue que desistiera, pues qué iban a pensar en el pueblo: que él estaba aliado con esta guerrilla desde antes. Qué diría la gente al enterarse de que su equipo estaba jugando con las FARC, qué iba a pasar con su familia, con sus negocios y con las escuelas en Tumaco; qué sería de los pocos amigos que ahora tienen y que han sido afectados por los hechos violentos, alterando la cotidianidad y la confianza entre ellos.

Después de mucho meditar, de las llamadas y preguntas de la gente de las FARC, Alirio decidió participar con sus muchachos en el campeonato, con el compromiso de que las FARC se harían responsables de todos los gastos de transportes, equipos, inscripción e hidratación de los muchachos.

Me señalaron, pero no me trajo problemas. A mí me corre fútbol por las venas; nos invitaron a jugar y eso hicimos: jugar al fútbol. Mis amigos me reprocharon, pero yo les dije: lo hice porque ellos dicen que quieren la paz, y yo con esto les puedo aportar. Gracias a Dios, ganamos el título y ese trofeo les cayó muy bien (a las FARC). Gracias a mi escuela, pudimos aportar nuestro granito de arena a la paz. No me siento ni arrepentido ni avergonzado. Se hizo algo y quedó en la historia porque gané, la televisaron, no pasé desapercibido. Armamos un equipo para ganar y el equipo ganó.

Aunque no lo diga explícitamente, Alirio sueña con llegar a convertirse en un gran empresario del fútbol. Sabe que en Tumaco hay una cantera natural de jugadores de primer nivel, y que sacarlos de la pobreza puede ser realidad en pocos años.

Con mi esposa recuperamos a un niño en Robles, una vereda aquí como a 15 minutos. Lo vi jugar fútbol, hablamos con los padres y lo traje a mi casa. Estuvo cuatro años en mi casa, le di de todo, lo hice un hijo más, le di estudio, le di lo que necesitaba, ropa, y siguió entrenando en la escuela: hoy en día es jugador de las categorías menores del Deportes Tolima, hoy ya es jugador del Tolima. Llegamos a un acuerdo con el senador Camargo⁵ y hoy día ya es jugador. También hay muchachos probando en el Pasto, en Tolima y la ilusión es esa: que los muchachos puedan salir.

⁵ Gabriel Camargo es el actual presidente del club Deportes Tolima, equipo de la primera división del fútbol profesional. Durante varios años se desempeñó como político, siendo concejal municipal, diputado departamental y senador de la República.

Lo dice Alirio con orgullo, pues como este joven, al menos otros ocho jóvenes de la Escuela Calimío han salido rumbo a equipos profesionales de fútbol. Este deporte parece ser uno de los conjuros para apaciguar los tensos lazos que intentan acabar con Tumaco. Y Alirio quiere estar ahí, justo en el momento en que los jinetes del narcotráfico, los actores armados y la corrupción ya no tiren más y el puerto sea un lugar tranquilo y no un cuerpo frágil, a punto de ser desmembrado.



Alirio y el profe Sánchez con algunos de los trofeos ganados por la Escuela Calimio.

Foto: Mónica Castillo



“Yo era una Bomba”

*Memorias de un exmilitar y empresario
del Valle del Cauca sobre el conflicto*

Ericka Paredes, Luis Fernando Barón



Agradezco a “Don Octavio” y a su familia por abrir las puertas de sus memorias, por recordar y enfrentar con valentía las huellas del pasado. Agradezco a Luis Fernando Barón por su guía como profesor y luego como coautor en este texto. A María Emma Wills y a Hanni Jalil Paier por su diligente lectura y sus valiosas sugerencias. Al Centro Nacional de Memoria Histórica por su inconmensurable trabajo en la construcción de memorias diversas en Colombia y por la oportunidad de visibilizar estas historias.



“Quiero mucho al Ejército y me imagino que ha cambiado muchísimo porque Colombia es otra después de la Constitución del 91. Hay cosas que considero que por el honor militar no se deben contar. Solo los que hemos sido militares entendemos mi posición, porque una cosa es oírlo y otra cosa es vivirlo. Lo otro es que en Colombia uno no puede saber más de lo necesario, porque a pesar de que estoy en el ocaso de mi vida, todavía corro peligro y me preocupa no tanto mi vida, sino la de mi familia, por eso no doy nombres ni datos de situaciones muy concretas.”

“Con sinceridad debo decir que yo estoy y he estado de acuerdo con lo que se negoció en La Habana, por una posición muy personal: porque viví la guerra. La guerra es horrible, es algo que acaba con la moral, con los principios, con todo, hasta con el respeto con la sociedad, y con la persona como tal. La guerra degenera. Solamente desde ese punto de vista Colombia ya está ganando.” Octavio¹

¹ El nombre de nuestro entrevistado, así como algunos detalles e informaciones de los hechos, lugares y tiempos que nos narró, han sido alterados para proteger su identidad, privacidad e integridad. Sin embargo, a pesar de estas limitaciones hemos tratado de ser lo más precisos, responsables y justos con las experiencias vividas y rememoradas por él.



Memorias incendiadas

Este texto recoge memorias del conflicto y la paz de Octavio, un militar vallecaucano que sirvió al Ejército de Colombia por más de 20 años, y después se hizo empresario en medio de los ambiguos contextos económicos, culturales y de seguridad que se vivieron en Cali y en el Valle del Cauca con el auge del narcotráfico, desde mediados de la década de los ochenta hasta finales de los noventa. Como conocedor de las complejidades, pero también de los horrores de la guerra, anhela que nadie más en Colombia la tenga que vivir, y que los pasos dados en el país hacia la paz no tengan reversa.

Como empresario ha dedicado sus esfuerzos y dividendos a recuperar y fortalecer la vida de su familia y parientes cercanos con el fin de ofrecerles bienestar y tranquilidad, así como un mejor futuro a las nuevas generaciones. A pesar de sus deseos y esfuerzos, no ha logrado mantener a sus seres queridos lejos y protegidos de las violencias criminales y de los conflictos sociales y políticos de la región, que no solo han logrado perturbar sus pensamientos y sus sueños, sino también sus relaciones sociales y sus actividades empresariales.

“Hace unos años empecé a escribir mis memorias, porque creo que hay muchas cosas que podía contar y que se deberían saber. Llené de escritos y de historias casi diez cuadernos. Pero un día me di cuenta de que era una carga demasiado pesada, necesitaba borrarla, desaparecerla.

Quemé todos los cuadernos, pero las pesadillas que me atormentan todavía no desaparecen del todo, aunque he sabido sobrellevarlas. Por eso ahora quise contar mi historia. Porque creo que vale la pena que otros conozcan estos hechos para que no se vuelvan a repetir.”

Cuando se le ve caminar por la calle o se dialoga y se comparte un café con él, no parece un hombre que de niño tuvo que vivir La Violencia entre liberales y conservadores; y de adulto, los combates con grupos guerrilleros, cuando, desde el anonimato de las operaciones psicológicas, vivió en medio de las balas y estallidos de las granadas en el monte. Tampoco se percibe de inmediato la sagacidad y la frialdad de la que hizo gala para manejar sus negocios o tramitar la liberación del secuestro de un familiar.

Octavio es un hombre alto y robusto; sus ojos claros y su piel blanca no desmienten la herencia de los europeos que desde finales del siglo XIX llegaron a las fronteras del Eje Cafetero colombiano y al noroccidente del departamento del Valle² en busca de una nueva vida, de negocios y fortuna. Los municipios de esta zona hacen parte de los desordenados procesos de colonización antioqueña, iniciados desde mediados de ese siglo y que llevaron consigo, además del cultivo del café, los valores conservadores basados en la propiedad, la familia, la identidad étnica, blanca y mestiza, y la religiosidad (Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH, 2014, página 39). A comienzos del siglo XX, la hegemonía política conservadora –partido al que adhería la mayoría de pobladores de esta zona–, determinó, como en todo el país, las alianzas entre terratenientes, comerciantes y líderes políticos locales, marcando de paso los conflictos con las minorías liberales (Vicepresidencia-Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH, 2006, página 6).

Su aspecto, sus modales y su pausado hablar no corresponden con los estereotipos de imponente, altivez e incluso impermeabilidad, con los que uno imagina a un alto mando retirado del Ejército. Más bien nos sorprendieron su calidez, su alegría y su muy *paisa*³ sentido del humor. Por supuesto, son

2 Producto de ese proceso emergieron los poblados de Zarzal (1809/1909), El Cerrito (1825), La Victoria (1835), Andalucía (1836), Obando (1840), Bugalagrande (1886), Alcalá (1891), El Águila y Versalles (1894), Sevilla (1903), Argelia (1904), Calima-Darién (1907), Ginebra (1909), Caicedonía (1910), Restrepo (1913), El Cairo (1920), Trujillo y Ulloa (1922) y El Dovio (1936). CNMH. (2014).

3 Gentilicio para los nacidos en Antioquia y la Zona Cafetera.

“Yo era una bomba”



muy evidentes en él la disciplina, la honorabilidad y el respeto a la autoridad de un militar. También los principios religiosos y morales que recibió en su familia desde muy niño. Octavio se considera una persona de clase media que ha tenido que foguarse en diferentes escenarios para salir adelante.

“Siempre que se me presenta un problema, trato de mirar una solución, pero a mí no me han regalado nada, a mí me ha tocado hacer la vida luchando independientemente, corriendo riesgos en la parte económica, pero también en la social, porque el solo hecho de meterse en un proyecto donde no hay mucha claridad hacia el futuro, implica poner también en riesgo la estabilidad de la familia.”

Aprendí a defenderme con una pistola

Octavio nació en un municipio del noroccidente del Valle del Cauca, justo un año después del asesinato del líder del partido Liberal Jorge Eliecer Gaitán⁴. En ese tiempo se recrudecieron las disputas entre liberales y conservadores en la región, caracterizadas por la crueldad de la violencia y los medios utilizados para reducir las bases sociales de los adversarios. La Violencia fue un periodo de conflicto violento donde el sectarismo se mezcló con las luchas por la tierra y el control clientelista sobre el botín electoral. Los partidos políticos de la época, así como sus cuerpos armados, actuaban en alianza con élites económicas y de poder local, cumpliendo el rol de

4 Caudillo liberal, nacido en Bogotá, en 1898 y muerto en la misma ciudad el 9 de abril de 1948. Fue jefe del Partido Liberal y candidato presidencial por esa agrupación. Su muerte, el 9 de abril de 1948, dio lugar al llamado Bogotazo y prendió la chispa de La Violencia partidista de los años 50. (Braun, 1998).

mediadores entre la sociedad y el Estado, y organizando a las masas en favor de sus intereses colectivos y particulares, mientras ejercían fuertes represiones contra sus opositores, a quienes en general concebían como enemigos.⁵

Creció en una finca pequeña, propiedad de su familia, donde pescaba en el río y cazaba perdices y otras piezas de cacería. “Además, podíamos conseguir vegetales frescos o cultivarlos, ahora esto se ha perdido, el río parece un arroyito muy lejano de lo que era, y las industrias han dañado la naturaleza. Solo es pasar por esos cultivos de caña y uno ve los árboles, que son una miseria en comparación con lo que había antes.” Recuerda que en el campo el trabajo era duro pero la vida en general era buena. Él y su familia tenían lo necesario para sobrevivir, y habían tejido lazos fuertes de solidaridad con los vecinos y la gente de su pueblo, con quienes intercambiaban lo que cosechaban y compartían los excedentes de lo que la tierra les ofrecía.

“Teníamos cultivos de pancoger, tierras donde podíamos sembrar productos de primera necesidad, pero no podíamos vender casi nada, porque no había forma de sacarlos al mercado grande, que quedaba en otro pueblo. Pero no todos tenían en donde cultivar, porque el tamaño de los terrenos era muy limitado. También había fincas grandes donde la gente trabajaba largas jornadas por un pago muy pequeño. Cuando era niño llegué a trabajar recogiendo algodón en otra vereda. Y recuerdo que se me dañaron las manos de tal manera que el dolor me hizo llorar por varios días.”

Octavio vivió de niño los enfrentamientos y las violencias entre los partidos Liberal y Conservador, que como se mencionó antes se escalaron después del Bogotazo⁶ en la región. Su familia y su pueblo eran completamente azules, es decir, conservadores.

5 Ver más Pécaut, D. (2015); Molano, A. (2015); Vicepresidencia-Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH, (2006, p.6)

6 Después de El Bogotazo se presentaron rebeliones y enfrentamientos armados en más de 200 municipios del país, desencadenándose la época conocida como La Violencia. (Alape, 1983, páginas 168-190).



“Con decirle que mi mamá, en el mismo altar donde ponía a Cristo crucificado y a la Virgen María para rezar el rosario, tenía una foto de Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez y el General Rojas Pinilla exhibiendo su banda presidencial.⁷ Mi papá era abiertamente rojas-pinillista y conservador, pero creo que por su nivel social no hacía proselitismo ni era un líder político.”

Cuenta que entre partidos la rivalidad era tan fuerte que en una ocasión, cuando tenía 13 o 14 años, fue en tren al pueblo vecino a mercar, porque aunque allá era liberal, el mercado era mejor y más barato.

“Uno iba calladito sin mencionar nada, para que la gente de ese pueblo no se enterara de donde era. Ese día me puse una camiseta azul que mi hermana me había regalado, y me dio por ver jugar billar. Allí estaban unos señores tomando trago, uno de ellos con sombrero, me ve, se paró y me dijo: ¿usted porqué usa eso azul, no sabe que no se puede usar nada azul? Yo le dije no señor, yo no sabía. Quítasela, me la quitó, y me la rompió con un cuchillo... yo me fui corriendo despavorido hasta la estación del tren para regresar.”

Octavio también escuchó y conoció de niño de las “Chulavitas” y de los “Pájaros”, que en su región estuvieron al servicio de gobiernos conservadores y generalizaron la tortura y otras formas sangrientas y bestiales de matar militantes y simpatizantes de los partidos liberales y comunistas; contribuyendo además al despojo y a la concentración de tierras que fueron quedando, principalmente, en manos de cafeteros

7 Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez y Gustavo Rojas Pinilla fueron dirigentes conservadores y presidentes de Colombia. El 13 de junio de 1953, el General Rojas Pinilla asumió la presidencia tras el golpe de Estado realizado contra Laureano Gómez, a consecuencia de la violencia bipartidista desatada tras la muerte de Gaitán y que se agudizó con la aparición de las guerrillas liberales y comunistas. La automarginación de los liberales en los gobiernos conservadores, generó un vacío de poder que hizo eficaz el golpe. (Grajales, 2014, página 545).

y empresarios del sector azucarero, con la consecutiva disminución de cultivos de frijol, yuca, maíz, plátano y cacao. Situaciones que provocaron la migración de campesinos a los centros urbanos, mientras otros fueron desplazados a las zonas de ladera⁸ o se convirtieron en asalariados de los ingenios azucareros y de las plantaciones comerciales.⁹

También señala que fue testigo de esa época violenta y cuenta, con un nudo en la garganta, historias dolorosas, como la que vivió cuando tenía ocho años:

“Mi papá le guardaba las vacunas para las bestias a una familia vecina, pues en mi casa teníamos un enfriador, una especie de nevera que funcionaba con petróleo. Alberto era un amigo de la escuela y su papá lo mandó a recoger las vacunas esa tarde. Él llegó a caballo, pero nos pusimos a jugar y se le hizo muy tarde. Cuando mi papá se dio cuenta, nos regañó y lo despachó para su finca. Al anochecer vimos que el caballo volvió solo y a mi papá le pareció muy extraño. Así que fuimos juntos a la finca de los Medina a devolverle el caballo y a verificar que Alberto había llegado bien. Yo entré corriendo y lo vi... estaba en la mitad de un pasillo, tirado en el piso, y un machete le atravesaba su cuerpo.”

Afirma que en esos tiempos “uno maduraba biche” porque era necesario aprender en la familia, y fuera de casa, lo que era bueno o malo.

“Era tan rápido ese proceso de maduración por La Violencia, que lo primero que le regalaban a uno era una escopeta.

8 En el paisaje agrario del departamento existe una distinción entre zona plana y de ladera. Ver: “Patrones” y campesinos: tierra, poder y violencia en el Valle del Cauca (1960 – 2012)” CNMH (2014)

9 Para 1960 y 1970 la concentración de la propiedad de la tierra en el país ya mostraba niveles escandalosos: las fincas con más de 50 hectáreas ocupaban aproximadamente el 78% de la superficie agraria cultivada, y las propiedades con 10 o menos hectáreas ocupaban el 7,2% de la superficie agropecuaria en Colombia. (CNMH, 2014, páginas 48-49; Giraldo, 2015, página 15).



No era una de esas modernas, pero sí, uno la cargaba, era un Fistol. Así uno empezaba ese proceso de maduración y de enfrentarse a la vida. En el año 59, mi papá tenía una finca que se llamaba “La Esperanza” y sucedieron varias masacres alrededor de esa finca, bastante fuertes, mataban de 18 a 25 personas. Iban a una finca y masacraban a todo el mundo. En ese entonces, era muy común que uno no durmiera en la casa de la finca, sino que uno por la tardecita se iba a dormir a una mata de guadua o a un cafetal, porque muy posiblemente lo cogían ahí, por la noche, y lo masacraban. Entonces, desde ahí empezó a formarse la idea de defenderse. Los trabajadores tenían escopeta, mi papa tenía una carabina 22, mi hermano tenía otra, todos teníamos una escopeta y se la llevaba uno a dormir, eso fue teniendo yo nueve años.”

Los eventos de la violencia política eran cada vez más frecuentes, atroces y cercanos, y las luchas bipartidistas se veían cada vez más difusas. Relata Octavio que “la lucha partidista cambió al bandolerismo¹⁰ apoyado por gente rica para apoderarse de las propiedades”; y que las matanzas en las fincas y las masacres en las veredas cercanas “ya no eran por castigar a los liberales o comunistas, sino por apropiarse de la tierra a la fuerza”. Estas situaciones agravaron las condiciones económicas en el hogar, generando de paso disputas familiares. Finalmente, al recibir una amenaza directa, decidieron tomar lo que pudieron llevar y abandonar la finca, para buscar refugio en la cabecera municipal de su pueblo. De ahí en adelante su existencia cambió; y de la vida y del trabajo en el campo, pasaron a sobrevivir del comercio en un granero.

Unos años más tarde, el abandono de su padre los llevó a vivir mayores privaciones y problemas económicos, que fueron poco a poco aminorados por la ayuda que les brindó Justo, el esposo de su hermana. Este era un hombre muy trabajador que, según narra Octavio “se hizo a pulso” y en medio de las

10 Algunos estudios académicos como Delgado Madroñero (2011) mencionan este flagelo.

dificultades construyó un importante capital que le permitió tener una vida floreciente y abundante. Según él, Justo era un empresario y un visionario: era buen negociador, asumía riesgos, analizaba y aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban. Todas estas cualidades, dice Octavio, las aprendió él y se las apropió, porque más pronto que tarde le serían útiles para afrontar los avatares que les estaban esperando en el futuro próximo.

Yo era una bomba.

Octavio era curioso, inteligente y con muchas ganas de volar. A pesar del apoyo y hospitalidad de su familia, cuenta que a eso de los 16 años sentía que necesitaba un cambio en su vida para salir del pueblo y sostener a su mamá. Para ello veía dos alternativas: una era irse a Estados Unidos de ilegal, pues tenía amigos que ya lo habían hecho y estaban dispuestos a ayudarlo. La segunda era irse a prestar el servicio militar al Ejército Nacional. La primera opción se vio truncada cuando no pudo conseguir el dinero que necesitaba para viajar, y justo por esos días llegaron a su escuela representantes del Ejército Nacional con el objetivo de motivar a los estudiantes que se quisieran enlistar.

Él no desaprovechó la oportunidad y cuando terminaba su cuarto año de bachillerato “se hizo de primero en la fila” de los aspirantes que querían ir al Ejército. Los militares le ofrecieron terminar sus estudios de secundaria, hacer curso de Suboficial en la Escuela Militar Inocencio Chincá, de Popayán, y ser parte de la primera cohorte de soldados profesionales que se iba a formar en Colombia.



“Además, después de todo lo que vi en mi vereda... esas matanzas, uno a esa edad tiene unas ideas de Robin Hood, de ser la persona que salva y combate el mal, y el Ejército era eso, y me daba esa oportunidad.”

A mediados de los años sesenta ingresó al Ejército, donde finalizó sus estudios, y fue asignado en el primer escalafón como Cabo Segundo. Luego fue trasladado a Bogotá a la Policía Militar. Cuenta que fue escogido para ir porque él era uno de los que, siguiendo los criterios estéticos y elitistas de la época llamaban los “ABC: Altos, Buen mozos y Cuajados”. Estuvo por más de un semestre en la capital del país, donde fue ascendido al rango de Sargento Segundo, y de inmediato fue asignado para apoyar actividades administrativas y de suministros en una guarnición militar en una ciudad de la costa caribe colombiana.

Cuenta que en los años ochenta los Derechos Humanos “eran frágiles, y en algunos casos inexistentes” en la institución militar.

“Al entrar al Batallón perdías todos los derechos. Vos tenías que acatar los reglamentos, había Justicia Penal Militar, pero un Coronel te podía detener y los uniformados te hacían la guerra. Entonces, qué sucedía, en un Consejo de Guerra, por ejemplo: el presidente del Consejo era un Capitán y mientras uno se sentaba, ellos ya sabían si te iban a condenar o qué te iban a hacer, solamente porque un Coronel o un General ya había dado la orden. En ese momento, la rebelión, el secuestro, y otros delitos estaban bajo la órbita de la Justicia Penal Militar.”

Antes del 91 Colombia era un país dominado por la dirigencia, los empresarios, los políticos de Bogotá y la alta dirigencia del Ejército. En los batallones uno no tenía derecho a opinar nada, todo eso estaba escrito como reglamento. Colombia cambió muchísimo cuando aparecieron instituciones importantes y se le dieron dientes a la Procuraduría y a la misma Fiscalía. Sin embargo, los jueces eran más corruptos que ahora.”

Incluso, había una figura jurídica que se llamaba el Estado de Sitio o Estado de Excepción, que era decretado por el Presidente o por el poder ejecutivo, con esto el Estado le otorgaba a la Fuerza Pública atribuciones especiales para controlar el orden público, como realizar allanamientos, etc. Solo con esto se incrementaron las muertes y las desapariciones de personas.”

Menciona estos asuntos porque fue precisamente un altercado con uno de sus superiores el que lo condujo a “un contratiempo fregado”, y a ser trasladado de buenas a primeras de su primer encargo como oficial. Según Octavio, fue detenido por desacato de órdenes, a causa de una injusta decisión de un General respecto a sus funciones. Sin embargo, la intervención de un equilibrado Juez Penal Militar logró mantenerlo en el Ejército.

Después de salir de la Costa, fue asignado al nuevo equipo de Operaciones Psicológicas¹ de Contraguerrilla, y por primera vez tuvo que enfrentar de manera directa el conflicto armado interno, que en este caso era principalmente contra las organizaciones guerrilleras. Recuerda varios municipios y corregimientos rurales del departamento del Meta, Antioquia, Huila y Cundinamarca. Su paso por estos lugares, no solo le permitió ver cómo crecían y se escalaban los enfrentamientos con las guerrillas, sino también conocer otras realidades del campo y de los campesinos: como la pobreza y el abandono en el que vivían. También pudo testimoniar uno de los mayores efectos del conflicto: los desplazamientos forzados de la gente del campo hacia los municipios más grandes, y el consecuente crecimiento de los cordones de miseria en las ciudades capitales.

“A pesar de todo, lo que más me satisfacía era el contacto directo con la población, especialmente poblaciones muy pobres y olvidadas, o llegar a las escuelas... en los Llanos llegamos a un sitio donde nunca había ido el Ejército, y se asustaron porque allí solo había guerrilla. Esas

2011 Algunos estudios señalan este tipo de operaciones Mateos (1998) y Villamarín L., (2003).



son de las satisfacciones más grandes que uno puede tener, hablando con la gente, tratando de prestar apoyo, escucharlos, el hecho de escuchar a una persona es una de las actividades humanas que más se debe trabajar.”

Cuenta Octavio que las operaciones psicológicas eran prácticas que realizaron los Estados Unidos en las guerras de Corea y Vietnam.

“A nosotros nos escogieron para formar el grupo, y en las capacitaciones nos comentaban que era un arma muy potente. Ese curso lo recibí en Bogotá, lo manejaba directamente el Ejército. El curso nos capacitaba para que tuviéramos contacto directo con la población civil y en medios de comunicación. Recuerdo que nos llevaron a Radio Sutatenza, para que viéramos cómo funciona la radio nacional. También teníamos conferencias con psicólogos y especialistas en medios de comunicación. En ese tiempo no existían fotocopiadoras sino mimeógrafos. Entonces, a uno le enseñaban a sacar comunicados, copias, y a manejar la propaganda negra, que en pocas palabras era adjudicarle al enemigo, que en ese tiempo era la guerrilla, hechos que de pronto uno había provocado.”

Estudios académicos argumentan que el apoyo brindado por Colombia a Estados Unidos en la Guerra de Corea (1950-1953), representa un punto de inflexión en el adoctrinamiento y norteamericanización del ejército colombiano (Vega, 2015, página 13). Pues los 4.300 soldados y la fragata ARC Almirante Padilla, con 180 marinos y 10 oficiales, que hicieron parte de esa confrontación, fueron entrenados y asesorados por la Misión Militar de Estados Unidos y sus tropas del Canal de Panamá. Adicionalmente, la firma del pacto de Asistencia Militar con Estados Unidos, durante el gobierno de Laureano Gómez, en 1952, marcó un hito en el enfoque anticomunista adoptado por la doctrina militar de nuestro país, y asimilado en los procesos de formación de las fuerzas militares del Estado colombiano.

Alberto Ruiz Novoa, comandante del Batallón Colombia en la guerra de Corea, destacaba las enseñanzas de la participación colombiana en este conflicto: como la utilización de pequeñas unidades de combate, la familiarización con la organización castrense de Estados Unidos, la mejora en las comunicaciones y el transporte con el uso de helicópteros, la utilización de armamento ligero en vez de artillería convencional, y el énfasis en la guerra psicológica, es decir, en propaganda, rumores y mentiras cuyo fin es desmoralizar al enemigo.¹²

“Creo que la doctrina militar que recibíamos tiene que ver con eso, era la misma doctrina de la Guerra Fría que tuvo Estados Unidos. Estaba por ejemplo la Escuela las Américas, donde se aprendía la doctrina. Ahí iba todo el mundo a entrenarse, bueno no todo el mundo, porque yo no tuve la oportunidad de ir hasta allá. Mis compañeros decían que dictaban toda clase de cursos, pero cualquier tema era una excusa para meterles cosas relacionadas con los comunistas, eso era como un lavado cerebral muy bravo. Igual acá en Colombia: el enemigo era el sistema comunista y todo lo relacionado con ello. El solo hecho de decir comunista ya era un objetivo militar, por eso era que los dirigentes de izquierda eran tan perseguidos y hubo mucho muerto.”

Recuerda Octavio que la decisión de realizar operaciones psicológicas buscaba contrarrestar la propaganda de los grupos guerrilleros y las desventajas que tenía el Ejército frente a estos, por no acercarse a la ciudadanía, pues “hasta se nos prohibían hablar con la población civil”. Las guerrillas hacían su trabajo, cuenta él, mediante pasquines, reuniones y asambleas. Además “utilizaban comunicadores claves de un pueblo o de una región para hacer su proselitismo”. Por eso, con este tipo de

12 Sin embargo, otras versiones frente a la norteamericanización afirman que las FFMM se apropiaban y moldeaban las doctrinas y procesos de formación a sus contextos. (Dávila, 1998; Dufort, 2017; Nieto, 2014).



operaciones, el Ejército no solo se aseguraba de hacer una pedagogía para enseñar su misión y ganarse la confianza y el apoyo de la comunidad, sino también por la necesidad que tenían de “sacar” información útil para la guerra.

Era un grupo de unas 25 personas que siempre estaba en zonas rojas donde se había detectado una fuerte presencia guerrillera, recuerda Octavio. El grupo contaba con carros en los que transportaban proyectores de cine, altoparlantes, una planta eléctrica e incluso un mimeógrafo para hacer propaganda escrita. También llevaban material deportivo y didáctico, incluyendo juegos como parqués y ping-pong.

Cuando llegaban a los pueblos ya tenían información sobre los comunicadores y líderes de opinión:

“Quién era el cura, el doctor, quién era el alcalde, el que transportaba gente... pues este era el trabajo previo que hacía inteligencia militar. Sabíamos quién era quién, sabíamos quién era el gerente del banco y si tenía nexos con la guerrilla, si el rector de la escuela o el administrador de la oficina del transporte del pueblo eran guerrilleros. Entonces era aquí donde se delegaban responsabilidades y uno tenía que hacerse amigo de estas personas, para sacarles información. Organizábamos reinados, semanas cívicas, encuentros deportivos. Yo tenía por lo menos 200 cuentos escritos para entablar conversación con la gente... Necesitábamos que toda esa gente estuviera con nosotros y nos contaran cosas, porque la mayoría de figuras públicas tenía nexos con la guerrilla o eran guerrilleros.”

Es importante tener en cuenta, tal y como lo muestran estudios académicos, que lo que se denomina como inteligencia militar es practicada por diferentes organizaciones armadas, y entra a hacer parte de la vida cotidiana de municipios, barrios y veredas. Estas prácticas se articulan a tensiones y rivalidades sociales, políticas y culturales, que pueden conducir a estigmas, persecuciones, secuestros y asesinatos de gente inocente.

Además, estas prácticas confluyen en la configuración de órdenes sociales fundados en la desconfianza y el desconocimiento de los derechos humanos (Kalyvas, 2004).

Octavio nos contó que ellos eran blancos prioritarios para las guerrillas, pues él y su equipo se movían visiblemente en los pueblos y veredas, a pesar de estar respaldados por tropas que se camuflaban alrededor de los poblados y caseríos. Cuando preguntamos si recordaba algún caso significativo, se quedó pensando por más de un minuto y dijo: “yo creo que este es uno de los que les puedo contar”. Nos explicó que lo hacía no solo por la gravedad de los hechos o porque ellos podían comprometer el honor militar, e incluso su seguridad personal y familiar, sino porque nosotros, como no hemos vivido la guerra, difícilmente lo comprenderíamos.

Después del preámbulo nos relató que una vez en un pueblo:

“Nosotros le achacamos a un sacerdote unos hechos para sacarlo del pueblo -pero no entro en detalles-. Porque él era simpatizante de la guerrilla, concretamente de las FARC. Solo puedo decir que no era una persona muy querida por el pueblo, y aunque la curia sabía de sus nexos, no lo quería mover; entonces se presionó por ese lado para que se lo llevaran.”

Nos explicó además que él pudo evidenciar que muchos de los campesinos de esas zonas terminaban involucrados con las organizaciones guerrilleras porque o prestaban apoyo o los mataban. Los obligaban a colaborar a las buenas o las malas.

“Yo puedo decir que lo peor de toda la violencia lo resistió el campesinado. Una cosa es estar aquí, sentado, y otra es estar allá en el campo. Allá yo era una bomba; porque yo en ese momento, con armas, con los antecedentes de todo lo que vi en mi niñez y sabiendo que la guerrilla era de la misma línea de los que habían masacrado a tantos familiares, vecinos, amigos y niños. No era fácil. Pero yo estaba metido en la guerra. Ahí se pierde todo el respeto por las personas y por el ser humano. Eso es la guerra: usted



no puede actuar como un príncipe, sino que tiene que actuar como el medio se lo exige, como el medio es.”

Su trabajo básicamente era realizar contacto con las personas de los pueblos, y en algunas situaciones era inevitable hacer “amigos”. Uno de ellos fue Pedro, un terrateniente con varias fincas: “era político y un comunicador clave”. Él les regalaba plátano, café y carne que traía de sus fincas, para mejorar la alimentación de los militares. Don Octavio menciona que por esos días había elecciones para el Congreso, y Pedro, que estaba en el batallón, le pidió que lo llevara de regreso a una de sus fincas. Como estaban en acuartelamiento él le dijo que no podía, “esta es zona roja, es mejor respetar los toques de queda y evitar salir del perímetro”. Pero Pedro le pidió permiso al Comandante y este puso a Octavio “entre la espada y la pared” y tuvo que ir junto a un soldado.

“Íbamos en un carro Dodge, y se varó pasando un río. Lo revisé y no tenía gasolina, cosa rara, porque los carros de orden público debían tenerlos taqueados. Yo me puse en una posición con buena visibilidad para evitar cualquier sorpresa y le hice quitar la camiseta al soldado que me acompañaba. Cogí su fusil y lo mandé al batallón para que trajera combustible, y una guaya por si tocaba halarlo. El soldado se fue y yo me quedé con el fusil de él... en los llanos anochece tarde, realmente comencé a sentir como miedo, o más bien como ese instinto de protección.

Le dije a Pedro métase en el carro y yo me metí al monte con el fusil del soldado y una carabina que yo cargaba. Él me preguntaba ¿estás asustado?, ¿por qué? Yo le dije que si me quedaba ahí era un blanco fácil, me subí a un árbol y esperé. Cuando llegó el combustible lo echamos y ya eran como las seis de la tarde, estaba oscureciendo. En ese momento le dije a Pedro que no íbamos para la finca, pero él me insistía, me insistía y me ofrecía plata. Pero yo le dije tajantemente que no.”

Días más tarde llegaron al Batallón otros colegas, con su “amigo” Pedro entre otros guerrilleros apresados. Allí se enteró de que en la finca a la que lo invitó días atrás, un grupo de guerrilleros le tenían preparada una emboscada. El plan de la guerrilla era tomarse la base militar y necesitaban rehenes e información.

“Me escapé de eso, me salvé. Pero al ver esa traición, me dio mucha rabia, y yo tenía la intención de ir contra ese señor aprovechando que estaba preso en la base, pero me pillaron... un soldado me señaló y ahí mismo nos declararon personas no gratas en el batallón y nos sacaron. Creo que ese fue uno de los errores grandes que cometí. Yo le iba a hacer daño... la guerra lo deshumaniza a uno, hace un gran daño a la parte moral.”

“Operaciones psicológicas fue una de las etapas más duras que viví en el ejército, porque vivía en la zozobra de que en cualquier momento me podían atacar y porque saltaba de un lado a otro, con solo dos mudas de ropa civil y dos camuflados. Uno no tenía el itinerario que iba a cumplir, siempre estaba lejos de la familia. No podía confiar en nadie, solo en mi equipo.

En esas zonas siempre lo estaban vigilando a uno, era muy estresante. Muchos compañeros rotaban mucho, a muchos les ganaba la depresión y el estrés, además la comunicación era muy difícil, a veces había Telecom, o los telegramas o si se podía uno se comunicaba por un radio de esos Thompson. Era una época muy diferente.”

La mayoría de los cargos de Octavio fueron asignados en áreas administrativas en diferentes regiones del país. Ello le permitió construir aprendizajes y generar destrezas en manejo de personal, en presupuesto y en finanzas. Sin embargo, hacia el final de su carrera militar vuelve a enfrentarse cara a cara con la guerra; esta vez lo tiene que hacer como comandante de un pelotón en los campos de batalla.



A la contraguerrilla por unas latas

Durante su vida en el Ejército, Octavio debió vivir varias situaciones que lo enfrentaron a prácticas autoritarias y arbitrarias por parte de algunos de sus altos mandos; también a acciones poco transparentes y a probables actos de corrupción de algunos de sus colegas. También tuvo que aprender a desarrollar formas y estrategias para cuidarse y defenderse de algunos de sus compañeros en una institución tan compleja y tan masculina, como lo era el Ejército que a él le tocó vivir.

Después de salir de operaciones psicológicas fue enviado a la intendencia de una Brigada. Allí, en medio de una situación de emergencia fue encargado de la dotación de los soldados que estaban en “operaciones”. Como conocía en carne propia las difíciles condiciones que vivían los soldados en el campo, desarrolló una ración más grande y gustosa que cumplía con los pesos y características nutricionales y militares requeridos para acciones de contraguerrilla, “grandes e importantes”, que se estaban ejecutando en el sur del país.

Sin embargo, justo cuando estaba verificando el envío de los suministros, se encontró que lo que le envió el proveedor no correspondía con lo que él había solicitado, incluso las provisiones que recibía no era suficientes para abastecer a las tropas que estaban en operaciones.

“Era una asignación que tenía más proteína que la normal, porque en operaciones de ese tipo se está en constante movimiento, uno carga equipo de un lado a otro. Yo sabía que con latas de una ración normal de proteína de 400-450 gramos uno quedaba muy bajo de energía, por eso había presupuestado enlatados de salchicha y de carne de 900 gramos y presenté pedido para esa ración y otras cosas más.”

Los enlatados que le enviaron eran de menor gramaje del que había pedido, con el mismo presupuesto asignado.

“Entonces, yo pegué el brinco y me comuniqué con el que estaba en la intendencia y me llamaron del Comando del Batallón. Fui y dije lo que estaba sucediendo, pero me encontré con que había intereses económicos ocultos, y yo no comulgaba con eso. Yo hubiera podido echar una firma para que todo eso pasara, pero yo no comulgaba con las injusticias. Por mi formación, hay ciertos valores que no son negociables por nada, como la honradez, el respeto por los demás, lo justo. Y por la otra, eso era una transacción que yo no conocía. Yo no sabía si tenía el mismo valor, o ahí había una murranga. Pero algo había que no era explicable, y lo correcto era explicar por qué, y cómo se veía reflejado en la factura.”

Con este impase se “echó de enemigos” al Comandante del Batallón y al Intendente, y pronto Octavio fue relevado de su cargo.

“Unos días después, como decimos los vallunos, se armó un bochinche ni el verraco, el encargado fue a ofenderme, me trató mal y yo no me dejé. Me llamó a su oficina, y luego de decirme un poco de barbaridades, el asunto pasó a mayores, y cuando él iba a sacar una pistola que tenía en un cajón, yo saqué la mía antes que él, y le dije: sáquela y se muere.”

Este acto le costó no solo dos semanas de arresto, que no constituía una sanción severa para un oficial de su rango, sino un llamado de atención disciplinario, según nos explicó. También conllevó un traslado que se hizo efectivo el mismo día en que salió de su reclusión. A los 15 días exactos de cumplir su castigo, lo esperaban en el patio del batallón su equipaje y un transporte para que tomara el vuelo chárter que lo llevaría al Putumayo, para ser convertido, oficialmente, en combatiente de contraguerrilla, rol que ejercería hasta unos meses antes de su retiro.



Como comandante de pelotón tuvo que experimentar nuevas facetas del conflicto en otra zona del país, donde combatió a otra guerrilla muy diferente, en este caso, las facciones de una organización más joven y bien particular que se autodenominaba el Movimiento 19 de Abril, M-19. La explotación petrolera y la proliferación de los cultivos de coca convirtieron al departamento del Putumayo en un lugar atractivo para los grupos armados. A principios de los años ochenta varios grupos guerrilleros entraron al departamento y se establecieron en diferentes subregiones.

El primer grupo en hacer presencia en Mocoa y Villagarzón fue el M-19, entre 1980 y 1982, se movilizaba por las riberas del río Caquetá hasta la localidad de Curillo y por las selvas de Puerto Asís. En 1981, el M-19 asaltó Mocoa y por espacio de varias horas realizó una toma a la población. En desarrollo de los operativos contrainsurgentes, hubo bombardeos en cercanías de Puerto Caicedo, provocando los primeros éxodos de campesinos de la región (Comisión Andina de Juristas, 1993, página 26; Ramírez, Moreno y Medina, 2012).

En el sur de Colombia, Octavio vivió hostigamientos y combates que lo pusieron cuerpo a cuerpo frente a los enemigos. Ello sucedía, en general, cuando patrullaban por el monte o cuando eran objeto de alguna emboscada.

“Por más entrenado que uno esté, uno siente miedo, temor, porque tiene una responsabilidad muy alta, por los soldados que tiene alrededor. Si uno llega a flaquear, se acaba todo. Es decir, usted no puede... cuando lo hostigan, usted tiene que sacar el valor de donde pueda. Una vez está allí, esos primeros segundos son vitales, pues los que van detrás de uno van a tomar la decisión de seguir o no, si se meten en el cuento o no.”

Octavio nos narró varios episodios vividos en esas confrontaciones, pero, expresamente, nos pidió que omitiéramos esos eventos y la descripción de las prácticas aún más crueles y despiadadas de la guerra; pues consideraba,

nuevamente, que nosotros no éramos capaces de entender. Nos explicó que él, como soldado, aprendió a vivir con este tipo de situaciones gracias a los procesos de adoctrinamiento y adoctrinamiento que había tenido en el Ejército. Allí, cuenta él, les enseñaban a distinguir muy bien quienes eran los buenos y los malos.

“Los buenos éramos la sociedad y nosotros. Y los malos eran los que estaban del otro lado. Al tener esa concepción de la vida vos no respetas al otro, el otro es un obstáculo para la sociedad, no tienes límites, como sí los puede tener una persona que va a evaluar su consciencia. Uno ya está preparado para cualquier situación y sabe que tiene que combatir los malos, no digamos que como sea, sino que... uno no tiene esa acusación de conciencia de que va a hacer cosas malas. Es lo que tocaba hacer y es para lo que estaba entrenado.”

Los relatos de Octavio también dejan entrever la existencia de organizaciones por fuera de la ley, que tanto en el campo como en la ciudad, apoyaban los esfuerzos de aquellos que se consideraban los buenos, y que por ello también se sentían con el derecho de “limpiar” aquello que andaba mal en la sociedad. Algo parecido a lo que ya había tenido que vivir en el tiempo de los “Pájaros y Chulavitas”, en su infancia, y que ahora operaban para perseguir a guerrillas e izquierdistas, según él, camuflados en la población.

“En ese entonces había grupos especiales, personas que ya estaban entrenadas, y eran los que hacían ese tipo de embarradas, lo que se denominaba limpieza social. Pero también la sociedad estaba organizada por personas que tenían poder económico y poder político, e incluso miembros de mafias que tenían lazos con las personas que hacían esas limpiezas.”¹³

13 La década de los ochenta representó para Colombia un escalamiento de la violencia, incertidumbre y desesperanza, que llevaron a acciones sociales y



Después de narrar estos y otros eventos, Octavio se veía visiblemente afectado. Se le notaba el dolor en el rostro, y parecía exhausto de recordar. Sin embargo, después de varios minutos de silencio, y de tomar un par de sorbos de agua, nos contó, en voz baja, casi a manera de confesión: que él ha logrado sobrevivir a “todo esto”, gracias al olvido, porque el olvido ha sido una “especie de aliado para poder seguir adelante con la vida”.

En 1985, Octavio dio por terminada su carrera militar y se jubiló del Ejército. Sin embargo, su anhelo de mantenerse fuera de las filas y de los combates fue transitoriamente turbado. Esto, porque en menos de un año tuvo que responder al llamado del presidente Belisario Betancur a las reservas de las Fuerzas Militares para hacer frente al estado en el que se encontraba el país: “la guerrilla estaba alborotada, también las universidades, al igual que la clase obrera.”¹⁴ Este nuevo periodo de servicio duró aproximadamente cuatro meses.

organizativas encaminadas a contrarrestarlas. Algunas de ellas, acudieron a formas y medios ilegales y a prácticas asentadas en doctrinas extranjeras (Rivas, 2017). Desde finales de los años setenta y a comienzos de los ochenta, como reacción al fortalecimiento de los grupos guerrilleros, nacieron grupos armados irregulares (Rivas y Rey, 2008; Posada, 1999).

¹⁴ A través del Decreto 385 de 1986 de febrero 4, el presidente Betancur hace llamamiento especial al servicio a unos reservistas de primera clase del Ejército Nacional. “Están llegando en estos días generales y otros altos oficiales en retiro a ponerse a la orden para lo que haga falta. A nivel de tropa, en cambio, la reacción ha sido menos entusiasta ante el anuncio de que los reservistas serán llamados a filas para aumentar en unos veinticinco mil hombres el pie de fuerza del Ejército y garantizar así el desarrollo pacífico del proceso electoral.” (Semana, 1986).

Aprender a vivir con lo que sabía

“El ejército fue una etapa que me sirvió mucho para madurar anímica y emocionalmente, pero no evolucioné mucho en el punto de vista social y económico. El ejército tiene la característica de que lo meten a uno en un cuartel en donde tienes todo lo indispensable para vivir, pero vives en un círculo vicioso que es muy difícil de romper.”

Durante su carrera militar contrajo matrimonio y cuando salió del Ejército regresó a una familia más grande, ahora tenía un par de niños pequeños. Por eso, convertirse en empresario, para tener independencia económica y manejar su tiempo y disfrutar su familia, se convirtió en su nuevo desafío. Octavio se radicó en Cali junto a su esposa y sus hijos. La primera oportunidad que se le presentó para empezar a ganarse la vida como civil fue una muy atractiva oferta de una compañía minera para que se hiciera cargo de todos los asuntos de seguridad.

Octavio hace un paréntesis en su viaje al pasado, para explicarnos que en esa época los oficiales del Ejército se destacaban o por ser “tropeleros”, que eran los más hábiles y osados en los combates, o por ser “integrales”, es decir, que siendo buenos en el combate podían desempeñarse con suficiencia en otros campos de la carrera militar. A pesar de los impases internos que afrontó, se había retirado con un muy buen prestigio en el grupo de los “integrales”. Esto no solo porque se había destacado en los cargos administrativos y financieros bajo su responsabilidad, sino porque también resultó ser uno de los mejores en el campo de la inteligencia militar –operaciones psicológicas–. Además, como combatiente, no solo había logrado sobrevivir a la guerra sino que había comandado varios pelotones por más tiempo y con mejores resultados que la mayoría de sus pares. Por eso, tan pronto obtuvo su jubilación varios de sus compañeros activos no dudaron en recomendarlo



con variadas empresas y círculos sociales en donde se requerían de los saberes que él había dominado como militar.

Trabajó más de cinco años en aquella empresa minera que manejaba yacimientos en varias zonas del país; y aunque allí su trabajo le “dejaba buenos beneficios económicos”, no le dejaba el tiempo que él quería para dedicar a su familia. Cada vez se hacía cargo de más responsabilidades, sin que ello se reflejara en aumentos o contraprestaciones significativas.

Entonces decidió trabajar en varios negocios con su cuñado Justo, a quien no dejaba de admirar por su sagacidad y pericia para los negocios. “Era tan bueno que fue de los pioneros del cultivo del algodón en el Valle del Cauca; y con eso hizo una buena fortuna.” Después unos meses de trabajar con su cuñado, se dio cuenta de que a pesar de los grandes aprendizajes que adquiría a su lado, no lograba ganar lo que anhelaba, ni siquiera lo que necesitaba para vivir. Fueron unas incomprensibles acciones y algunas duras palabras de su cuñado las que lo llevaron a recapacitar:

Me dijo: “Usted tiene que aprender a vivir con lo que tiene. Si no puede vivir allá, tiene que vivir en su apartamento. Si sus hijos no pueden estudiar en colegio privado, tienen que estudiar en uno público.”

Cuenta que los acuerdos con Justo no eran claros ni equilibrados, y él asumió que su trabajo era un cierto tipo de colaboración, de formación y de contribución al aumento del patrimonio general de la familia. Por ello Octavio se sorprendió, pues esperaba mayores y mejores compensaciones económicas por sus tareas y responsabilidades.

“Ese día fue supremamente amargo para mí. Me fui a la casa muy preocupado, tenía deudas y la pensión militar no cubría los gastos y las oportunidades que quería brindarle a mi familia. Así que tomé fuerzas y me di cuenta de que era capaz de hacer muchas cosas y que tenía muchos conocimientos, destrezas y talentos que podía aprovechar.”

Cuenta Octavio que a comienzos de los años noventa advirtió de que los servicios de seguridad privada eran una de las mayores necesidades de Cali, pues la ciudad vivía la agresiva irrupción de los narcotraficantes y de sus negocios en muy diversos ámbitos de la vida económica y cultural.

El aporte del narcotráfico al crecimiento económico de Cali en estos años, constituye una de las hipótesis planteadas por estudios académicos que además advierten que aunque es plausible, no se ha comprobado dada la falta de registros oficiales (Alonso, González, Osorio, Vera y Zuluaga, 2004; Echavarría, Fainboim y Zuleta, 2003). No obstante, el narcotráfico, tal y como lo recuerdan otros empresarios de la ciudad, se convirtió desde finales de los años ochenta en uno de los más importantes catalizadores de los cambios de Cali y del departamento del Valle del Cauca. La Cali cívica, alegre, tranquila y deportiva se transformó, para varios de los empresarios, en una ciudad desordenada y violenta, en la que empezó a reinar un “ambiente general de inseguridad”, haciendo que la gente perdiera los referentes para diferenciar “lo malo de lo bueno, lo ilegal de lo legal”. (Barón, 2016).

“Ingresé a la prestación de servicios de protección privada y mi primer negocio fue una pequeña empresa de escoltas. Algunos de mis compañeros retirados tenían experiencia, armas y salvoconductos. Este negocio creció y se expandió a otros servicios: como conductores, limpieza de hogares, de unidades, seguridad privada no solo personal sino para residencias y urbanizaciones.”

En la segunda mitad de los años noventa, la economía caleña atravesó una profunda crisis, mayor que en el resto del país, como efecto de la salida o disminución de los capitales del narcotráfico; especialmente se afectaron las dinámicas de la construcción y del sector inmobiliario, además del comercio (Alonso *et al.*, 2004; Echavarría *et al.*, 2003).

Al comienzo, la construcción y la compra de propiedades estuvieron al alza: antes de que se expidieran las leyes de



extinción de dominio, los capitales del narcotráfico se dirigían a la compra de bienes raíces, generando aumento en el valor de estos bienes, y reduciendo la rentabilidad de las actividades agropecuarias. Pero, en cuanto se intensificó la persecución al narcotráfico, disminuyó el sector de la construcción y se incrementó, por efecto, la dinámica del sector inmobiliario con la compra y venta de bienes raíces, remates y alquileres.

“Gracias a esto tuve buenos resultados económicos y comencé a ganar dinero. La pensión militar entonces no era determinante para vivir, incluso le presté dinero a Justo porque estaba ilíquido. Por esa época compré mis primeros carros de servicio público, que manejaba mi hermano. Después de un tiempo, la situación de la empresa de seguridad fue cambiando, porque empezó a haber dinero bueno y dinero malo, gente buena y gente mala, y se fue volviendo más problemático y peligroso.

Después de unos años, en 1998, empiezo a ver la posibilidad de una inmobiliaria. Me asocié con unos amigos y empezamos a administrar bienes; a su vez comencé a ver la opción de comprar y vender remates. Durante mucho tiempo me dediqué a comprar y a vender apartamentos y casas.”

Los recuerdos de Octavio van y vienen por diferentes intentos de empresas que inició y abandonó, unos de corta duración, otros de mayor riesgo económico. Pero todos ellos le dejaron beneficios económicos y aprendizajes como empresario. Uno de los negocios que menciona con detalle es un emprendimiento familiar, donde aprendió a exportar frutas, y que abandonó temporalmente por los problemas que este empezó a generar en su familia; para él, la familia ha sido siempre más importante que cualquier negocio.

“Por los años 2000 y 2002, el negocio de las fincas era tan floreciente que teníamos que cuidarnos la espalda. Muchos sabían que exportábamos varios productos y de ellos obteníamos buenos beneficios; teníamos

varios socios que participaban y también recibían buenas ganancias. En una de las fincas nos abordó la delincuencia común y secuestró a uno de mis sobrinos, padecimos como familia durante más de dos meses, hasta que por fin pudimos reunir todo lo que pedían y así pagamos el rescate. Dios es grande y él está sano y salvo, hoy en día tiene dos hijos y vive feliz. Eso y otras cosas acabaron con esos negocios.”

Entre los proyectos que mencionó se incluyeron unos de consultoría inmobiliaria, buses y busetas municipales e intermunicipales, una distribuidora de alimentos, entre otros. Todos se desarrollaron con altibajos, varios de ellos relacionados con robos, inseguridad y violencias, que se sumaron a los movimientos y dinámicas económicas propias del país y la región.

Su experiencia militar sería la base de medidas preventivas y de seguridad de carácter cotidiano que adoptaron todos los miembros de la familia para cuidar de sí mismos y de sus capitales. Ello incluía informes permanentes sobre sus movimientos y actividades, cuidados en la información que brindaban públicamente y a personas y colectivos cercanos; y el entrenamiento para afrontar situaciones como extorsiones, amenazas o un nuevo secuestro.

A pesar de los cuidados generales y de las medidas adoptadas individual y grupalmente por todo el grupo familiar, en una visita a una de sus fincas, una de sus sobrinas fue capturada y llevada a una de las franjas de ladera controladas por uno de los grupos guerrilleros que circundaban la ciudad. Organizaciones y territorios que Octavio conocía muy bien por su origen campesino y su experiencia militar.

Él hizo varios intentos por mantenerse al margen de la situación, porque le preocupaba que los captores lo identificaran y ello no solo pusiera en peligro la integridad y la vida de su sobrina, sino también las de su esposa y sus hijos. Pero fue tal la insistencia de la familia que terminó ayudando a negociar y hacer el pago por su liberación. Él se puso al frente de todas las conversaciones y del recibo y envío de mensajes con los comandantes, así como del tenso momento del intercambio del dinero por su sobrina, que se



produjo en un desolado paraje en medio del frío y la niebla en los Farallones de Cali; así terminaron casi tres meses de incertidumbre y dolor. No pocas veces, en los desvelos producidos por este atroz acto, se cruzaron por su mente ideas y deseos de diseñar algún operativo de fuerza para rescatarla. Pues él conocía bien no solo las tácticas militares para lidiar con un caso como este, sino también de las redes, mercenarios e insumos que podría necesitar para realizarlo con mínimas probabilidades de fallar.

Este segundo secuestro produjo una nueva crisis de incertidumbre, miedo e inestabilidad en el grupo familiar, que llevó a la salida de varios de sus miembros a otras ciudades y países, y que causó traumas psicológicos que su sobrina aún no logra superar. Nos cuenta que hace un par de años, cuando ella había dado grandes pasos y se animaba a rehacer su vida, se encontró frente a frente con algunos de sus captores, que la saludaron tranquilamente, mientras departían en un centro comercial. Ello le produjo una nueva decaída y nuevos temores y preocupaciones para toda la familia.

Desde hace unos años, Octavio empezó a sufrir de una rara enfermedad; según han diagnosticado los médicos, es consecuencia de los tiros y granadas a que estuvo expuesto por varios años de guerra en la selva. El momento más complicado fue cuando un día no pudo caminar, situación que se extendió por tres meses; pero, con la perseverancia que lo caracteriza y con la ayuda de su familia, se sometió a diferentes terapias y tratamientos que lo llevaron a su recuperación. Esta situación lo ha llevado a renunciar a varias de sus empresas, a delegar responsabilidades en otros familiares y empleados, y a concentrarse en el negocio que más quiere: la exportación de frutas.

Hoy hace todo lo que está a su alcance para vivir con plenitud la vida, tratando de que el tiempo y el olvido le ayuden a aliviar el dolor y los tormentos que le producen los recuerdos y las pesadillas que aún en las noches persisten, confrontando y apropiándose de su pasado. Ahora, contarle es también un alivio, y es algo que le ayuda a disfrutar y valorar el presente y el futuro que sigue cultivando para sus hijos, nietos y su familia en general. Con

desazón nos cuenta que también trata de mantenerse distante de la crítica situación de inseguridad y de criminalidad que se vive en Cali y la región, producto no solo de la desmovilización de la guerrilla de las FARC, con el reciente Acuerdo de Paz, sino también de la rampante pobreza, la corrupción y la crisis moral, que de inmediato lo transportan a esos lejanos y olvidados lugares que hace décadas, por primera vez, tuvo que presenciar.

“Creo que hoy en día, si persistieran este tipo de situaciones [de guerra], se pueden corregir basándose en la Constitución. Pero sí hay una cosa curiosa que he pensado aquí, y creo que es muy importante... es que no solo los guerrilleros requieren pasar por un proceso serio de reintegración. También los soldados: nosotros, los militares lo necesitamos, porque el Estado es tan injusto que ni siquiera es capaz de reinsertarlo a uno a una sociedad que uno no reconoce, después de vivir durante 20 años con un arma en la mano y con el enemigo al frente, usted, en sí, está entrenado para matar...”



**Blanca la marea, roja la zona,
turbia la adversidad**

Marcelo Franco



Agradecemos de corazón a Luis Alberto Rosas, protagonista de esta historia, por permitirnos entrar en su vida, en su historia y enseñarnos el valor de la perseverancia. También quisiéramos resaltar la labor que realizan desde el sector pesquero en Tumaco, la empresaria Rosa Mattar y las asociaciones de concheras y piangueros que lideran Ever, Luz María y Martha, quienes por motivos de nuestros tiempos y espacios no fueron incluidos en este libro, pero tienen valiosas historias de resistencia, constancia y lucha, logrando sostener sus emprendimientos y empresas en este contexto convulsionado por la guerra. Infinitas gracias a ellas y ellos por el tiempo y las historias que nos compartieron, su labor diaria construye patria e impacta positivamente a grupos de mujeres y hombres ante las escasas oportunidades sociales del territorio, sabemos que quedamos en deuda con ustedes.



Empecé pelado, desde abajo. Hace 28 años que estoy en esto, 12 como empresario. Hoy en día soy técnico, financiero, vendedor, cobrador, vigilante: Luis Hernando Rosas, todero.

Somos unas veinticinco empresas produciendo en Tumaco. Hay 1.698 hectáreas que se podrían utilizar pa' camaronicultura, pero sólo 420 están activas. Todos somos inversores locales, aquí no ha llegado nadie con plata de afuera. Primero por el tema social, todo el mundo apunta a que es inseguro.

Nosotros estamos estigmatizados como zona roja. Aquí no van a venir inversionistas fácilmente. Mire no más lo que pasó anoche: mataron a tres personas en pleno centro, a las siete de la noche. Eso no es garantía pa' nadie. Hoy estamos pero no sabemos qué nos puede pasar mañana.

Para nadie es un secreto que hemos vivido de guerra en guerra. Tumaco es lugar propio para exportar droga. Los paramilitares se peleaban esos territorios con la guerrilla, la guerrilla con los narcos. En medio de esa guerra, ¿quiénes quedamos? Los civiles de a pie.

Entonces, había dos grupos de paramilitares que eran las Águilas Negras y los Rastrojos. Vinieron las FARC y empezó la guerra ¿Quién ganó? Ganaron las FARC ¿Quién se quedó con el poder? Las FARC. Luego, ¿a quién había que rendirle pleitesía? A las FARC. Todo el mundo contento con las FARC. Como quiera que sea, uno tiene que adaptarse al cambio.

Llegaron a ejercer tanto poder que, a cada pueblo, iban y ponían en conocimiento pues a todos de los robos, de los adulterios, de los pleitos. Imponían multas: por uso de altoparlantes, porque hizo un disparo, por maltrato a la mujer, por mil cosas. Y eso es orden, que lo vinieron a ejercer ellos. Por ausencia de Gobierno, uno tenía que amoldarse a ellos, a sus normas y sus leyes. ¿Que no se respetan? Entonces, estás muerto. Así de sencillo.



Hombres piangueros en lancha entre los manglares de Tumaco. Foto: Mónica Castillo.

Me sonó la idea y dije listo, hagámosle

Yo llegué por primera vez a Tumaco cuando todavía estaba estudiando en Ricaurte, en el colegio. Tomé la decisión de venir a pasar un fin de año donde un tío. Él se iba a quedar solo y me propuso: “Quédate y me acompaña, hermano”. Me sonó la idea y dije listo, hagámosle. Entonces me fui, traje mis notas y terminé mi 11 en un colegio aquí.

Vine a esta empresa, que en ese tiempo se llamaba Idelpacífico y exportaba camarones a Estados Unidos. Conseguí empleo sin ningún tipo de contrato. Era adicional: el tiempo que había proceso venía y trabajaba. Pero, simultáneamente, salió una convocatoria en la Universidad de Nariño, pa' hacerse tecnólogo en hidroicultura. Entonces, empecé a estudiar mientras trabajaba.

Justo después de graduarme, el gerente de esta compañía renunció y se fue a laborar pa' una empresa de Buenaventura. Me propuso ir a trabajar con él, a Guapi, en la planta de proceso de harina de pescado. Mejor pago: por cada 30 días, me daban ocho de descanso, tiquetes ida y vuelta. No lo pensé dos veces y pa' Guapi arranqué.

Yo creía que eso era en Guapi, pero de Guapi era como a una hora por lancha, en unos esteros. Era una fábrica de harina de pescado que se llamaba Propal, Proteínas del Pacífico. Ahí trabajé dos años y medio, muy buena experiencia. Había empezado a conocer y, así nomás, a amar esta tierra, un mundo muy distinto al que había sido el mío. Selva que entra al mar, gente solidaria en las buenas y las malas, riqueza natural por donde la busque...

Recibíamos barcos de carduma o de anchoeta. Trabajaba 30 días corridos, las 24 horas, y me venía ocho días a disfrutar. Cuando tenía mi abuelita viva, yo iba primero a verla a ella. Estaba tres días en Ricaurte y luego me devolvía aquí a Tumaco.

En esos ires y venires me enamoré y ahí el tema empezó a cambiar rotundamente, porque una novia de ocho días y 30 de descanso era muy bravo. Los días se me iban volando, me tocaba quitarle tiempo a la abuela y ya últimamente me tocaba ir con ella pa' aprovechar a las dos. Pero el rato era muy corto, llegó un momento en que ya no más.

En Guapi era asistente del gerente de producción, un ingeniero peruano, un señor de 72 años que permanecía más en Cali que en otra parte. Yo me apropié de mucho conocimiento, además porque él me delegó todo, al punto que después fue un problema porque los dueños no me querían dejar venir. Me aumentaron el sueldo, me querían retener. Pero la decisión estaba tomada.



La bendita naturaleza te lo da todo

Yo no le había hablado del tema a mi novia y no sabía que ella tenía pensado irse tan rápido, a estudiar. Llegué a Tumaco y ella se fue pa' Cali como a los 10 días. Me quedé sin trabajo y sin novia, otra vez cosa fregada.

A buscar trabajo nuevamente. Tenía muchas amistades dentro del gremio de los camaroneros, empecé a quedarme con ellos haciendo cosechas, transporte de alguna cosa, inspecciones de pesca aquí en la planta.

Fueron seis meses sin trabajo fijo, sólo cosas ocasionales. Pero eso me dio la oportunidad de saber cuando aquí, en la planta, hubo una vacante pa' volver a ingresar. Me contrataron otra vez, ya no como supervisor sino como jefe de planta. Era tecnólogo, tenía más experiencia.

Empezando trabajo nuevo apareció otra vez la Universidad de Nariño, ahora con el tema de la profesionalización de la carrera. Ingreso a trabajar nuevamente en la empresa e ingreso a terminar mi carrera como ingeniero en producción acuícola. Además, con un nuevo rol, padre de familia, porque ese Diciembre mi novia había vuelto y quedó embarazada.

Yo había descubierto que, afortunadamente, en el Pacífico nosotros tenemos un sitio prodigioso. Nada más madrugar, ir al mar y ya se trajo el pescado, la mejor proteína del mundo. Con un poco que se venda, ya se consigue el plátano y el arroz. Pero, también, es así que la gente vive el hoy. Nadie está pensando qué pasará mañana. La bendita naturaleza te lo da todo.

Un pelao con muchas ganas de salir adelante, muy piloso

Con el tiempo me convertí en ingeniero y pasé a ser el administrador de la planta. Traje a trabajar conmigo a mi hermano menor, el más chico de toda la gallada en su época. Tenía como 18 o 19 añitos. Un pelao con muchas ganas de salir adelante, muy piloso. Era mi adoración. Él me decía "Papá" a mí. Mi papá murió cuando él tenía siete añitos,

muy poco lo recordaba, y yo ejercí esa labor de ser el padre de ese pelaíto. Y me enamoré de él.

Era un emprendedor verraco, yo le decía una cosa y no necesitaba repetírsela una vez más porque ya iba y lo hacía. Me dejaba pero abismado. Se dio la posibilidad de que él viniera a esa edad a una de las fincas camaroneras y él se lo tomó, por supuesto, a pecho.

Alcanzó a trabajar ocho meses. Lo mataron. ¿Y lo mataron por qué? Porque él descubrió un robo continuo en la finca, un robo continuo de camarón. Yo, en esa ocupación que estaba, no le paré bolas cuando me dijo que quería hablar conmigo. Le dije hablamos mañana, después de la cosecha. Listo, me dijo, y se fue.

Fue la última vez que lo ví vivo, porque ya al otro día fue que llegué de trabajar como a eso de las 10 de la noche y a las seis de la mañana lo traían en una canoa, muerto, porque le dispararon durante la noche.

Todavía hoy me lo llevo en la mente: si mi hermano estuviera vivo, las cosas serían diferentes. Hasta me dijeron que yo corría peligro, por haber llegado a esa finca con él, pero nunca me ha pasado nada. No tengo rencor con nadie. Desde el momento que a él lo mataron, ya los perdoné. Me he rehusado a conversaciones para saber quién fue, quién pudo haber sido.

Hoy en día hasta le estoy dando trabajo a uno de ellos, no sé y no me interesa saberlo. Pero la cuestión me abrió los ojos, fue como un primer cimbronazo pa' no ser tan ingenuo con lo que estaba pasando alrededor.



Terminé gerenciando la empresa cuando estaba ya en las últimas

Pa' peor fue que vino el desastre, del 98 al 2000, con el virus de la mancha blanca. Tumaco quedó en cero. La mancha blanca vino fue a afectar las camaroneras. Las camaroneras estaban tocadas del dinero maldito y, yo creo, Dios las castigó ahí pues. Había como 30 camaroneras entonces, fue la gran acabose. Todas se quebraron. Se había montado una de las empresas más grandes de Sur América, que se llamaba Maragrícola, con toda la tecnología colombiana e israelita. Todo eso desapareció.

Al tiempo apareció la palma como alternativa. Cogió fuerza, la palma. ¿Por qué? Porque fueron inversionistas que no son de aquí, los mismos que las tienen en los Llanos. Pero también a ellos les llegó no sé qué plaga y los acabó a todos. Todavía no se recuperan del totazo.

Nosotros veníamos súper bien, trabajábamos todos los días dos turnos de 12 horas, exportábamos siete toneladas mensuales a Estados Unidos.

De repente, la gente sembraba y ¡prank! el camarón se moría. Los dueños trajeron tecnología, también unos asesores de Estados Unidos y todas esas cosas, porque la empresa tenía músculo financiero. Pero no fueron capaces y tiraron la toalla.

Dejaron todo. Pues quédese cuidando las cosas, fue lo que me dijeron. Terminé gerenciando la empresa cuando estaba ya en las últimas.

La camarонера dejó de llamarse Idelpacífico y se convirtió en CI Balboa S.A., ahora de unos inversionistas de Medellín. Me quedé encargado de los activos. Es decir, ellos dejaron vigilantes en las empresas, que eran tres: esta planta de proceso, un criadero de larvas de camarón y una finca camarонера. Entonces yo me encargaba de hacerles la nómina, pasarla, pagar los impuestos, pagar la energía, los servicios, estar atento a muchos requerimientos de las autoridades.

Entonces ya maquilábamos y pagaba mil pesos por kilo terminado

Entonces ahí es donde aparece el tema de que había clientes. El consumidor no necesita saber que los pollos murieron, él necesita carne de pollo. Lo mismo con el camarón. Y los clientes, al teléfono: “¿Por qué no me manda?” “No sé qué va a hacer pero me lo consigue.”

La alternativa es que yo iba a traer camarones de Ecuador, de contrabando. Porque en Ecuador pasó lo mismo que pasó acá, pero allá hay una diferencia enorme es que Ecuador es una potencia en la camaronicultura. Ellos tienen investigación y empezaron a resistir, poco a poco. A veces paraban mientras establecían una nueva tecnología. Eso se llama mejoramiento genético de la larva, se hace pa’ que puedan resistir a la enfermedad, pa’ que sean bio-resistentes.

Mientras ellos salían adelante nosotros todavía estábamos hundidos en la quiebra. Yo les compraba a las camaroneras de Ecuador poquito, procesaba aquí y mandaba a Bogotá. Le pedí autorización al gerente liquidador de la compañía, que me permitiera usar las instalaciones pa’ poder hacer lo que yo estaba haciendo. Porque a mí me siguieron pagando no por un contrato sino como una bonificación, eso fue entre 2003 y 2005.

Casi todas las mujeres de la planta de proceso se habían quedado sin trabajo. Había 120. Entonces les dije: “Lo que puedo hacer es que invierto la plata trayendo el material, lo transformamos y cuando yo lo venda a Bogotá y me paguen, yo les pago a ustedes”. Eso no era así, pobres mujeres, me demoraba mes y medio en pagarles. Cuando les pagaba quedaban contentas. Era la única forma, no había más opción. En ese trabajo estuvimos por ahí unos dos o tres años largos.

Como no me permitieron seguir en esa empresa, entonces yo fui y me alquilé otra planta de proceso pa’ poder trabajar con ellas. Entonces ya maquilábamos y pagaba mil pesos por kilo

terminado. Lo poquito que iba trayendo y procesando, como iba saliendo, yo lo iba despachando pa' Bogotá.

Llegó un momento que me visitó uno de los supervisores de Medellín pa' ver cómo estaban las instalaciones y le dije: "Ayúdeme a ver si me pongo a procesar aquí, yo les sostengo esto a los inversionistas pa' que no me manden plata". Ya habíamos estandarizado los envíos de dinero, alrededor de 10 millones de pesos que tenían que mandarme mensualmente pa' sostener esto.

Él me dijo: "Es que eso no se puede decidir así no más, tocar hablar con toda la junta directiva. ¿Por qué mejor no te vas y te apareces allá, hermano? No digas que yo te dije, te apareces como si hubieras llegado de viaje y vemos qué pasa."

Me fui y me recé como siete padrenuestros y otros tantos avemarías. Llegué a la junta a la hora que él me dijo y les compartí la propuesta. En menos de cinco minutos ya le estaban diciendo: "Encárgate de hacer el contrato con Luis pa' que el hombre se encargue de eso". ¡Qué felicidad tan grande! Eso es como cuando uno se gana la lotería.

Me volví a Tumaco, me traje a todas mis mujercitas pa' acá y les organicé esto aquí. Yo había pedido sólo la planta de proceso, pero me entregaron el laboratorio de semillas, la finca camaronera de cría y engorde, y la planta de proceso.

Hicieron el contrato y me lo mandaron pa' que lo revisara. Lo miré y todo estaba bien, claro que cuidándose, pues pa' que no me quedase con la propiedad.

Firmé ese contrato, lo autentiqué, lo mandé y me quedé en posesión. Yo tenía tres meses más que me pagaban ellos mientras yo me ubicaba.

No quedaba sino que arrancar otra vez a producir. Me hablé con el que me estaba enviando el camarón desde Ecuador y le dije que necesitaba más producto porque ahora debía facturar más plata. "¿Quiere más producto? Mándeme más plata", fue su respuesta.

Sin saber qué hacer, me fui a ver cómo estaba la finca camaronera que queda por agua a una hora de lancha. Cuando llego, los vigilantes me dicen: "Oiga, don Luis, ¿qué hacemos

con esas piscinas? Eso está full de pescado. ¿Por qué no cosecha y vende ese pescado?”

Oiga sí, eso podía ser negocio. Pero había que vaciar y llenar de nuevo todas esas piscinas. Llenar una piscina de 10 hectáreas hoy en día cuesta alrededor de 600 mil pesos, supóngase que en esa época hubiera costado la mitad, porque era más plata, y de dónde saco yo plata pa' volver a llenarla.

Decidí que íbamos a hacer las pruebas con una piscina, arriesguemos a ver qué pasa. A esa piscina le saqué como siete, ocho toneladas de tilapia. La más grande la fileté y la mandé pa' Bogotá, la más pequeña toda la vendí en el mercado local.

Y lo más bonito del mundo fue que, cuando la llenamos, entraron como quinientos kilos de camarones y se quedaron en la piscina. ¡Sólo el camarón pagaba todo eso! Entonces la pregunta estaba en decir, bueno, ¿de qué murió durante la mancha blanca, si ahora el camarón salvaje sobrevivía ahí y no se moría?

Me fui pa' un congreso en Ecuador. La gente estaba reactivando otra vez las camaroneras, estaban con una sobrevivencia entre el 17 y el 25 por ciento. Que el agua mejorada, que los probióticos, un mundo de cosas.

Vine de allá con unas perspectivas enormes. Contraté una persona pa' preparar medianamente las piscinas. No tenía dinero con que pagarle al señor, pero la técnica apropiada de preparación la hice a la medida de mis capacidades. Me volví pa' Ecuador. Contraté a un señor en Guayaquil, le dije: “Lléveme al mejor laboratorio pa' comprar larvas. Me voy a arriesgar comprando algo bueno.”

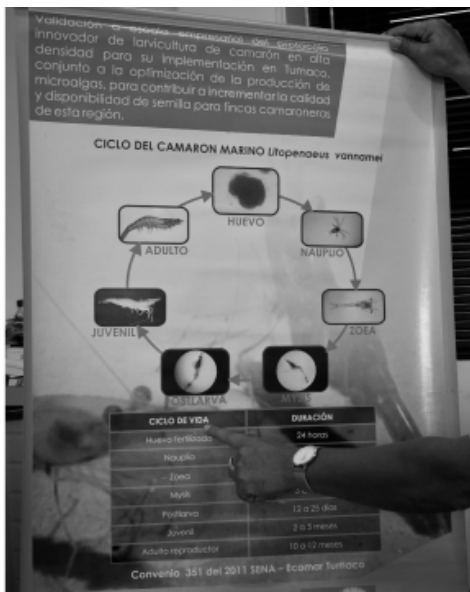
Empezamos a sembrar y después de un mes ahora sí necesitábamos algo de alimentico. Lo trajimos de contrabando, otra vez desde Ecuador, como pudimos. Así empecé a dejar de comprarles a ellos, porque ya empezamos a producir nuestros propios camarones. Todo lo que producía estaba vendido. Eso fue del 2006 al 2007.



Cien millones de pesos cada seis meses, eso yo lo hago

Cuando yo compraba camarón de Ecuador, aquí vinieron y extorsionaron a un muchacho, un señor que vendía el camarón y lo extorsionaron aquí afuera, en el muelle. Llegó el punto en que el señor me pidió que le anticipara una plata para dárselas a ellos, yo se la anticipé, pero dije voy a parar un tiempo. De hecho paré, paré un mes.

El señor, en vista de que no le compré más, fue y se puso a vender en el comercio. En el comercio volvieron los mismos y lo extorsionaron de nuevo. Cada que vez que él volvía, venían y le pedían plata. El señor se mamó. Fue, denunció y la policía le prestó la seguridad. Se camuflaron los policías entre los trabajadores y pudieron caerles cuando lo estaban extorsionando. Los cogieron en flagrancia, los jodieron.



Luis señalando el ciclo del camarón marino. Foto: Mónica Castillo.

El hecho es que ese tema quedó como desapercibido. Había pasado como un mes ya, sin embargo, cuando llega uno de los agentes del CTI, de civil, a decirme que me iba a comentar algo. Que durante su inteligencia había detectado que a mí me iban a matar. Yo le dije: “¿Y por qué? Primero, no tengo enemigos, no he hecho nada malo, a nadie le debo.” Entonces me recordó ese episodio que pasó y me dijo: “Ellos lo tienen incriminado de que usted fue el que sapió para que a ellos los cogieran.”

“El único implicado es usted, me han puesto una orden para darle protección. Me mandaron acá para eso”. El señor estaba en la cárcel, pero daba la orden de que siguieran extorsionando. Esos momentos le ponen a uno como difícil la cosa. Todo se le derrumba, uno no sabe si salir corriendo o qué.

¿Qué hice? Desistí del acompañamiento. Definitivamente todos ustedes tienen la razón, le contesté, pero no debo nada ni yo lo hice ni lo mandé a hacer. “Entonces, fírmeme los documentos del desistimiento.”

No volví a salir del pueblo. De mi casa al trabajo y del trabajo a mi casa, por un tiempo indeterminado. Como al mes, al señor le dieron casa por cárcel. El man que me había visitado me seguía informado, que tin que tan. Y yo cada vez salía menos.

En alguna época me tocó quedarme como 15 días en una finca, muchas veces comiendo pescado y plátano y nada más, sin aceite y sin sal. Pero lo tenía todo claro, de Tumaco no me voy hasta no dejar todo hecho.

En el 2009 había utilizado la opción de compra de la planta. Los dueños querían vender, vinieron y me hicieron la propuesta. Eso es mucha plata, les dije. Yo no la tengo. “¿Cuánto tiene?” “No, yo tengo doscientos millones de pesos y qué hago con doscientos millones.” “Sirve para la cuota inicial, el resto lo va pagando, que usted está produciendo bien.”

Había conseguido más mujeres pa’ pelar, ya la finca producía súper bien, yo venía progresando. Además seguía comprando en Ecuador, el negocio daba plata.

Me hicieron una propuesta. Según las cuentas que yo hacía podía pagar la finca en cinco años. Porque es que los números y

el papel aguantan mucha cosa. Yo soy capaz de pagar eso, dije. Cien millones de pesos cada seis meses, eso yo lo hago.

Hagámosle, y me metí a eso, además ya tenía cupo en el banco y me habían dado un cupo bueno. Uno no mide las consecuencias, es decir, el tema de endeudarse es una cosa horrible. La plata se va haciendo como una bola de nieve que usted no ve.

Al principio todo fluía, pero después llegó un punto en el que yo tenía 250 millones de pesos de deuda en el banco y dos cuotas vencidas con la gente de la finca, entonces ya la cosa se complicó.

Treinta y tres, treinta y tres y yo quedé con treinta y cuatro

Aquí no queda otro camino que buscar a alguien que me ayude, pensé. ¿Quién? Entonces me fui pa' donde el señor que me estaba comprando toda la producción y le hice la propuesta: “Venga yo le vendo mi parte, le vendo cincuenta por ciento de esto y seamos socios”.

Al hombre le gustó, “Qué bien, hermano”. Parecía que el negocio venía fluyendo hasta que, de golpe, se frenó: “Sabe, pero no. La cosa es que más bien esta noche yo hablo con mi esposa y mañana le digo a ver qué hablamos, porque yo solo no tomo una decisión de éstas”.

Nos sentamos los tres y hablamos. Primero él: “Ella sí está interesada, pero quiere hablar contigo”. Entonces habló la esposa del hombre y me dijo: “Nosotros hemos pensado que, si nos metemos a este negocio, nos metemos los tres”. “Ah bueno, listo, los tres. No hay problema, nos metemos los tres con partes iguales”. Acepté.

Treinta y tres, treinta y tres y yo quedé con treinta y cuatro. Eso fue en el 2011. Los socios son de Bogotá y hasta ahora

estamos dentro de esa sociedad. Ahora somos Tumaco Fish.

A mí siempre me ha gustado trabajar en equipo y los equipos que yo he hecho son alianzas productivas. Yo le doy la larva, le doy asistencia técnica, le doy el alimento y usted entrégueme todo el camarón a mí. Así nos terminamos por convertir en una empresa social. Todas organizaciones de base, unas dedicadas a producir y otras a transformar.



Manglares, zona rural de Tumaco. Foto: Mónica Castillo.

Tumaco maneja matriarcados muy marcados

Las 145 mujeres que trabajan conmigo están organizadas como una asociación. Ellas tienen su propia oficina, se las hice pa' que trabajen su parte contable, su rol de empresarias.

Tumaco maneja matriarcados muy marcados, es decir son las mujeres las que lideran todo el tema del hogar. Ha sido una buena experiencia trabajar con ellas, me da ese respiro sano y claro de que esa plata no va a parar a una cantina. Y por más que digan que nadie me toca, no, yo he tenido amenazas aquí donde me ve. Pero claro que las que me protegen son las mujeres. Ellas no sólo son, como decimos aquí, un blindaje. Son las voces que me hacen entender qué está pasando, quién se está metiendo con quién.

Algunas son desarraigadas, otras desprotegidas o vulnerables por temas del conflicto. Muchas tienen a sus hijos metidos en ese sistema oscuro, algunos se han vuelto, qué le digo, gatilleros o sicarios, otros trabajan a nombre de alguna organización.

Eso para nosotros es un tema militar. No nos hemos puesto en la mira de ellos, gracias a Dios, pero sí hemos tenido que presenciar cosas horribles. Cuando una señora viene llorando a que le ayudemos para poder enterrar a su hijo, pero sabe qué dice: "Gracias a Dios eso terminó". Una persona que viene y habla a carta abierta, gracias a Dios mataron a mi hijo, se acabaron los problemas, es una cosa terrible.

Hoy, Tumaco es el emporio de la coca. Nosotros leemos que hay redes del narcotráfico que se están peleando rutas o que tienen deudas que se están cobrando con la vida. Son retaliaciones entre grupos armados muy fuertes, del tamaño de carteles. Aquí no hay pandillas, aquí hay gente armada con fusil, no andan con cualquier chambón.

¿Cómo funciona esto? Un industrial o un empresario de la coca a usted, que está sin trabajo, le dice: "Usted tiene tierra, es lo único que tiene. ¿Por qué no la puede trabajar? Porque el gobierno no le hace prestamos, no tiene asistencia técnica. No

tiene nada, solo el pedazo de tierra. Yo le doy la plata pa' que usted compre la semilla, le mando a un técnico pa' que usted siembre y luego esa coca es mía.”

Ellos le dan todo pa' que usted haga el negocio y le tienen asegurada la compra. Desde que empezó el proyecto, ya tiene trabajo pa' él y toda su familia. Cuando empiecen a cosechar tienen que devolver la plata que le dieron pa' inversión y le va quedando dinero pa' ellos. Es un negocio muy rentable, cinco cosechas al año, un flujo de caja muy alto. ¿A quién no le gustaría tener un negocio con ese margen de utilidad?

Yo no quiero ser parte de una cadena mala, pa' nada

Ahora hablan de campañas de erradicación, de dos formas: una, voluntariamente; y la otra, a la fuerza. Pero ninguna de las dos llegó acompañada de un plan: es decir, si yo le estoy diciendo que no cultive más coca le debería proponer que ahora cultive coco. ¿Sí me entiende? O cultive otra cosa, pero no. Siempre se ha hecho sólo por ese afán de cumplir cifras.

¿En qué termina eso? En que voy a evacuar y me voy a la zona urbana. A ser un problema, a tener que vivir de la extorsión o del raponeo. Aquí donde usted saque la cabeza hay policías y soldados, pero la pelea no es con ellos. La pelea es por un territorio narco o una retaliación de deudas. El uno mató al otro y, por venganza, se siguen matando.

En 2017 nosotros tuvimos 47 días de paro agrario. Fueron 47 días con ese bendito paro que no se sabía si era campesino, guerrillero, camionero. Era de todos. Dizque la guerrilla derribó 11 torres en el municipio y fueron otros 15 días sin energía. Si usted suma 47 más 15, nosotros estuvimos más de 60 días

sin poder trabajar a pleno. De los 12 meses del año nosotros trabajamos menos de 10, pero tuvimos que pagar lo mismo en impuestos que la empresa que está en Bogotá, donde la energía



Camarones recién pelados. Foto: Mónica Castillo.

no se le va ni cinco minutos porque se arma un problema grande.

Los empresarios están hechos es pa' hacer dinero. Yo aquí no estoy por dinero, estoy es pa' hacer algo. Uno quiere hacer más pero no puede, pa' mí eso es un tema difícil. Me duele cuando viene la sobrina, la prima o la tía de una trabajadora de aquí y dice que la señora no llegó porque le mataron al esposo.

Me han hecho propuestas de todo, ¡uf!, me han hecho propuesta pa' que invierta en pirámides, también pa' que reciba plata y sea parte del negocio de ellos. Yo no quiero ser parte de una cadena mala, pa' nada. Es un principio que me tengo grabado en la vida.

Es todavía hoy el día que si alguien viene y me dice: "Señor, usted tiene que pagar una cuota de cinco millones de pesos

porque vamos a hacer esto o si no lo matamos". Pues si yo veo que el mensaje viene de una zona donde realmente son ellos los que mandan o que es miembro de una fuerza oscura muy potente, yo lo haría.

Distinto si veo que son personas de delincuencia común o una extorsión vaga, pero acá hay estructuras muy fuertes que han demostrado a comerciantes que no se han alineado que tienen la capacidad terrorista.

Yo soy un poco filantrópico, en ese sentido. ¿Qué tengo que dejar aquí? Tengo que dejar, como el lápiz, su mejor trazo. El mejor trazo que voy a dejar es gentes útiles, que son mis hijos y las mujeres con las que trabajo. Eso me debe de inmortalizar, de alguna u otra manera. Y a eso le apuesto.

Referencias bibliográficas

Prólogo

BEJARANO, Ana María y Renata Segura, (1996) “*El fortalecimiento selectivo del Estado durante el Frente Nacional*”. Controversia, No. 169, Bogotá--: CINEP, noviembre.

FRASER, Nancy (1997) *Justice Interruptus: Critical Reflections on the “Postsocialist” Condition*, New York, Routledge.

GONZÁLEZ, Fernán (2003), “*¿Colapso parcial o presencia diferenciada del Estado en Colombia?: una mirada desde la historia*”, Colombia Internacional, No. 58, Bogotá: Uniandes.

Introducción

Antze, P. y Lambek, M. (1996). *Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory*. New York: Routledge.

- Barón L.F., (2016) “*Se nos salió de las manos*” *Memorias de empresarios sobre el conflicto armado en el Valle del Cauca*. Revista Tabula Rasa. Bogotá - Colombia, No.24: 263301, enero-junio 2016
- Calveiro, P. (2012). *Apuntes sobre la tensión entre violencia y ética en la construcción de las memorias políticas*. CELS, Centro de Estudios Legales y Sociales. Recuperado de <https://www.cels.org.ar/web/wp-content/uploads/2016/05/Calveiro.pdf>
- CNMH --Centro Nacional de Memoria Histórica-- y University of British Columbia. (2013). *Recordar y narrar el conflicto: Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá: CNMH.
- Escobar, Arturo. (1999). *Antropología y desarrollo*. Revista Maguaré, 14: 42-73.
- Fundagán –Fundación Colombiana Ganadera–. (2009). *Acabar con el olvido*. Bogotá: Fundagán.
- Giraldo, M. L., Gómez, J. A., Cadavid, B. E., y Medellín, M. G. (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto*. Colombia, 2000-2010. Revista Interamericana de Bibliotecología, 34(3), 339341.
- Gramsci, Antonio. (1996). *Prison Notebooks*, vol. 2. New York: Columbia University Press, Halbwachs, M. (2004). *La Memoria Colectiva*. Zaragoza, España: Prensas Universitarias.
- Hunneus, S. (2011). *Revisión conceptual en torno a las redes de directorio y de propiedad para una sociología de las elites económicas*. Serie de Políticas Públicas UDP. Documentos de Trabajo N° 3.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI Editores.

- Kirwan, C.B., Ashby, S.R. y Nash M.I. (2014) *Remembering and imagining differentially engage the hippocampus: a multivariate fMRI investigation*. *Cognitive Neuroscience*, 5(3-4), 177-85. Recuperado de <https://pdfs.semanticscholar.org/4a46/1d01868277eac077ae34e39a7846926e8253.pdf>
- Latour, B. (2007). *Reassembling the social: an introduction to actor-network-theory*. Oxford/Nueva York: Oxford University Press.
- Law, J. (2009). *Actor network theory and material semiotics*. En: B. Turner (Ed.), *The new Blackwell companion to social theory*. Chichester: John Wiley & Sons. Recuperado de <http://public.eblib.com/EBLPublic/PublicView.do?ptiID=416539>
- Morin, Edgar (2008). *On complexity*. Cresskill, N.J.: Hampton Press. Prigogine, Ilya, y Stengers, Isabelle. (1997). *The End of Certainty*. New York: The Free Press.
- Negri, Antonio y Hardt, Michael. (2009). *Commonwealth*. Harvard University Press. Cambridge.
- Nietzsche, F. (2000). *De la utilidad y de los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: EDAF.
- Nora, Pierre. (2001). *Entre mémoire et histoire*”, *Les lieux de mémoire*, t. 1, La République, páginas 23-43. París: Gallimard. Riaño, Pilar. (2006). *Jóvenes, memoria y violencia en Medellín: una antropología del recuerdo y el olvido*. Medellín: Instituto Colombiano de Antropología e Historia Icanh y Editorial Universidad de Antioquia.
- Ricoeur, Paul. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Searle, R.J. (1997). *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós.
- Schumpeter, J. A. (2003). *The theory of economic development*. En J. Backhaus (Ed.), *Joseph Alois Schumpeter*.

- Entrepreneurship, Style and Vision (páginas. 61-116)
Dordrecht, NE: Kluwer Academic Publishers.
- Valdaliso, J. y López, S. (2000). *Historia económica de la empresa*. Barcelona: Crítica
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Varela, Rodrigo, y Bedoya Arturo, Olga Lucía. (2006). *Modelo conceptual de desarrollo empresarial basado en competencias*. Estudios Gerenciales, 22(100), 21-47. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-59232006000300001&lng=en&tlng=es.

1. “Sembrando Esperanzas”

- Alta Consejería para el Posconflicto, Derechos Humanos y Seguridad. (2017). *Programa Nacional Integral para la Sustitución de Cultivos Ilícitos*. Recuperado de <http://especiales.presidencia.gov.co/Documents/20170503-sustitucion-cultivos/programa-sustitucion-cultivos-ilicitos.html>
- Alto Comisionado para la Paz. (2016). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. Recuperado de <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/Paginas/inicio.aspx>.
- Arboleda Montaña, N. (2008). *La palma africana en el Pacífico colombiano: su ilegalidad, consecuencias y violación de derechos territoriales*. Revista Luna Azul, (27), 113-126.
- Arocha Rodríguez, J. (1999). *Obligados de Ananse: Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Colecciones CES.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2016). *Recordar y narrar el*

conflicto: herramientas para reconstruir memoria histórica.
Bogotá, Colombia: CNMH.

- Cotrina Tobos, L. N. (2013). *El cultivo de palma como modelo de apropiación de la tierra. Caso del Magdalena Medio (1998-2010)*. (Tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Cuesta, I., Mazoldi, G. y Durán A. (2017). *Mujeres y la economía cocalera en el Putumayo: roles, prácticas y riesgos*. Fundación Ideas para la Paz. Recuperado de <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/5a21a1163faf3.pdf>
- ElEspectador.com (2014, octubre 7). “*Radiografía de los paras en Nariño*”. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/radiografia-de-los-para-narino-articulo521119>
- ElTiempo.com (2017, abril 23). “*La guerra que se libra por Tumaco, la nueva capital de la coca*”, Recuperado de <http://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/guerra-por-tumaco-por-la-coca-80626>
- Fedepalma. (2016a). *La palma de aceite en Colombia*. Recuperado de <http://web.fedepalma.org/sites/default/files/files/Infografía%20General%20de%20COLOMBIA.pdf>
- Fedepalma. (2016b). *La palma de aceite en el Departamento de Nariño*. Recuperado de [http://web.fedepalma.org/sites/default/files/files/infografia_narino\(1\).pdf](http://web.fedepalma.org/sites/default/files/files/infografia_narino(1).pdf)
- Fundación Paz y Reconciliación. (2014). “*La ciudad de Tumaco. Una historia de recomposición de actores en el territorio*”. Recuperado de <http://www.pares.com.co/wp-content/uploads/2017/02/Estudios-deSeguridad-Tumaco.pdf>
- García Reyes, P. (2011). Tierra, palma africana y conflicto armado en el Bajo Atrato chochoano, Colombia. Una lectura desde el cambio en los órdenes de extracción. *Estudios Socio-Jurídicos*, 16(1), 209-244.

- Goebertus, J. (2008). *Palma de Aceite y Desplazamiento Forzado en Zona Bananera: «trayectorias» entre recursos naturales y conflicto*. Colombia internacional, (67), 152-175.
- Instituto de Ciencia Política Hernán Echavarría Olózaga, ICP. (2017). *“Una apuesta por la competitividad de Tumaco. Diagnóstico y recomendaciones de política pública”*. Bogotá: ICP.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi, IGAC (2016). *Tumaco, uno de los municipios nariñenses en los que renacerá la paz*. Infografía. Recuperado de <https://noticias.igac.gov.co/es/contenido/tumaco-uno-de-los-municipios-narinenses-en-los-que-renacera-la-paz>
- Jiménez Villabona, C. F. (2014). *Leiva, Nariño y su relación con la coca desde 1990 al 2014. (Tesis de pregrado)*. Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- López Serrano, M. (2014). *Cultivos ilícitos de coca y bienestar en las regiones productoras: Un análisis desde el enfoque de capacidades*. (Tesis de doctorado). Universidad Nacional de Colombia Bogotá.
- McDermott, Jeremy. (2018, Marzo 14). *La nueva generación de narcotraficantes colombianos post-FARC: «Los Invisibles»*. Recuperado de <https://es.insightcrime.org/investigaciones/la-nueva-generacion-de-narcotraficantes-colombianos-post-farc-los-invisibles/>
- Moyano, R. (1998, Agosto 01). *“Costa Pacífica en apuros por derrame de petróleo”*. Recuperado de http://caracol.com.co/radio/1998/08/01/nacional/0901951200_018777.html
- Museo Nacional de Colombia. (2014). *VIII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado: Análisis histórico del narcotráfico en Colombia*. Recuperado de <http://www.museonacional.gov.co/imagenes/publicaciones/analisis-historico-delnarcotrafico-en-colombia.pdf#page=170>
- Naciones Unidas, Oficina del Alto Comisionado. (2004). *AUC*

en Nariño tuvieron respaldo sin límites de militares y policías. Recuperado de <http://www.hchr.org.co/index.php/compilacion-de-noticias/63-paramilitares-y-grupos-post-desmovilizacion/5422-auc-en-narino-tuvieron-respaldo-sin-limites-de-militares-y-policias>

Neuman, William. (2015, 15 de mayo). “*Defying U.S., Colombia Halts Aerial Spraying of Crops Used to Make Cocaine*”. The New York Times. Recuperado de <https://www.nytimes.com/2015/05/15/world/americas/colombia-halts-us-backed-spraying-of-illegal-coca-crops.html>

Ocampo Valencia, S. (2009). Agroindustria y conflicto armado: El caso de la palma de aceite. *Colombia Internacional*, (70), 169-190.

Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito – UNODC (2017). *COLOMBIA: Monitoreo de territorios afectados por cultivos ilícitos 2016*. Bogotá: UNODC.

Oficina de las Naciones Unidas para la Droga y el Delito - UNODC (2018). *Histórico acuerdo entre Colombia y la UNODC para ayudar a campesinos a adoptar alternativas a la cultivación de coca*. (Informe Institucional). Recuperado de <https://www.unodc.org/unodc/es/frontpage/2017/November/historic-agreement-between-colombia-and-unodc-can-help-farmers-embrace-alternatives-to-coca-cultivation.html>

Organizaciones del pueblo Awá. UNIPA, CAMAWARI Y ACIPAP. (2012). *Actualización Plan de Salvaguarda Étnica del Pueblo Awá. Nariño y Putumayo, Colombia*. Recuperado de https://www.mininterior.gov.co/sites/default/files/p.s_awa_1.pdf

Osorio Pérez, F. E. (2015). *Tramas entre paramilitarismo y Palmicultura en Colombia*. Memoria y Sociedad, 19(39), 11-28.

Restrepo, E. (2004). *Hacia una etnografía del cultivo de la palma*

- africana en Tumaco*. Universitas humanística, 31(58), 73-87.
- Restrepo, E. (2005). *De ‘refugio de paz’ a la pesadilla de la guerra: implicaciones del conflicto armado en el proceso organizativo de ‘comunidades negras’ del Pacífico nariñense*. Recuperado de <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/coflicto-borrador-restrepo.pdf>
- Rocha, C. (2014). *Dinámicas del conflicto armado en Tumaco y su impacto humanitario*. Bogotá: Fundación Ideas para la Paz. Recuperado de <http://cdn.ideaspaz.org/media/website/document/52f8ecc452239.pdf>
- Rodríguez Cuadros, J. (2015). *Génesis, actores y dinámicas de la violencia política en el Pacífico nariñense*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Tulande, Francisco. (2018). “*Así es como algunos sembradores de coca luchan contra los cultivos ilícitos en Tumaco*”. Disponible en <http://www.elpais.com.co/judicial/asi-es-como-algunos-sembradores-de-coca-luchan-contra-los-cultivos-ilicitos-en-tumaco.html>
- Unidad para las Víctimas. (2017). *Tumaco: centro de atención priorizada de la Unidad para las Víctimas*. Gobierno de Colombia.
- Vargas, R. (2004). *Fumigaciones y política de drogas en Colombia: ¿Fin del círculo vicioso o un fracaso estratégico? Guerra, sociedad y medio ambiente*. Bogotá: Foro Nacional Ambiental-FESCOL.
- VerdadAbierta.com (2014, Febrero 6). “*Las víctimas de Tumaco quieren la verdad*”. Recuperado de <https://verdadabierta.com/las-victimas-de-tumaco-quieren-la-verdad/>
- Viloria de la Hoz, J. (2015). Economía del Departamento de Nariño: ruralidad y aislamiento geográfico. *Documentos*

de *Trabajo sobre Economía Regional*. (87), 5-88.

W Radio (2018, Marzo 22). “*Habitantes de Tumaco siguen denunciando desabastecimiento de gasolina en Tumaco*”. Recuperado de <http://www.radio.com.co/noticias/regionales/habitantes-de-tumaco-siguen-denunciando-desabastecimiento-de-gasolina/20180322/nota/3727400.aspx>

2. Redes de ríos, violencias y movilización social

Arocha, J. (1998) La Inclusión de los Afrocolombianos ¿Meta inalcanzable? En Arocha, Geografía humana de Colombia: los Afrocolombianos. (Vol. VI). Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

Cárdenas, A. (26 de febrero de 2016). Un mar de promesas. *El País*, páginas A7-A8.

Caracol.com (22-10-2000). “Extraditado a EEUU jefe de la banda de los Niches, Asprilla Perea”. Recuperado de http://caracol.com.co/radio/2000/10/22/nacional/0972194400_095997.html

Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH . (2015). *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. (Primera edición.). Bogotá, Colombia: CNMH.

ElPais.com.co (04-04-2013). “*Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela: dos hermanos unidos por el crimen*”. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/deportes/miguel-y-gilberto-rodriguez-orejuela-dos-hermanos-unidos-por-el-crimen.html>

ElPais.com.co (16-11-2013). “*Narcotráfico e inseguridad acosan al puerto de Buenaventura*”. Recuperado de <https://www.elpais.com.co/judicial/narcotrafico-e-inseguridad-acosan-al-puerto-de-buenaventura.html>

- ElTiempo.com (24-02-1998). “*Estalló Paro Cívico en Buenaventura*”. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-778092>
- Molinares, César y Reyes Le Paliscot, Elizabeth. (2011). *Pobreza, debilidad institucional, cultivos ilícitos, tráfico de drogas y grupos armados ilegales en Buenaventura y Tumaco*. Bogotá: FESCOL – IDEA. Recuperado de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/kolumbien/09889.pdf>
- Oslender, U., Camacho, J., y Restrepo, E. (1999). *De Montes, Ríos y Ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh), Fundación Natura y Ecofondo.
- Verdadabierta.com, (19-02-2014). “*Multitudinaria marcha contra la violencia en Buenaventura*”. Recuperado de: <https://verdadabierta.com/multitudinaria-marcha-contra-la-violencia-en-buenaventura/>
- Vásquez, E. (2001). *Historia de Cali en el siglo 20. Sociedad, economía, cultura y espacio*. Cali, Universidad del Valle.

3. Sueño con un Tumaco tranquilo

- ElPaís.com (26 de Marzo de 2018). “*Atentado contra dos torres de energía deja sin luz a Tumaco, Nariño*”. Recuperado de <http://www.elpais.com.co/judicial/atentado-contra-dos-torres-de-energia-deja-sin-luz-a-tumaco-narino.html>
- Fundación Paz y Reconciliación. (Febrero de 2017). *Tumaco: Una historia de recomposición de actores en el territorio*. Recuperado de <http://www.pares.com.co/tumaco-una-historia-de-recomposicion-de-actores-en-el-territorio/>

4. “Yo era una Bomba”

- Alape, A. (1983). *El Bogotazo: memorias del olvido*. Casa de las Américas.
- Alonso, J. C., Gonzales, N., Osorio, V.H., Vera, R., Zuluaga, B. (2004). *Cuentas Económicas municipales de Santiago de Cali*. Una década de economía caleña 1990-2001.
- Braun, Herbert (11 de septiembre de 1998). «*Jorge Eliecer Gaitán*». *Semana* (Colombia).
- Canales Cerón M. (2006). *Metodologías de la investigación social*, LOM Ediciones, Santiago pp. 163-165
- Colombia. Vicepresidencia. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. (2006). *Dinámica reciente de la violencia en el Norte del Valle*. Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH.
- Comisión Andina de Juristas. Seccional colombiana, Putumayo. *Serie informes regionales de derechos humanos* (Bogotá: Códice Editorial, 1993), 100.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. CNMH (2014) “*Patrones y campesinos: tierra, poder y violencia en el Valle del Cauca (1960 – 2012)*”. Bogotá.
- Delgado Madroño, J. (2011). *El bandolerismo en el Valle del Cauca: 1946-1966*. Colección Autores Vallecaucanos. Modalidad Historia y Cultura. Gobernación y Secretaría de Cultura del Valle del Cauca.
- Echavarría, J. J., Fainboim, I., & Zuleta, L. A. (2003). *Economías regionales en crisis: el caso del Valle del Cauca* (No. 012730). Fedesarrollo.
- Giraldo, J. (2015). *Aportes sobre el origen del conflicto*

- armado en Colombia, su persistencia y sus impactos. Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia.* Bogotá: Mesa de Conversaciones, 1-47.
- Grajales, V., & Fernando, J. (2014). *Gustavo Rojas Pinilla: dictadura o presidencia: la hegemonía conservadora en contravía de la lucha popular.* El Ágora Usb, 14(2*).
- Grupo de Memoria Histórica. (2013) *¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad.* Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Human Rights Watch, (1996). *Las redes de asesinos en Colombia. La asociación militar-paramilitares y Estados Unidos,* Bogotá.
- Mateos, M. V. (1998). *Las operaciones psicológicas y operaciones de información de campaña.* Boletín de Información, (255), 4.
- Molano, A. (2015). *Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010). Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (Comp.).* Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia, 540598.
- Posada, Eduardo (4 de abril de 1999). «*Jorge Eliécer Gaitán 1898-1948. Oportunidad frustrada*». El Tiempo (Colombia). Consultado el 17 de Abril de 2018.
- Ramírez, M. C., Moreno, M. L., & Medina, C. (2012). *El Placer: mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo.* Centro de Memoria Histórica. Colombia.
- Restrepo, C. M. P. (1996). *Porque la sangre es espíritu: imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949).* Univ. Nacional de Colombia.
- Schultze-Kraft, M. (2012) '*La cuestión militar en Colombia: la fuerza pública y los retos de la construcción de la paz*', in Angelika Rettberg (ed.) *Construcción de paz en Colombia.* Colombia: Universidad de los Andes, pp. 405- 433

Vega Cantor, R. (2015). *La dimensión internacional del conflicto social y armado en Colombia. Injerencia de los Estados Unidos, contrainsurgencia y terrorismo de Estado*. AA. VV. Conflicto social y Rebelión Armada en Colombia. Bogotá: Gentes del Común.

Villamarín L., (2003, septiembre-octubre). *Guerra irregular y guerra de guerrillas*. *The Military Review*, 75-81

Glosario

Automanumisión: Se refiere a la concesión de cartas de libertad por parte de los “amos” esclavistas a cambio de una remuneración económica, para la cual los esclavos tenían que trabajar casi toda su vida.

Barbecho: Terreno que no se siembra durante uno o dos años para que la tierra se regenere o descanse, esto puede llevarse a cabo periódicamente. En el caso de la palma esto sucedió tras la enfermedad de la pudrición de cogollo.

Camaronero(a): Se refiere a la persona que se dedica al oficio de cultivar camarones.

Cimarronajes: Según Arocha (1998) entre 1580 hasta 1640 en la Llanura, el Caribe y Antioquia se desarrollaron cimarronajes armados y simbólicos, como formas de resistencia. Los primeros se basaban en la guerra y la rebelión, y los segundos en la continuación de prácticas culturales y espirituales, que en ese momento eran consideradas como un peligro para la

moral establecida. Entre 1640 y 1703 se sabe del cimarronaje armado y la Automanumisión en el Pacífico.

Compresorista: La persona que se hace cargo del compresor para llenar los tanques de oxígeno de los buzos.

Canalete ventiao: Coloquialmente se refiere a remar mucho, navegar a remo, en las embarcaciones sin motor.

Contaminar los barcos: Acción de narcotraficantes que camuflan drogas ilícitas en los cargamentos y encomiendas de las embarcaciones de cabotaje.

Desbolillo: Desenredar algo (basura, madera, plantas) del motor de un barco.

Desfiles o danzas de los chalecos: Así llaman pobladores de varios municipios del Pacífico colombiano a la frecuente presencia de delegados de organismos internacionales e instituciones del Estado que se mueven por las vías, ríos y mares urbanos y rurales.

Fanegada: Es un lote de tierra menor a una hectárea y superior a media hectárea, según el sistema métrico son 64.000 mt², en los que se desarrolla actividad agrícola.

Maturranga: Se refiere a los medios aparentemente amables por lo cuales se logra obtener algo que al final termina siendo una trampa o engaño.

Mentidero: Es un espacio que la comunidad frecuenta para conversar. Puede estar ubicado en el patio de la casa, en un parque, a la orilla del río o sobre las vías que atraviesan los caseríos. Es un lugar simbólico, una costumbre de las comunidades del Pacífico.

Peladoras: Se refiere a las mujeres que se dedican a trabajar en las pesqueras y camarónicas, pelando pescado, camarones y otros productos del mar. No sólo pelan sino que se dedican a empacar los productos pesqueros.

Resiliencia: Se refiere a la capacidad para soportar impactos y para recuperarse pronto de cualquier tipo de dificultad.

Sobre los autores

Mónica Castillo

Antropóloga, Socióloga y Magister en Políticas Públicas. Es investigadora y profesora de la Universidad Icesi. Sus investigaciones se han orientado al análisis de políticas públicas; procesos de reasentamiento humano; estudios sociales sobre el trabajo; y, memorias sobre el conflicto armado.
monica.castilloc@gmail.com

Luis Fernando Barón

Profesor e investigador de la Universidad Icesi, con estudios en Comunicación y Antropología. Doctor en Ciencias de la Información. Sus investigaciones se han enfocado en: movimientos sociales; tecnologías de comunicación e información; memorias sobre conflicto y paz; procesos de reconfiguración territorial, migraciones e información.
lfbaron@icesi.edu.co

Marcelo Franco

Director de la Maestría en Periodismo, Universidad Icesi. Maestro de la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Fue editor jefe de Clarín.com y Revista VIVA, Grupo Clarín, Argentina.

mgfranco@icesi.edu.co

Ericka Paredes Eraso

Administradora de Empresas de la Universidad de Nariño y Magíster en Estudios Sociales y Políticos de la Universidad Icesi. Actualmente es asistente de Investigación en proyectos sobre etnicidad, movilidad humana y memorias en el Centro de Estudios Afrodiaspóricos CEAF-ICESI.

erickaparedeseraso@gmail.com.

Oscar Ortega

Comunicador social, Magister en Literatura Latinoamericana y Magister en Derechos Humanos y Cultura de Paz. Profesor del Departamento de Lenguaje de Icesi en cursos de: escritura, oralidad, comunicación estratégica, semiología y periodismo.

oscorte@gmail.com



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en septiembre de 2018 en los talleres de Carvajal Soluciones de Comunicación (cotizaciones@carvajal.com), En la ciudad de Bogotá DC., En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi, se emplearon los tipos Timeless en 9/11, 11/13, 12/14. La edición consta de 500 ejemplares y estuvo al cuidado de Adolfo A. Abadía.



**GOBIERNO
DE COLOMBIA**



PROSPERIDAD SOCIAL



**Centro Nacional
de Memoria Histórica**



Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra

Embajada de Suiza en Colombia
Paz y Derechos Humanos



**Editorial
Universidad
Icesi**



**UNIVERSIDAD
ICESI**

Este texto reúne un grupo de relatos con recuerdos de emprendedores y empresarios del Pacífico Colombiano sobre sus experiencias con el conflicto armado y la paz en esta región. Es resultado de un metódico trabajo de investigación que apunta al reconocimiento de memorias plurales, en este caso, de agentes del mundo económico que no solo han vivido el escalamiento de las violencias en sus territorios durante las últimas dos décadas, sino también las históricas pobrezas y los desconocimientos del Estado y de la nación colombiana.

Recoge de manera directa voces y memorias de emprendedores y empresarios y las maneras como en ellas se expresan sus identidades y vínculos con el Pacífico; su capacidad para crear y recrear sus vidas y empresas en medio de situaciones críticas e inciertas, y las estrategias que han desarrollado para sobrevivir y resistir a las ausencias y las presencias del Estado, al terror y al dominio territorial de diferentes actores armados y criminales. Sus narrativas también evidencian cómo se normalizan, se naturalizan, prácticas económicas, políticas y culturales de la región, que se mueven en las fronteras de la formalidad o la informalidad, la legalidad o la ilegalidad, lo moral o lo inmoral.

